

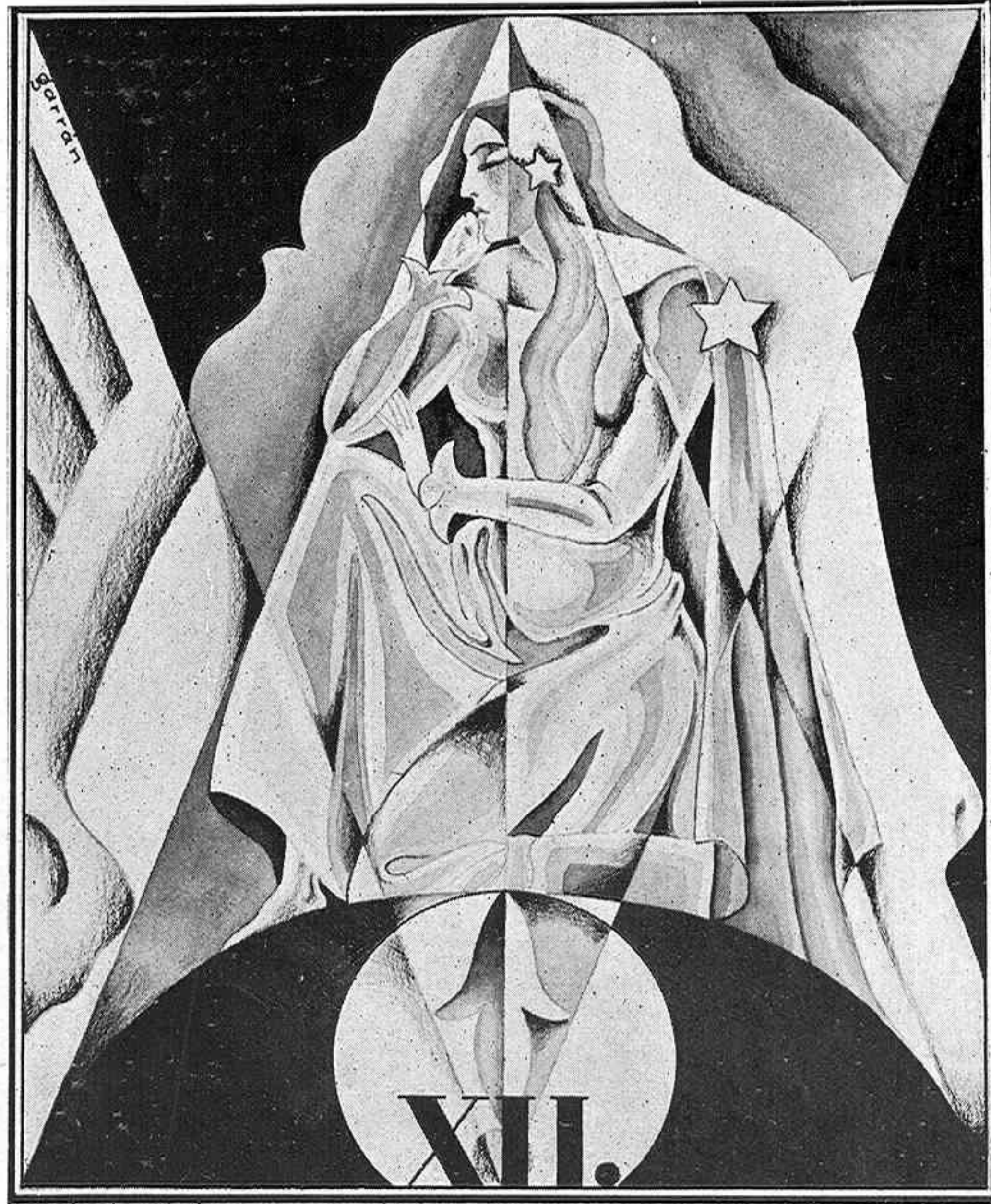


*Las carreras de caballos del domingo
último en el Hipódromo de la Castellana*

Su Majestad la Reina Doña Victoria, con las Infantitas doña Cristina y doña Beatriz, paseando por el *stand* del Hipódromo de la Castellana, de Madrid, durante un descanso de las carreras de caballos que se celebraron en la tarde del domingo último. Arriba, en el recuadro, el caballo *La Magdalena*, que, montado por el *jockey* Belmonte, ganó el Premio Alfonso XIII, de diez mil pesetas. (Fots Díaz Casariego)

LA HORA EN QUE NO PASO NADA

CUENTO



TRABAJAR, trabajar y no dormir es la orden que recibieron las Horas; bien quisieran el descanso; pero no podrán descansar hasta que todo muera.

Han de emular el latido del corazón para que se oiga, á través del ámbito en que se mueven los soles, latir la vida del mundo. (Los mundos apagados son silenciosos). Cada tic-tac de las Horas es como un alegre grito de centinela.

Apenas el artífice ha terminado un reloj, nace una Hora que le rellena con su alma; el reloj palpita animosamente, y la Hora recorre y recorre su círculo encantado, sin resquicio para salir, presa en la circunferencia mágica del Tiempo.

No ven, y algunas andan de puntillas con su leve paso de minutos, sin que se oiga el chasquido de sus chinelas; otras van machacando con el péndulo los segundos haciendo ruido de yunque, y las hay melodiosas, que tocan cajitas de música; y las burlonas sacan la lengua imitando al cuco.

Pero todas han de esmerarse en precisar bien las edades del día. Agarradas á la cuerda de la campana, contando sin cesar de uno á sesenta, cuando llega el momento han de dar el tirón que repercute en el bronce. El pueblo escucha cómo endurece el mazazo la atmósfera, resentida largamente en una quejosa vibración, y perdona que el golpe convierta en piedra, caída á sus pies, la materia invisible y flúida, porque así conoce el instante en que vive. (El pueblo es pereoso, y si las Horas no le instruyesen con su ronda tintineante, no se enteraría de su devenir por no levantar sus ojos al reloj).

Pero las Horas—que son innumerables y en todo lo que se ha explorado de la tierra y del mar, y sobre ella y bajo él, se acurrucan dentro del mecanismo hermético de los relojes—; pero las Horas, para ser puntuales, necesitan á su vez que velen por ellas y les avisen de que el día va cumpliéndose al recorrer los espacios en que se divide su ruta jalonada. (El pueblo ha hecho á las Horas distraídas, envolviéndolas en su neblina de indiferencia por el cuadrante, aunque las manecillas afiladas corten su vivir).

•••••

Por eso, en el lugar más increíble del mundo, dominando lo elevado, acariciada en sus cimientos por el vaho de las nubes, está la Torre del Reloj Exacto, donde viven encerradas y avizoran en vigilia incesante las veinticuatro hermanas primeras que nacieron del Día y de la Noche. Alrededor de su plataforma de faro, suspendida en lo celeste puro, tan altas que se ve la redondez de la Tierra combarse alrededor, las Horas contemplan la vida de los hombres midiendo y dividiendo y subdividiendo el hecho milagroso de su existencia.

La primera es la Hora de los nacimientos—diminuta y dorada como una abeja.

La segunda tiene todavía alas en vez de brazos; sus alas al moverse aventan el hechizo de

los sueños, y los que duermen se despiertan gritando.

La tercera hace balbucear á los niños, y convierte, para otros ojos, los escalofríos de la madrugada en el flotante paso de los deseos muertos.

La cuarta clava su alfiler de oro en la carne de la noche y la hace sangrar y así son las auroras de púrpura.

La quinta despierta el aire dormido y le recuerda que su castigo es ir y venir sin objeto.

La sexta hace levantar de su cansancio á los trabajadores; pero hasta que la relevan mantiene sus ojos adormilados y su conciencia oscura.

La séptima pone en actividad la vida que hay bajo los techos de las casas y recibe como ofrenda el humo de los hogares.

La octava nutre las calles de ruido, y ordena que recojan los despojos de la noche: el papel que ha enseñado con desvergüenza su escritura íntima á los faroles; el pedazo de vidrio que burdamente remedaba á la estrella; el cansancio de toda la ciudad, sacudido desde los balcones y las huellas de los que caminaron en la noche hacia los pecados, que urge borrarlas.

La novena Hora desentumece el campo y recoge sus neblinas acumulándolas como un gorro de clown sobre el tupé de los montes.

La décima atiza el fogón del sol, echando en el horno hilos rubios de su cabellera y el rescoldo se aviva y comienza á arder.

La undécima es la hora lírica de los anuncios. Cada ser recibe el mensaje de que algo le va á llegar, y ese presentimiento impreciso es el mayor goce de los hombres. Porque la llegada ya es fría.

La duodécima saca el punto matemático de la coincidencia. Todo está junto en ese instante: sombra y luz, albor y agonía, medida y locura, punto y extensión. La hora duodécima medita en la punta del vértice.

La Hora trece hace levantar á la Suerte al

oirla; y la Suerte se levanta, y es un cadáver que va á entregar sus joyas á sus amantes.

La catorcena beneficia la salud, y se goza viendo los rostros enrojecidos por las digestiones y el vino.

La quince es la Hora en que el pleno día quiere emular á la noche; comunica á lo viviente laxitud para la inercia del reposo, y así crea el falso sueño con sol, del que sale, no la confortación, sino el escepticismo.

La décimosexta, como si todo acabase de despertar, es la de los juegos y la actividad nerviosa de las ganancias y de los retozos.

La décimoséptima es la Hora blanca y negra; luz demasiado cruda en los trópicos y obscuridad algodonosa de humo de fábrica en donde están refugiados el Norte y el Sur.

La décimoctava es el momento indeciso en que el mediodía se fué á la misma distancia en que está la medianoche. Y el pensamiento, puesto en ese filo, equilibra las fuer-

zas tenebrosas con las radiantes, y metido á esa hora en su laboratorio, crea la luz artificial, como puesto al borde del dolor, crea el opio.

La décimonona es la que aprovechan el Lujo y la Galantería para plantar sus tiendas en las metrópolis y extender ante los ojos de las mujeres sus estandartes de telas policromadas. Y en ese momento de ocio de las mujeres es cuando la Tentación—con la cual están citadas—les sonríe desde el resplandor de los escaparates.

La vigésima Hora lleva á los cielos del interior el espejismo del mar lejano. Y con la última luz disuelta del sol ya subterráneo convierte en agua transparente los cielos secos de tierra adentro. Entonces los hombres se dividen: unos sienten el terror de la noche, y otros, suspirando, abandonan su casa y emigran en busca del mar.

La veintiuna hace más sórdido ese antiguo terror de la selva á la noche. Los seres, con las vagas angustias del crepúsculo, abandonan la naturaleza, cierran su puerta, con ingratitud, á lo de fuera, y viven, como una sepultura, la casa.

En la Hora vigésimosegunda la Tierra voltea por el espacio más aprisa creyendo encontrar por fin la pared con la que tiene que chocar.

En la vigésimotercia se avivan los instintos y hay un cósmico terror de que termine todo, puesto que es hora la más próxima al término de la jornada.

La hora veinticuatro quita del Reloj Exacto el esquema de la porción de vida que ha depuesto su curso y arroja ese despojo al olvido. Y después toca doce veces á muerto.

•••••

Los hombres tuvieron siempre un Enemigo incógnito para ellos y para los guardianes de su duración. Escondiéndolas del Enemigo, pusieron á las Horas en su torre inescalable. Vigilantes, las Horas estaban asomadas á la vida que se les encargó de medir. De pechos en la baranda circular del Reloj Exacto, desde lo altísimo, se-

guían con atención los hechos para intervenir cuando les estaba mandado. Todos los proyectos de los hombres los retenían, y su Hora se encargaba de avisar al realizador. Cada habitante inscribía en su memoria el próximo momento de su deseo. Pensaba cada uno: «Esto lo haré al sonar la hora tal.» Y las Horas debían tener cuidado, en su turno, de que nadie dejase de hacer lo que proyectó para aquel instante. Las Horas despertaban á los que dormían para que empezasen la labor que necesitaba un tiempo justo; encaminaban los pasos de los que hubieron de encontrarse; separaban á los que debían ir á otro lado; hacían calcular el camino por recorrer á los caminantes; recordaban en qué punto de la vida se vivía, porque si no, ¿cómo hubiera podido saberse?; apuntaban en la memoria las efemérides memorables. Así podían ellos decir: «Esto me sucedió á tal hora.» Inventaron la prisa y la lentitud, con lo que aceleraban la actividad ó la dejaban ir sin resorte. Con lo que los hombres apreciaron el valor de la existencia, aprendiendo á estimar su longitud. (Pues el que no conozca el Tiempo no tiene idea de vivir.)

Como los sucesos y los actos de los hombres estaban encadenados ya desde el principio del mundo unos á otros, las Horas no se descuidaban. Si un varón no hubiera echado una ojeada al pasar sobre tal mujer hermosa, ¿cómo naciera tres siglos después el descendiente de aquella pareja, necesario en su instante preciso? Si se retardase el piloto, entreteniéndose en desleír la siesta dulce en su boca, tendido cara arriba, ¿cómo encajara su remesa de pasajeros cada uno en su cuidado ó en su labor á la llegada al puerto? No. Los Hados eran rígidos y minuciosos, y el infinito engranaje de tantas coincidencias era preciso para que se cumpliera el destino de cada cual. Porque el destino de cada cual y la palpación unánime de los seres, y su marcha incansante hacia el porvenir estaba regulado con la precisión de los mecanismos de relojería—la relojería era una imitación de ello—. El todo, hecho de todos, se endentaba, se complicaba, se influía mutuamente. Y, como ocurría en el reloj, apenas los Hados echaron á andar la vida

empujando la primera rueda, ésta obligó á todas las demás á rodar, y todas las vidas, insertas por sus bordes unas en otras, giraban y se movían de acuerdo con la disposición fija de antemano.

Para que no se descuidasen las almas de las Horas que vivían abajo encerradas cada una en su reloj, porque se distraían también, contagiadas del grande vicio de distracción de los hombres, se había clavado en el redondo mundo la delgadísima torre como una larga aguja en un fruto. Sólo las Horas del Reloj Exacto tenían poder para marcar la señal. Golpeaban su campana de bronce para que al oírlo todas las sonerías de la Tierra repitieran el signo de relevo de una Hora por otra. Así la vida tumultuosa de los hombres no se desordenaba y el Tiempo y todos los hechos se correspondían matemáticamente.

Fué la época en que los hombres eran felices, porque sabiendo de antemano lo que se ha de hacer y lo que ha de ocurrir, se ha llegado á todo conocimiento. En virtud de la pauta, cada existencia era de una sola pieza, con su órbita marcada y visible. No se conocían la duda, ni el temor, ni la indecisión, ni el problema. No se podía elegir, y el júbilo, sin esas ideas, era constante. Y el Enemigo de los hombres cerníase sobre el mundo compacto sin encontrar resquicio donde hincar su arma y apalancar y separar unos de otros.

•••••

Hasta que, en sus vuelos en círculo, el Enemigo dió con la Torre del Reloj Exacto. No se sabe bien, de tan remoto, cómo sedujo á una de las Horas. Quizás la regalase un pájaro de escarcha, de los que vuelan sólo entre la nieve porque el sol derrite su carne y les hace morir; quizás le contase largos relatos de lo que sucedía en el fondo del mar, semejante desde la Torre á una enorme piel de reptil resquebrajada—porque entonces en el fondo del mar se realizó la primera cacería de sirenas que con su sangre, petrificada en el agua, formaban bosques de coral para aislarse de los cazadores—; quizás min-

tiese, apareciendo con la careta que se guarda en el Monasterio hecho de corteza de árbol, suspendido en los aires, cuya máscara es la que usa para presentarse ante las potencias celestes Aquel cuyo nombre no se puede pronunciar. Muy insinuante debió ser el Enemigo de los hombres, porque una de las Horas del Reloj Exacto se quedó dormida, y cuando llegó su vez no hizo sonar la campana.

Las almas de las Horas encerradas en los relojes de la Tierra se desconcertaron, ignorantes de si había terminado ya el Tiempo ó de si se habían modificado las leyes que le regían. Originóse el desorden y la contradicción. Cada hombre se quedó perplejo, sin saber qué ejecutar, puesto que se había roto el hilo que enlazaba todas las cosas. Desapareció lo previsto, y en su lugar, en la gente, nació una sensación nueva: el miedo á lo desconocido. ¿Qué hacer? ¿Qué camino tomar entre los que—serviles—se ofrecían á los pies de los hombres? ¿Era en este ó en otro instante cuando pudieran realizar el hecho decisivo? ¿Cómo saber elegir entre una cosa y otra? Las ruedas se desengranaron empezando á girar solitarias y desunidas, sin dar jamás con aquellas que conjugaban con su movimiento.

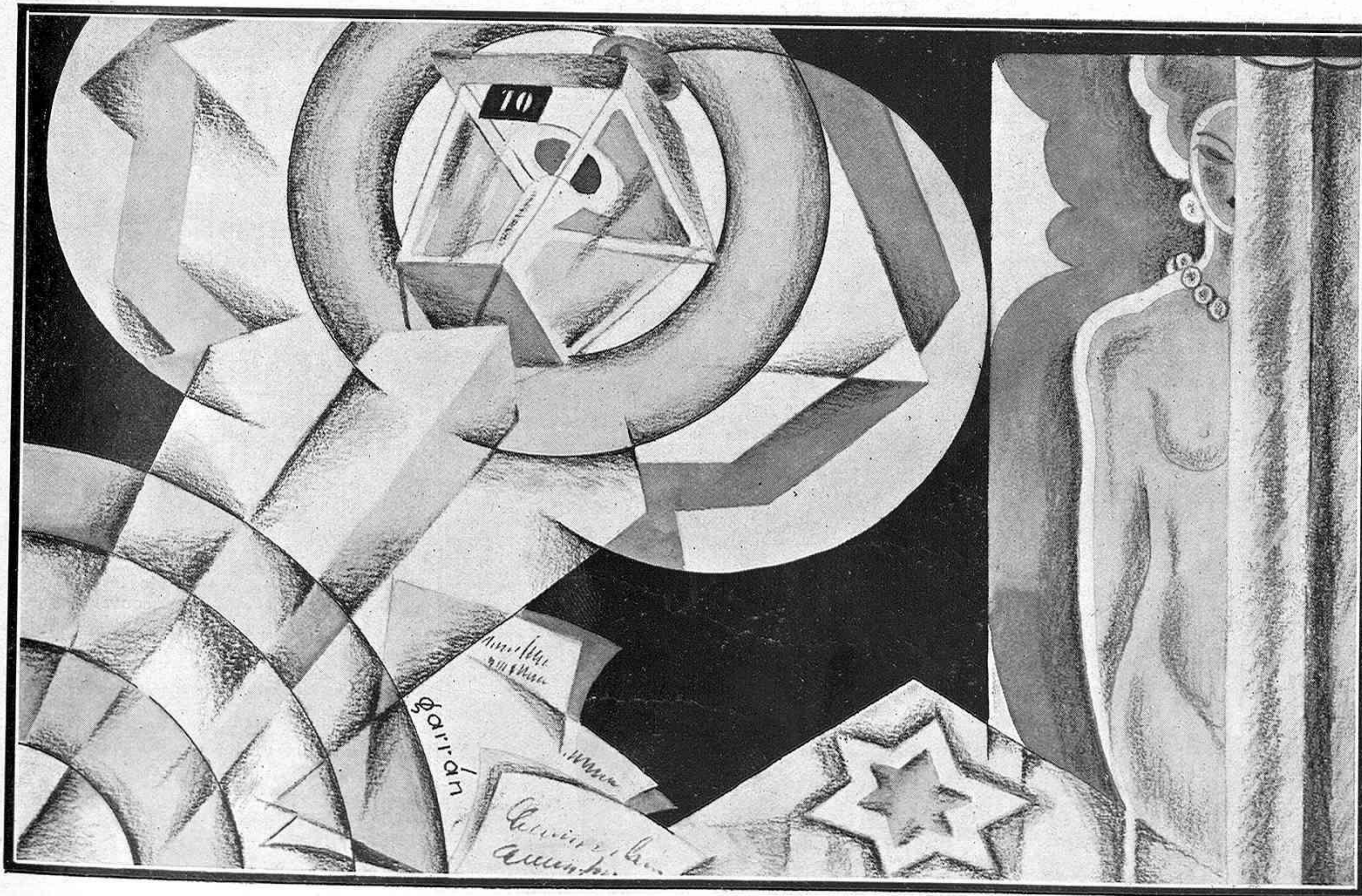
Desde entonces es la confusión. Desde entonces se oye á unos y otros exclamar: «¡Si yo hubiese hecho aquello en tal instante!»—«¡Si entonces me determino! ¿Por qué no lo realicé cuando...?» «¡Si volviéramos atrás, si una cosa se hiciera dos veces!...»

Es la infelicidad. Nadie se explica su torpeza ni su desgracia poniendo tanto cuidado en ser dichoso, ni por qué al llegar el instante crítico se le dejó pasar por irresolución ó confundióse un objeto con otro, cometiendo la equivocación grave.

Pues esa vaga aprensión es la amargura de no haber hecho lo que se debiera en la Hora que dejó de marcar; la intuición de aquel agujero en el Tiempo donde cayó la regularidad de la vida mezclándose todo y dislocándose los fines; la culpa de la Hora que se dejó distraer, infantil, con cualquier juguete.

TOMÁS BORRAS

(Ilustraciones de Garrán)



UN PROBLEMA QUE
NO ES IRRESOLUBLE

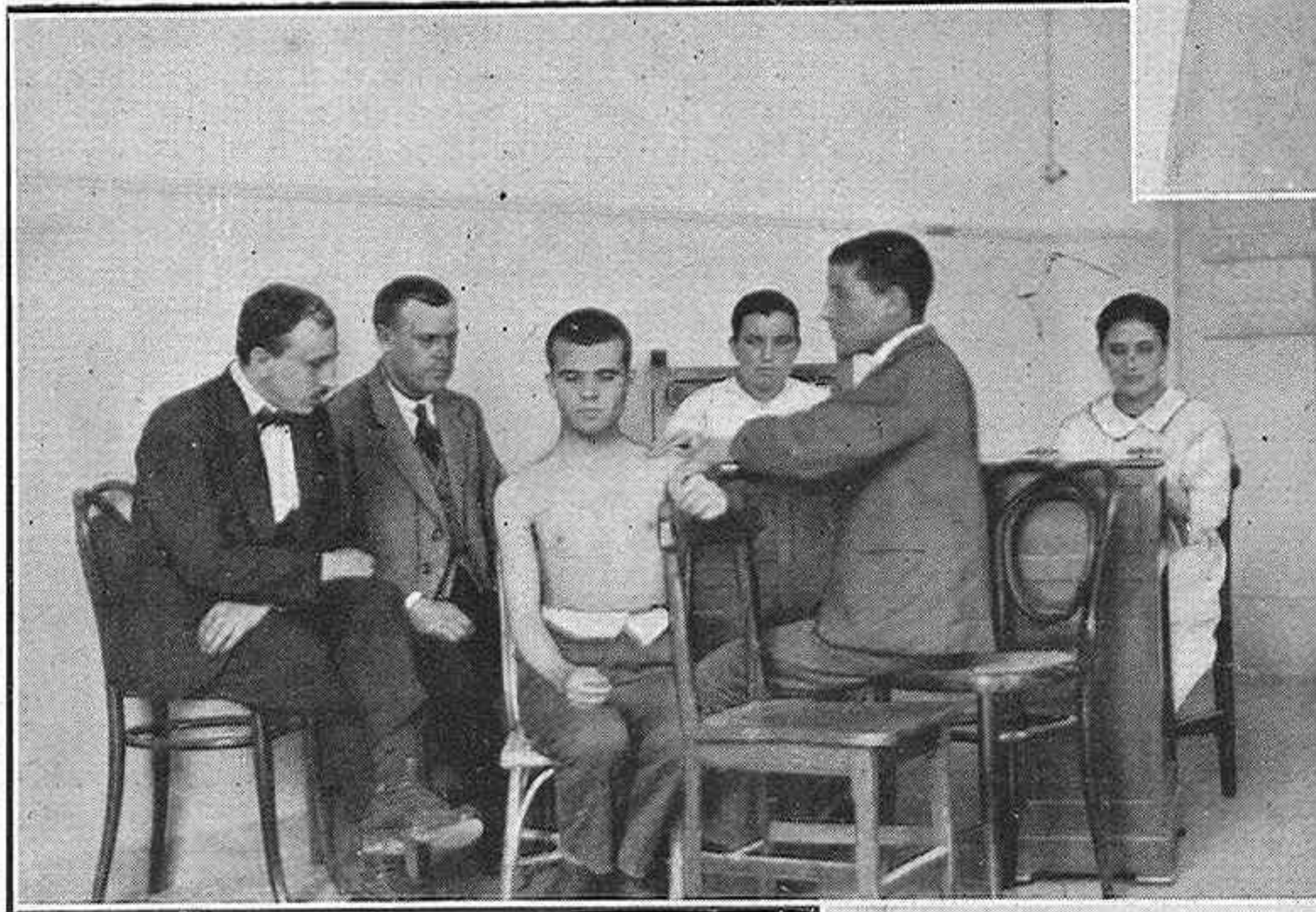
LA UTILIZACIÓN SOCIAL DE LOS CIEGOS

La utilización social de los ciegos es, aunque viejo problema, muy actual, y aunque algunos le juzgen particularísimo mero caso especial del problema más amplio y comprensivo de la utilización de la totalidad de los inválidos. Planteado así el problema para los ciegos, ya daría una enorme amplitud á la adaptación y, por tanto, á la utilización de los ciegos; y aun se aumenta enormemente ese campo si se tiene en cuenta hasta qué punto los sentidos tienen posibilidades que se nos escapan, y no utilizamos debidamente por no conocerlas exactamente.

Lo que consigue un ciego de su tacto ó de su sentido muscular lo lograría igualmente un vidente si educase esos dos medios de comunicación con el mundo exterior adecuadamente. La mayor sensibilidad sensorial demostrada en los salvajes de muy diversas regiones, por muy diferentes exploradores, no es otra cosa que un efecto de esa educación especial utilizada natural é inconsciente, como reacción defensiva.



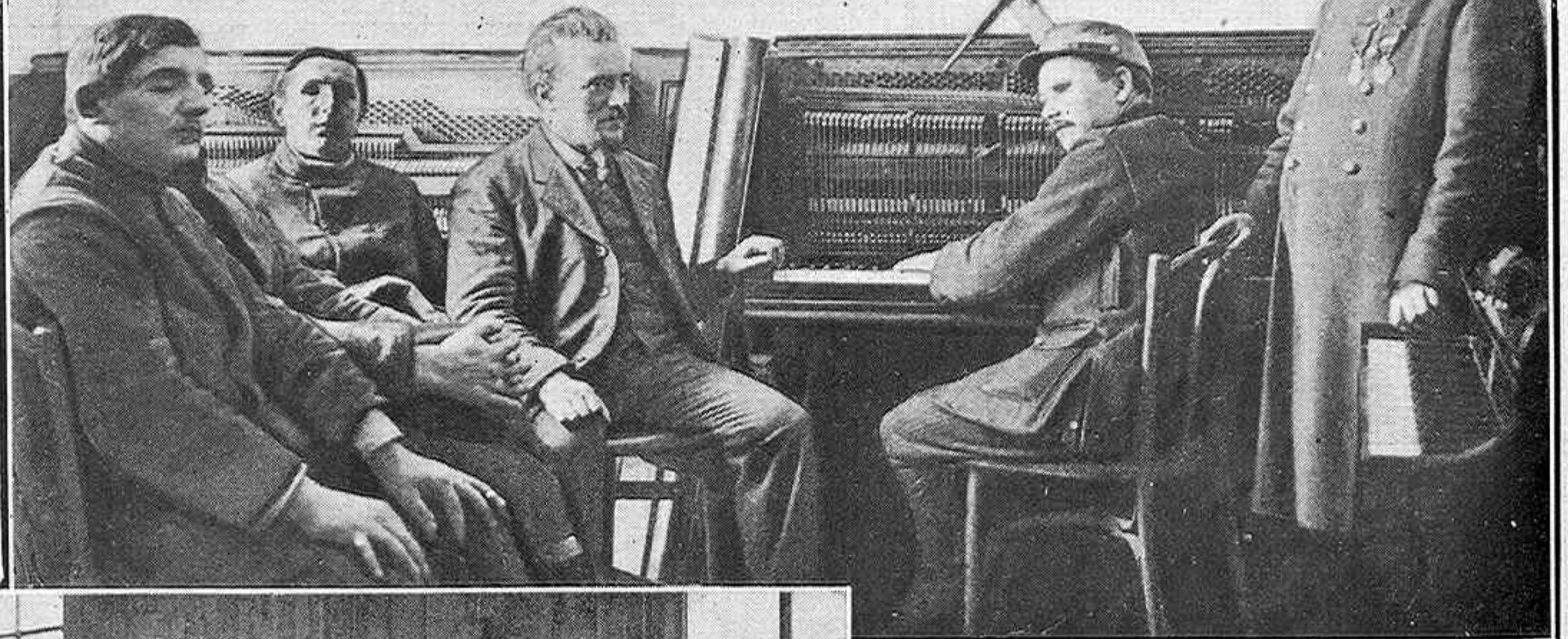
El maestro de taller, Sr. Adradas, enseñando á dos alumnos en el taller de cepillería, que ha sido suprimido, del Colegio Nacional



Una lección de masaje de las que se dieron y fueron suprimidas en el Colegio Nacional

Por eso, cuando se dice que pasan ya de ciento cincuenta las profesiones de que se ha demostrado la posibilidad de que sean ejercidas por los ciegos, no se agotan, ni mucho menos, las posibilidades y se está muy lejos de la realidad.

Aun sin llegar á ella, por un estudio paralelo de las necesidades de cada arte ú oficio y de las capacidades individuales de los ciegos, son conocidos ya casos que parecen extraordinarios, y tal vez no lo son tanto. No se trata en ellos de una aptitud excepcional en un ciego, sino de una capa-



Enseñanza de afinación y reparación de pianos á los ciegos de guerra en París



Zapateros ciegos en la «Casa de Convalecientes», de París

Esa, precisamente, es una de las profesiones que ahora citan los que hablan del asunto como posibles, porque en el Extranjero las ejercen algunos ciegos. Convendría que no olvidaran la existencia del mismo hecho en España, porque teniendo los ejemplos más cerca sería más fácil convencer á los que duden de las amplias posibilidades de adaptación social de los ciegos, que son, por su escepticismo, los que más contribuyen á que la ceguera continúe siendo una causa, ó cuando menos un pretexto, de parasitismo social. Otra de las profesiones citadas ahora como accesibles á los ciegos es la de masajistas. Tampoco es, ni mucho menos, nueva: en el Japón hace muchísimos años que sólo la ejercen los privados de vista. Son allí muchos centenares los que viven de ella.



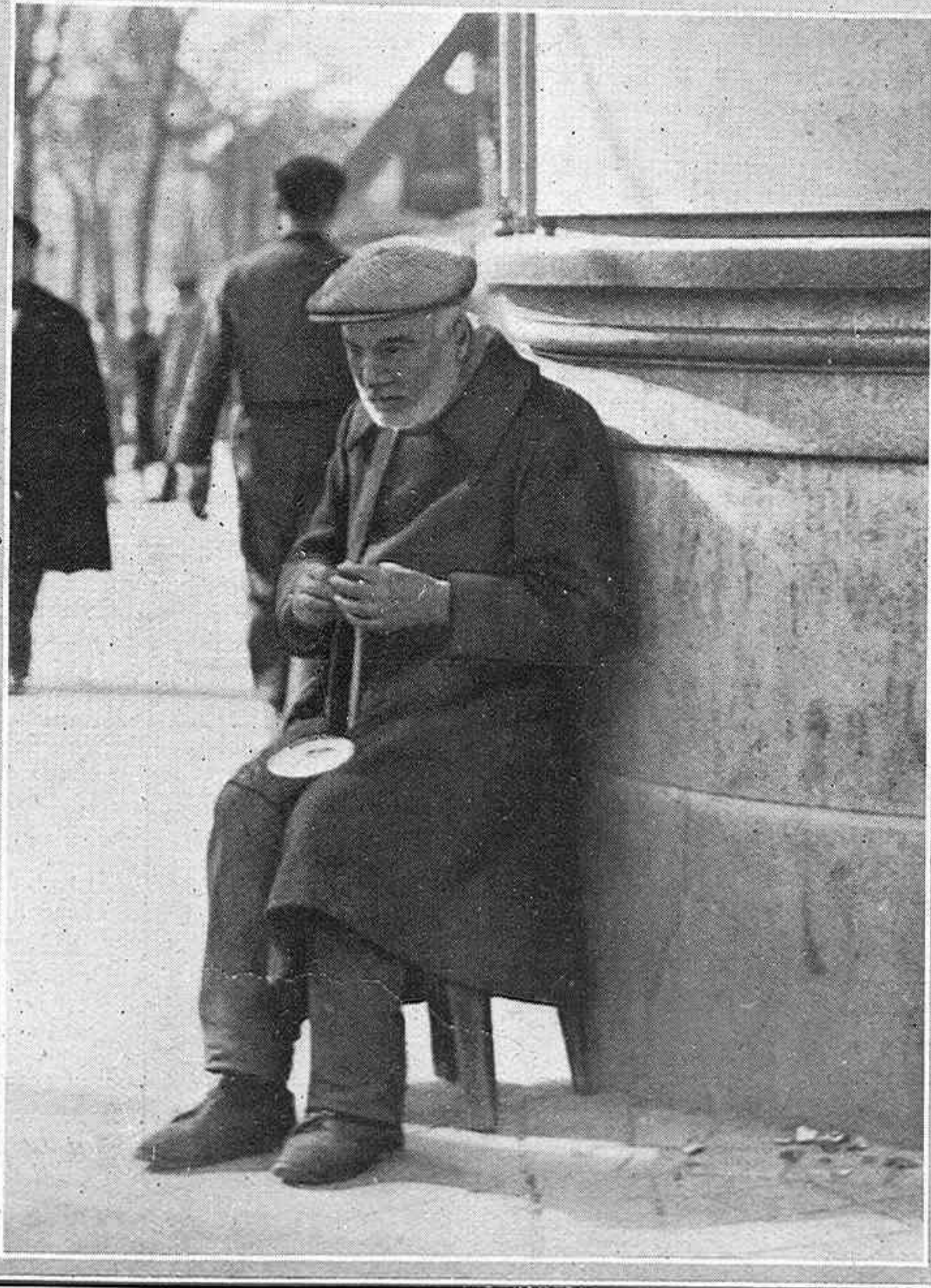
El ciego D. Jesús Antonaya enseñando á videntes el manejo de la máquina de calcular

También de esta utilización hay antecedentes españoles. En el Colegio Nacional de Ciegos funciona una enseñanza de masaje, y una de las lecciones dadas en ella la reproducimos con estas líneas. Aquella enseñanza, que fué abandonada, como no lo han sido otras profesionales, no lo han sido otras profesionales, que pretendió vencer la rutina, que pretendía hacer á todos los ciegos músicos, como si la única suplencia posible de la vista fuese el oído. Para ella, sin embargo, había profetizado el doctor Cospedal, decano entonces del Hospital de la Princesa, el mejor éxito, porque en su práctica médica se había encontrado muchas veces ante enfermas á las que su pudor impulsaba á no aceptar el masaje, y que seguramente le hubiesen aceptado de masajistas ciegas.

Un oficio para el que tampoco suelen creer las gentes aptos á los ciegos es el de zapatero, y, sin embargo, en los talleres de reeducación de la Casa de Convalecientes, de París, fueron establecidos, consecutivamente á la guerra, talleres de zapatería en que todos los obreros eran ciegos, y también en el Colegio de Madrid se dió esa enseñanza, aunque durante una breve temporada.

En un estudio directo hecho por el profesor Balaña en el Colegio de Madrid, se demostró la facilidad de los ciegos para aprender idiomas y la posibilidad de que pudieran dedicarse á esa enseñanza.

Mecanógrafos también son los ciegos, si se les educa para ello: hace ya tiempo que en alguna oficina del



Todavía habrá durante mucho tiempo, por incomprensión del problema, ciegos mendigos, aunque algunos, mientras piden limosna, estén demostrando que podrían desempeñar un oficio. En el Colegio Nacional hubo también durante algún tiempo una enseñanza de cigarrería

Estado en Madrid hay algún mecánógrafo ciego.

También hay fuera de España ciegos que manejan muy distintamente las máquinas de calcular, y en Madrid aún se ha ido más lejos, puesto que hay un ciego, D. Jesús Antonaya, buen pianista y ex maestro del taller de cepillería del Colegio Nacional, que ahora gana su vida enseñando á los videntes á manejar las calculadoras.

Se ve, pues, que por los ciegos hay algo más que hacer que enseñarlos á leer y á escribir ó autorizarlos para vender décimos de lotería, que es una manera adecuada de mendigar; hay que darles una profesión, enseñarles á trabajar, y después hacerles posible y productivo el ejercicio de esa profesión: por Madrid anda, en efecto, un ciego, cuyo nombre no quiero escribir aquí, que hubiese podido ser un buen concertista de piano, y era ya un excelente pianista, cuando hace tres ó cuatro años tuvo que dedicarse á vender participaciones de lotería, oficio mucho más fácil de aprender que su profesión de pianista, y para él extraordinariamente más productivo. Desde que vende lotería no ha vuelto á tocar el piano, y así se ha perdido todo su esfuerzo anterior y todo lo que el Estado gastó en educarle.

La utilización social de los ciegos no es, pues, un problema imposible de resolver; pero es, sin embargo, un problema complejo y que, como todos, requiere para ser resuelto una determinada preparación en los que le aborden.

D. T



Vista exterior del Palacio de la Biblioteca Nacional

(Fot. Cortés)

LA BIBLIOTECA NACIONAL Y SUS RIQUEZAS

PREÁMBULO

La importancia que en el orden cultural de un pueblo representa el núcleo de sus bibliotecas, como elemento primordial para el fomento y extensión de dicha cultura hasta llevarla á las capas más humildes de la sociedad, es el móvil que nos ha impulsado á tomar como tema de nuestra presente información la Biblioteca Nacional de Madrid, ese gran Palacio del Libro, en cuyos polvorientos estantes se halla condensado el saber de muchas generaciones, el fruto tardío de una enorme suma del esfuerzo humano: gérmenes generosos y ubérrimos de toda sabiduría.

Esos libros que pueblan las inmensas salas del Palacio sintetizan la evolución del pensamiento á través de siglos y siglos, pues, en cierto modo, la historia del libro es la historia de la Humanidad. El libro, desde su fase más rudimentaria hasta las lujosas ediciones de los tiempos modernos, señala perfectamente la trayectoria de la vida del hombre en todos sus aspectos espirituales. El espíritu de las épocas ha vertido en ellos el limo de sus concepciones más potentes y encumbradas, dejando el sedimento eterno y divino del genio...

Hoy, que tanto se habla de la protección al libro; que se celebran congresos y conferencias para asentar su condición social sobre bases firmes, reguladas, que le aseguren una difusión por demás necesaria, creemos nosotros que no estará fuera de propósito, de ocasión ó de lugar el que hagamos una amplia información de nuestro principal centro de lectura.

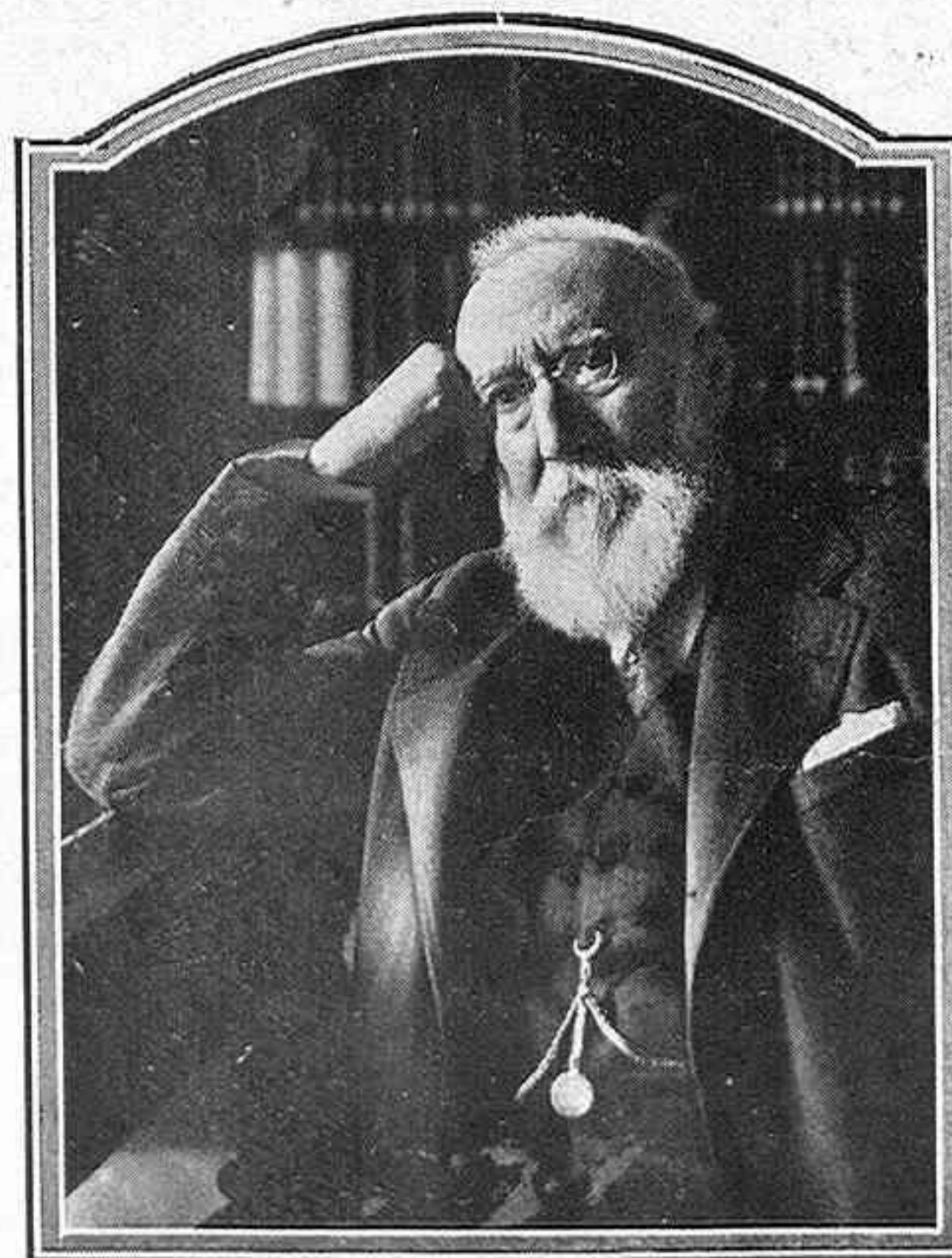
Muchas y muy valiosas bibliotecas posee España, y singularmente Madrid: la de la Acade-

mia de la Historia, la Municipal, la del Centro de Estudios Históricos, la de la Academia de Jurisprudencia, etc.; pero ninguna de ellas, desde un punto de vista general, tiene la importancia de la Biblioteca Nacional, tanto por la considerable cantidad de volúmenes que posee como

por la riqueza, verdaderamente extraordinaria, de algunos de sus códices, manuscritos é incunables. En este punto de rareza y riqueza bibliográfica haremos especial hincapié, ya que es preciso que sea del conocimiento general que la Biblioteca Nacional de Madrid tiene un verdadero tesoro en volúmenes que causarían la felicidad de más de un bibliómano...

DESDE EL SIGLO XVIII HASTA NUESTROS DÍAS.
LA REAL LIBRERÍA, FELIPE V, JOSÉ BONAPARTE Y EL PADRE ROBINET

Como la Academia de la Historia, la Biblioteca Nacional fué creada por el monarca Felipe V. Deseando Felipe V dotar á España de una gran biblioteca, donde los eruditos y estudiosos de la época pudieran cumplidamente documentarse en sus tareas, encargó al P. Robinet que á la mayor brevedad presentase á su real aprobación su proyecto de creación de una biblioteca. El proyecto fué presentado el 29 de Diciembre de 1711, mereciendo la conformidad del monarca, y el 11 de Febrero del siguiente año se creaba en un pasadizo que conducía desde el Alcázar al Monasterio de la Encarnación, la llamada Real Librería, integrada con el reducido número de 8.000 volúmenes, impresos y manuscritos, traídos de Francia por Felipe V, y procedentes otros de la librería que á mediados del siglo XVII se hallaba instalada en la torre alta del Alcázar. La Real Librería, así denominada en su ori-



DON FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN
Ilustre director de la Biblioteca Nacional
(Fot. Díaz Casariego)

gen, se inauguró en Marzo del año 1712, siendo nombrado director el P. Robinet, y bibliotecario mayor, D. Gabriel Alvarez de Toledo, permaneciendo en la forma que queda dicha hasta que á principios del siglo XIX, decretada por José Bonaparte la demolición de varios edificios para construir la plaza de Oriente, la Real Librería fué trasladada al convento de la Trinidad, que fué luego Ministerio de Fomento. Pasada la dominación francesa y habiendo sido reclamado el convento por los Trinitarios—sus antiguos moradores—, la Real Librería pasó á ocupar la casa que es hoy el Ministerio de Marina, de donde nuevamente fué trasladada á la calle de su nombre en Junio de 1826.

Por insuficiencia del lugar que ocupaba á la sazón, se acordó la construcción de un edificio especial, cuatro veces mayor que el que ocupaba, en el paseo de Recoletos, en el solar que fuera antaño la Escuela de Veterinaria, edificio magnífico que se comenzó á construir el 21 de Abril de 1866, con el propósito de que más tarde fuese no sólo biblioteca, sino también Museo Arqueológico y de Bellas Artes. Ya en el año 1836 el nombre de Real Librería habíase trocado en el actual de Biblioteca Nacional.

Al frente de la Biblioteca Nacional han figurado personalidades de tan relevante prestigio como el P. Robinet, D. Gabriel Alvarez de Toledo, el P. Esteban Lecompassent, el P. Guillermo Dambeton, el historiador D. Juan Ferreras, D. Francisco Pérez Bayer, D. Pedro Luis Blanco, obispo de León; D. Leandro Fernández de Moratín, el Molière español durante el reinado de Carlos IV; D. Diego Clemente, D. Eugenio Harzenbuch, D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Juan de Iriarte, D. Gregorio Mayans ó Siscar; los orientalistas Miguel Castri y fray José Bajeur.

LEGADOS, DONATIVOS Y ADQUISICIONES. IMPRESOS Y MANUSCRITOS

Las leyes y disposiciones sobre propiedad intelectual, que debieran ser la principal fuente de ingresos, no han aportado hasta nuestros días un gran contingente de libros á la Biblioteca Nacional. La primera disposición parte del 15 de Octubre de 1716, en que Felipe V ordena que de todo cuanto se imprima en España se depositase un ejemplar en la Biblioteca Nacional, ejemplar que, siendo de libro, había de presentarse encuadernado. Pero, lo repetimos, tales disposiciones se han observado muy poco hasta hace algún tiempo.

Setenta mil volúmenes pertenecieron á los conventos suprimidos en la provincia de Madrid: 312 obras, ediciones incunables muchas de ellas, que existían en Avila; 137 legajos de expedientes de censura, de libros que se conservaban en el Archivo de Simancas; 60 volúmenes manuscritos, conteniendo trabajos y estudios de la niñez de Felipe V, algunos de los cuales se custodiaban en el Ministerio de Estado; 1.200 grabados y 238 códices miniados, que formaban colección completa, existentes en la Calcografía Nacional. Donación del cuáquero D. Luis de Uzo del Río, en 1873, por su viuda, D.^a María del Acebol y Arratia.

En el reinado de Carlos III se incorporan los volúmenes de la biblioteca que en Roma formó el cardenal Arquinto. En 1849, la biblioteca de D. Juan Nicolos Böhl de Faber, y parte de la de D. Benito Maestre, compuesta de novelas de antiguos escritores españoles; en 1863, la de D. Agustín Durán, rica en obras impre-

sas y manuscritas, 3.700 volúmenes; en 1864, la biblioteca mejicana del licenciado D. Carlos José Mejía, 8.000 volúmenes; en 1867, la de estampas, de D. Valentín Corderera, 70.000, entre dibujos y grabados; en 1869, la de obras turcas, arábicas y armenias, procedente de la biblioteca que reunió en Constantinopla D. Antonio López de Córdoba. En 1870, la de 1.965 obras diversas que pertenecieron á la librería balear de D. Miguel Fernández Capdebou; en 1871, la de don Manuel Castellano, 24.000 artículos fotográficos; en 1873, la de D. Cayetano Alberto de la Barrera, 2.500 volúmenes de obras españolas y 21.000 estampas; la de D. Serafín Estébanez Calderón, de 9.671 libros y folletos, y la del

100.000 volúmenes holgadamente. El número de libros depositados en esta gigantesca estantería es el siguiente:

Piso 1.º.....	85.925
— 2.º.....	73.131
— 3.º.....	74.302
— 4.º.....	42.850
— 5.º.....	47.591
— 6.º.....	39.604
— 7.º.....	47.856

Lo que supone un total de 411.259 volúmenes. En diversos departamentos del edificio están repartidos los siguientes volúmenes:

Salón de lectura; libros de uso poco frecuente, 1.109.

Sala de despacho al público; libros de uso más frecuente, 5.882.

En una gran sala especial están depositadas las obras teatrales, formando una biblioteca de 29.626 volúmenes.

Otra sala independiente constituye la biblioteca hispanoamericana, con un total de 7.109 obras.

La biblioteca de Ultramar ocupa varias salas y consta de 17.873 volúmenes, que volvieron á España después de la pérdida de nuestro imperio colonial.

La sala cervantina es una lujosa sala, en cuyo centro hay una gran vitrina, en la que se conservan 1.800 obras de Cervantes; entre ellas, 600 ediciones del *Quijote*, algunas de grandísimo mérito artístico y bibliográfico.

La biblioteca de D. Luis Uzo del Río, el filántropo cuáquero, consta de 11.582 volúmenes, en una sala especial.

La sala de libros raros, de los que hablaremos más adelante, consta de un total de 25.000 volúmenes.

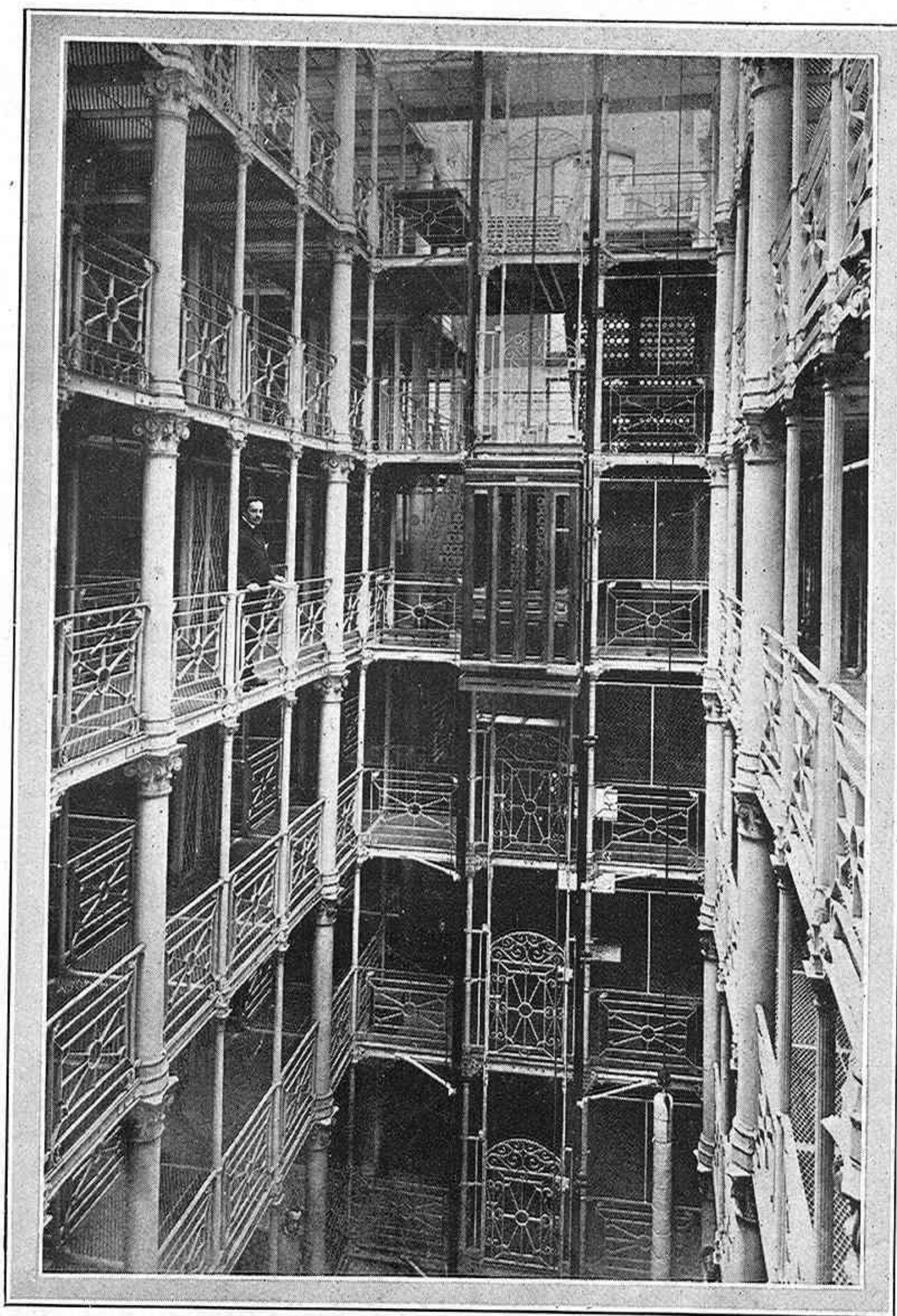
La sala de incunables contiene 2.337 volúmenes perfectamente acondicionados en soberbios y artísticos armarios de incalculable valor, que pertenecieron al Príncipe de la Paz.

En la Sala de Bellas Artes hay 8.935 volúmenes.

En la de Música, 2.949 obras, y en varias salas, y bajo la denominación de varios, existen un número imprecisable de folletos.

Puede calcularse en más de un millón el número de volúmenes que atesora nuestra Biblioteca Nacional.

Como puede advertirse, las aportaciones oficiales y particulares á la Biblioteca Nacional, desde la fecha de su fundación, han llegado á constituir uno de los fondos bibliográficos más importantes de Europa.



Galerías de la Biblioteca Nacional, donde están archivados los volúmenes

marqués de la Romana, que contiene gran cantidad de obras selectas de todo género y curiosos manuscritos.

Algunos incunables: Janua (Fray Johannes de), Catholican, Magunt. 1460, en vitela, con iniciales y orlas en colores.

Plynius Secundus.—Naturalis Historia.—Roma, 1473, en vitela.

Johannes Chrisostomus. — Omelie. — Roma, 1470.

UNA ESTANTERÍA GIGANTESCA. LA BIBLIOTECA TEATRAL, LA HISPANOAMERICANA Y LA DE ULTRAMAR. LA SALA CERVANTINA

El núcleo más importante de obras impresas que posee la Biblioteca Nacional se halla almacenado en una colosal estantería de hierro de siete pisos, á los que se asciende en ascensor, y en cada uno de los cuales pueden colocarse más de

LOS MANUSCRITOS. LOS CÓDICOS MINIADOS DE LA EDAD MEDIA. LA DIVINA COMEDIA. LAS SIETE PARTIDAS. LAS COMEDIAS DE PLAUTO. LOS AUTÓGRAFOS

Esta sección de manuscritos, que comprende más de veinte mil volúmenes de inapreciable valor, es la menos frecuentada de todas las de la Biblioteca Nacional.

Apartadas hacia el ala izquierda del edificio, las salas de los manuscritos aparecen casi desiertas en la hora que nosotros realizamos nuestra visita.

Lo primero que de notable se ofrece á nuestro examen son unas vitrinas que ocupan las paredes de una de las salas, y en las cuales, perfectamente expuestos y con una admirable orientación histórica y cronológica, se ven los orígenes de la imprenta, una verdadera Historia del Libro, que va desde los remotos tiempos de los rollos de pergamino y las escrituras sobre tabli-

llas enceradas de los romanos, hasta los suntuosos volúmenes de los siglos xv y xvi.

Figura en estas vitrinas un grueso libro, encuadernado en terciopelo morado, con broches é incrustaciones de plata esmaltada y la cifra real, que no es otro que las *Siete Partidas*, de Alfonso X, *el Sabio*, libro que perteneció á los Reyes Católicos.

Siguen una serie de encuadernaciones preciosas, que van desde el siglo x al xix. Un Breviario mozárabe; un rico «codicilo» de Isabel la Católica; una Biblia miniada del siglo ix; los *Comentarios del Apocalipsis*, de San Juan el Teólogo; la primera Gramática de Nebrija (siglo xv); un Misal del Cardenal Cisneros (siglo xv); los Sonetos de Francesco Petrarca; un grandioso antifonario miniado de Carlos V; las comedias de Plauto; las Canciones, el Convivio y la *Divina Comedia*, del Dante, que son una verdadera maravilla de miniatura.

La mirada se extasia ante aquel mar de riquezas bibliográficas. En trípodes hay una considerable y valiosísima colección de autógrafos: el de Santa Teresa, el del Gran Capitán, el de San Francisco de Borja, el de fray Luis de León, el de Bécquer y otros...

—Estos libros—preguntamos al encargado de la sección, que nos acompaña en nuestra visita—¿están á la disposición de cualquiera, ó se requiere alguna autorización para poder examinarlos?...

—Nada de eso—nos contesta—. Por fortuna para la Casa, nosotros no cumplimos fielmente la letra del Reglamento de la Biblioteca, sino su espíritu. Con el Reglamento en la mano, cualquier chicuelo nos podría obligar á que depositásemos en sus manos estas riquezas...

—¡Eso es absurdo!—exclamamos.

El jefe de la sección sonríe y afirma:

—En efecto, es absurdo; pero el Reglamento lo determina así. Felizmente, esta sección cuenta con un número muy reducido de lectores; en su mayor parte, son extranjeros que, en ocasiones,



Un detalle de la monumental escalera de la Biblioteca Nacional

realizan un viaje con el solo objeto de examinar algún códice...

RAREZAS BIBLIOGRÁFICAS. ÚNICOS Y SEMIÚNICOS

La sección denominada «raros», adjunta á la de incunables, y que comprende el legado del cuáquero Usoz, representa en total, aproximadamente, 20.000 volúmenes, algunos de ellos de riqueza suma, tanto por ser «únicos» como por el ornato de sus encuadernaciones.

Recordaremos, á título de curiosidad, algunos «raros» y algunos «únicos».

Aparece en primer lugar un voluminoso mamotreto en cuarto menor, riquísimamente encuadernado, con broches de plata, que se intitula: *Pedacio Dioscórides, Anazarbeo de la materia medicinal de los venenos mortíferos, traducido del griego al habla vulgar por Andrés López, médico de S. S. Julio III, Pontífice Máximo. Amberes, 1555. Imprenta de Juan Lacio*. Este bello volumen, en vitela, fué escrito para Felipe II; es raro, pero no único.

Los *Fueros de Aragón*—1678-1686—se destacan por los hermosos bordados en oro sobre terciopelo grana que, representando el escudo de Aragón, constituyen las portadas.

Aquí viene un único. Es éste un pequeño volumen, no muy abultado y de apariencia sencilla, que se titula: *Libro de motes, de damas y caballeros, intitulado: «El juego de mandar»*. Enrique Díaz, romano. Valencia, 1535.

A continuación vemos un libro pequeño de hojas doradas, con magníficas láminas-grabados del siglo xvi. Son las *Rimas*, de Petrarca. Una *Historia de los Bizantinos* forma un volumen maravilloso por la riqueza de sus materiales y el alarde de tipografía que representa. La edición fué de 200 ejemplares numerados.

Vemos ahora los *Libros de Anahuac. El manuscrito messicano*. Reproducción de los hieroglíficos que representan documentos para la Historia de Méjico en fotocromografía, impreso á expensas del duque de Loubat y de la Biblioteca del Vaticano. Roma, 1896.

He aquí nuevamente un «semiúnico». Se llama el insignificante, al parecer, volumen, *Noches de plazer, que contiene doce novelas dirigidas á diversos títulos y caballeros de Valencia*. Por D. Alonso del Castillo Solorzano. Barcelona, 1631. Imprenta de Sebastián Cormellas.

De esta obra sólo existe otro ejemplar en la Biblioteca del Congreso, de Wáshington.

FRANCISCO CARAVACA



El gran salón de lectura de la Biblioteca Nacional

Tres cosas que vi en Medina

Por EMILIA BERNAL

Del libro "Exaltación", próximo á publicarse

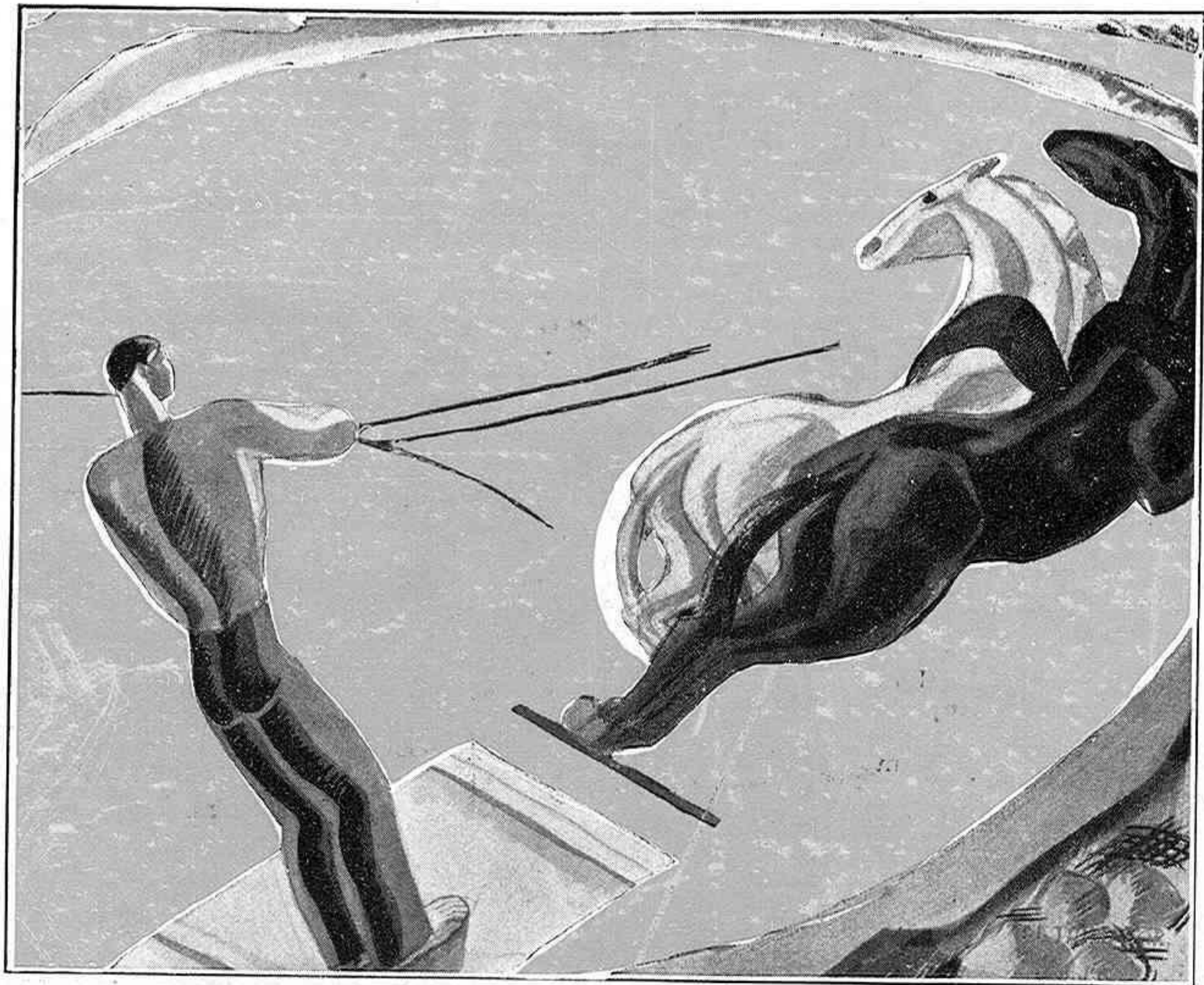
EL TRILLADOR

El trigo, cielo de oro, en haces fuera.
El sol era la era. Rojo. Ardiente.
El trillo reventando la simiente
rayos de brizas apuntando afuera.

Un bravo mozo, no. Apolo era.
Engallado en el carro iba potente,
rubio y rojo de luz. Apolo riente
en la biga del sol. Apolo era.

Rienda en la mano. Al vuelo. Saltador,
rítmicamente iba en derredor,
dando vueltas y vueltas sin desmayos,

en la otra mano el fuste chasqueador,
fuste y brazo en un gesto triunfador,
al galope corriendo los caballos.



LA CARRETERA

Carretera adelante, traqueteando,
tri-qui-tra-tri-qui-tra, va la carreta.
Parada sobre el pértigo se aprieta
una mujer los bueyes manejando.

El ritmo del andar se adentra en ella,
y cimbreo al compás su cuerpo erguido,
y canta al mismo tiempo, y el sonido
también mide el cimbrear de la doncella.

Todo es uno en el cuadro campesino,
el movimiento, el canto, hasta el camino
parece que se quiere unir al todo...

Tri-qui-tra-tri-qui-tra... va la carreta
con aquella elegancia tan perfecta
que le da la unidad del todo á todo.

EL CABALLERO

Era un borriquito color de mostaza.
Era un caballero color de limón.
El burro alzaría una vara escasa.
El hombre una legua del pelo al talón.

Era el caballero hilo de gordura.
Era el borriquito, de flaco, la e.
Tal cual si enebrrara la cabalgadura
que arrastraba al paso la punta del pie.

Había, no obstante, tal acoplamiento
en el color de ambos y en el movimiento,
que hasta se diría mimetismo haber.

¿Del borrico al hombre? ¿Del hombre al
[borrico]?
¡Es lo cierto que iban tan bien! Ri-co-ri-co...
camino á la aldea al amanecer.

INTERPRETACIÓN

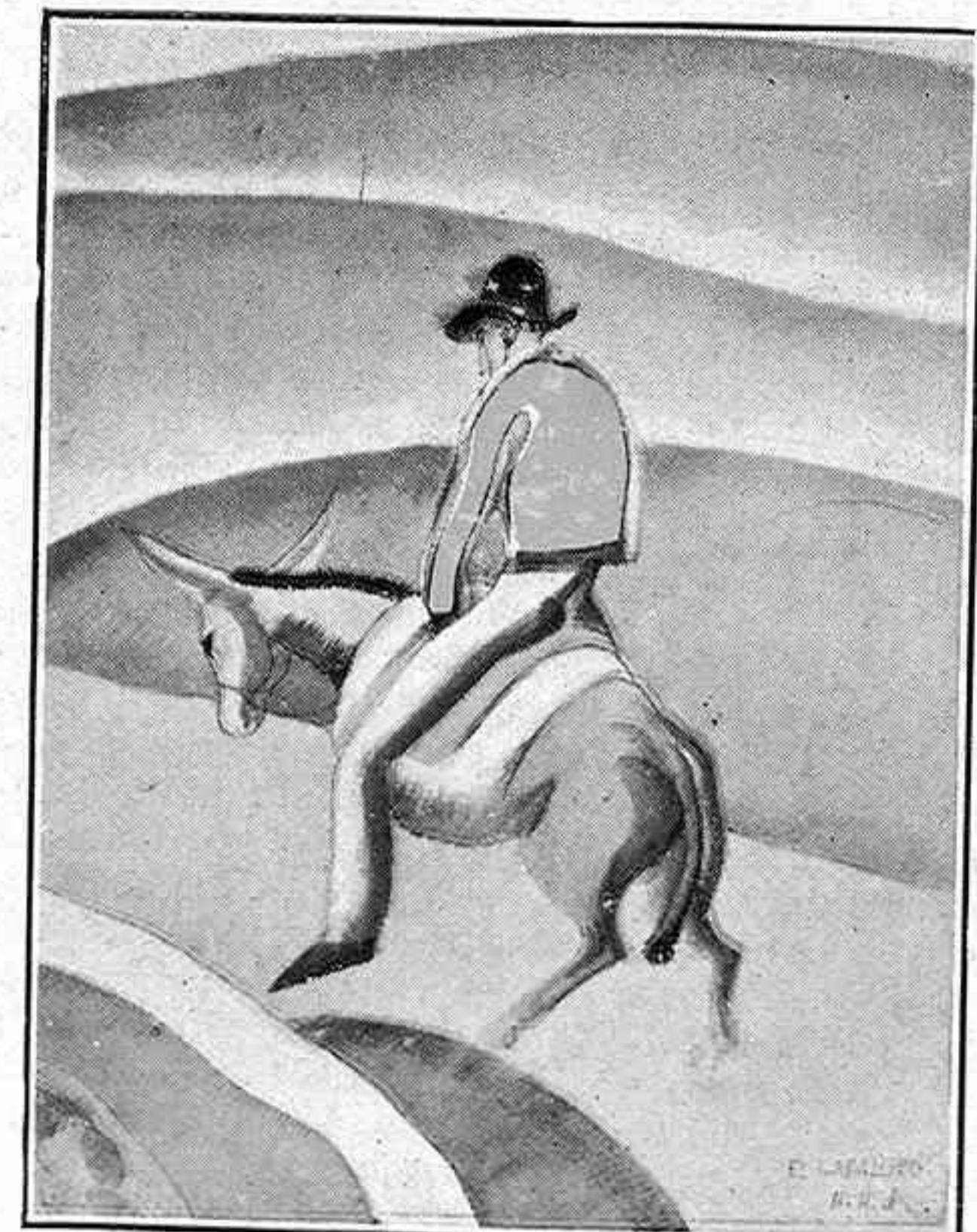
(A manera de profesión de fe artística.)

Esta es la belleza. No la esbelta línea.
No la forma sobria. No el color triunfal.
No el sonido armónico. Nunca la apolínea,
venusínea línea en lo escultural.

Hay belleza en todo lo que sabé ser
lo que es. Lo mismo en el sapo que en el animal
más gallardo y fiero. El león.
Que ser es la esencia única de lo espiritual.

Bien haya hipopótamo dentro de sí mismo,
bien haya elefante sobre su hermetismo,
las hispídas piedras y el brusco carbón.

El árbol que sabe ser árbol y suma
á su propio esquema su ser, y lo exhuma
y llega á lo máximo al dar su expresión.



UNA CHARLA CON EL CONDE DE LA MORTERA

«El cultivo de la Historia prepara al individuo, mejor que ninguna otra disciplina, para el ejercicio de gobernar»

EL TINGLADO

EN la clínica del médico, en el laboratorio del químico, en el despacho del literato, en el cobijo del investigador científico, del arquitecto ó del ingeniero, el reporter entra lleno de curiosidad, de anhelo y de confianza. Pero cuando el hombre á quien visita está clasificado como político, ya estamos corroídos por la desconfianza, el resabio maligno y la sospecha torturante de que nuestro interlocutor no es un hombre de buena fe.

Y si no tanto, por lo menos sospechamos que nos vamos á topar con un tipo vacuo, mendaz, de resfriado caletre, ayuno de escrúpulos, tan falto de cultura y de ciencia como sobrado de audacia, un hombre, en fin, que busca el éxito y la «congrua sustentación» por medios subrepticios y cautelosos.

Quizá sea injusta muchas veces esta desconfianza que se ha infiltrado en el espíritu público, pero es una latente realidad. Los hombres del porvenir que quieran limpiar el ambiente mefítico, ensuciado por los gérmenes de tradicionales desaciertos, sólo tienen una ruta: la conducta limpia, la sinceridad heroica, la competencia y el sacrificio.

Porque todo el problema está en el dicho inglés de «cada hombre en su puesto». He ahí el fundamento del respeto, la jerarquía y la autoridad. En cuanto esto se corrompe ó se involucra, el tinglado se cuarteja y amenaza ruina. Nuestro poeta clásico Villasandino, ya ponía el dedo en la llaga con sus versos:

«Non precian al bueno sy non al malsyn,
falla el leal las puertas cerradas;
las obras del cuerdo son menos preciadas
e tien:n al loco por grant palazin.»

EL POLÍTICO Y EL HOMBRE DE CIENCIA

Mucho tiempo há que sonaba gratamente en nuestros oídos el nombre de Gabriel Maura. Pero no como hombre de actividades públicas, insubstancial, desmesurado y palabrero, sino como finísimo, culto y apasionado investigador histórico. Un día caía en nuestras manos un trocito del buen paño clásico, visto sabiamente por la aguda pupila del historiador; otro, su discurso de entrada en la Academia Española; ó su *Corte de Carlos II*, ó sus *Postrimerías de la Casa de Austria*... Estos eran mensajes enviados á nuestra curiosidad, portillos abiertos á nuestros deseos, pues en cuanto conocemos una obra profunda é inteligente, ya nos bulle y pica la comezón de conocer al autor. Gabriel Maura, hombre de minorías y de selección, cuyos trabajos no macularía la vocinglera piara de los beocios, sonaba también á lucha fragorosa y á estrépito callejero. Y pensábamos que se puede exaltar románticamente la tarea del hombre de ciencia; pero nadie cree en la probidad del que habla con entusiasmo del político dueño de momios y sincuras. Y el que piensa así casi siempre tiene razón. Y esto nos retraía...



DON GABRIEL MAURA GAMAZO
Conde de la Mortera

(Fot. Cortés)

NO ES CIERTO EL AMOR QUE NO ESTÁ PROBADO
CON TRABAJOS

Pero al autor ilustre de *La Corte de Carlos II* también «de duele España». Sus viajes por los archivos, estantes y plúteos de las viejas bibliotecas; sus vigalias junto á los papeles polvorientos; sus trabajos de «minero intelectual» que busca la escondida y rica vena, ponen de relieve su cariño y desinterés, su afán patriótico y el encendido afecto por su país. «No es muy cierto el amor que no está probado con trabajos.» Y los de este historiador ibérico son fecundos y grandes, en un pueblo donde se mira como hombre raro y maniático al que «trabaja sin hacerle falta».

El reporter, hombre de escasas letras—que está reñido el ganar el pan de cada día con el estudio—, quizá no esté conforme algunas veces con los asertos del Sr. Maura; pero está de acuerdo con él en la magnífica pintura que hace de la Edad Media, en cuyos cuadros brilla el talento, la inteligencia y perspicacia del investigador, con sus fuertes pinceladas y rasgos, en los que se ve la mano vigorosa, certera y fuerte de un escritor que domina el idioma vernáculo con la maestría, ligereza y gracia con que mueve el acero el más diestro espadachín.

He aquí una muestra. Hablando de la Corte de los Trastamara, dice el Sr. Maura:

«... salvo excepciones contadísimas para los personajes que desfilan con pavoneo de conspicuos por la corte de los Trastamara, el Poder no es sino ambición saciada, vanidad satisfecha, codicia ahita, prodigalidad á costa ajena, venganza fácil, muelle sinecura, filón de lucros, escalón de medros, hartazgo, en fin, de todos los apetitos. A trueque de conseguirlo ó retenerlo,

se antoja á casi todos disculpable y aun plausible desoir clamores justos, fomentar esperanzas quiméricas, comprar ó vender amistades, explotar sin escrúpulo palabras mendaces, promesas fementidas y burdas calumnias; perpetrar cobardes traiciones, impías amenazas y desafueros flagrantes; simultanear, con prolífica inventiva, el abuso brutal de la fuerza, los ardidés vulpinos de la astucia y las artes picarescas del engaño.»

LA CADENA DE LAS MONOGRAFÍAS CONCIENTZUDAS

Gabriel Maura, sentado frente á mí, me habla como á un viejo camarada. Es fraternal y sencillo. En su cabeza los años han dejado sus blancas huellas. Habla con rapidez y seguridad, y su palabra se desborda como de una vasija llena. ¡Qué lástima, me digo, que los menudos afares de la política, los chismorreos estóridos, las zancadillas y el ruido se lleven á este hombre! ¿Por qué cambia la calderilla del político por el oro fino del trabajador literario? Un político, dos ó cien surgen en España á porrillo, como las moscas en ejido; un historiador de la envergadura del conde de la Mortera es un ave ra-

rísima en nuestro pueblo.

—¿Qué obstáculos encuentra usted, Sr. Maura, para sus trabajos de investigación histórica?

—Ninguno—me responde—, si no es la falta de tiempo, á causa del que he de perder en atenciones políticas y de otra índole que me apartan de mi verdadera vocación. Los archivos nacionales y extranjeros guardan secretos cuyo hallazgo y publicación sistemática agotarían la actividad de cualquier vida humana, por larga que fuese.

—¿Por qué no existe una historia de España coordinada y lógica?

—No existe aún la historia de España articulada—me responde—. Está ya casi completa la narración de los sucesos políticos trascendentales, salvo algunos de la Edad Media, necesarios todavía de mayores esclarecimientos. Pero hasta hace poco no se acometió el análisis de ideas y costumbres que ha de completar aquel estudio, y si bien son muchos los investigadores consagrados á esta tarea, han de proceder, como es lógico, por el método de la monografía, que permite aislar un período no muy largo para examinarlo á fondo. Sólo cuando esté completa la cadena de las monografías concienzudas se podrá pensar en escribir la gran Historia sintética de España. Pero ni nuestra generación, ni quizá la que nos sigue, tendrán tiempo de llegar al término de esa ingente labor.

EL POLÍTICO MÁS REALISTA DE SU TIEMPO

Una pausa, y el Sr. Maura continúa:
—Para ese género de obras históricas no basta ser, como para las grandes compilaciones á la antigua, un buen ratón de biblioteca. Se requiere algo más que la paciente laboriosidad del eru-

dito, y es óptima preparación en ese linaje de investigaciones la práctica de la política, así como el cultivo de la Historia prepara también mejor que ninguna otra disciplina para el ejercicio del arte de gobernar. Sin conocer la psicología de un país á través del tiempo, es muy difícil comprender la de los contemporáneos, y sin haber observado cómo reaccionan éstos ante la realidad, no se explican tampoco algunos fenómenos del pasado. Por eso el historiador español que, á mi juicio, demuestra mayor intuición para descubrir las verdaderas causas de muchos enigmas pretéritos, es Cánovas del Castillo, que fué también el político más realista de su tiempo.

ESPAÑA HABÍA HEREDADO DEL SIGLO XVI UNA MISIÓN HISTÓRICA

—¿Qué siglo de la historia patria tiene más interés para usted?

—Para mí, el siglo que tiene más interés es el XVII, porque señala una divisoria en la vida nacional. España había heredado del XVI una misión histórica que no realiza. La desviación producida en el XVII nos conduce en el siglo siguiente á ser víctimas de influencias extrañas, cuyo trágico resultado se padece en el curso del siglo XIX y llega hasta hoy, aun cuando hayamos comenzado ya á reaccionar contra muchos errores. Por eso me dediqué al análisis del reinado de Carlos II, que comprendió el último tercio del siglo XVII. Pero quisiera tener vida y tiempo para escribir después la *Historia de las ideas políticas en España desde la unidad nacional hasta nuestros días*.

EL IMPERIALISMO AGRESIVO Y ANÉMICO DE LOS AUSTRIA Y EL DESPOTISMO ILUSTRADO Ó INDOCTO DE LOS BORBONES

—El estado de atonía, de incivilidad y de anarquía de nuestro pueblo, ¿se debe exclusivamente á la Casa de Austria?

—Como ya dije en mi discurso de ingreso en la Academia, la Historia de España entera—aparte el breve período de la lucha de las Comunidades—, desde Ataulfo hasta hoy, contemplada en perspectiva, evoca entristecedora imagen de un páramo sin lindes, de anarquía más ó menos mansa, que únicamente se interrumpe á trechos por algún oasis de dictadura legal, más ó menos inteligente. Apenas cerrado, con la decapitación de los Comuneros, el paréntesis que abrió la batalla de Toro, rebrotó el caciquismo secular y se difundió invasor por la Península.

Mas no por culpa exclusiva del «austracismo». Absolutos eran á la sazón todos los monarcas europeos, y aun sin el cambio de dinastía lo hubieran sido también los españoles. El mal estuvo en que césares ellos (que es manera caciquil entre imperantes), su libérrimo poder no topó

con ciudadanos, ni tuvo otro dique que la sorna burocrática de los Consejos, la cual, sobre no impedir ningún dislate, frustró más de una vez óptimas iniciativas. La aristocracia linajuda y el alto clero llegaron á integrar en todas partes una oligarquía directora; pero en ninguna extremaron como aquí el orgullo de clase, el monopolio injusto de honores y riquezas, ni, cuando hubieron degenerado las estirpes, la ineptitud holgazana. La misma Italia, cuna de las libertades locales, transfundidas de la madre Roma á la Edad Media, vió languidecer, desde el comienzo de la Moderna, la vida municipal autónoma, y así, no fué mucho que paulatinamente pereciese ella también en España; pero todavía marca un jalón en la atonía cívica española haberse esfumado durante el siglo XVIII el espíritu foral de la antigua monarquía aragonesa.

Los soberanos constitucionales, y, á mayor abundamiento, los autócratas, arriesgaron alguna vez, dondequiera, locos alardes, aventuras costosas ó cruentas, que por su gusto excusaran los súbditos; pero sólo en la incivil España perduró impunemente, centuria tras centuria, el radical antagonismo de opiniones y conducta entre gobernantes y gobernados. La gente española no compartió de corazón el imperialismo agresivo, anémico á la larga, de los Austria, ni el despotismo ilustrado ó indocto de los Borbones, centralizador insaciable de la política, la administración, la economía y hasta la vida so-

cial del país; tampoco el prurito reformador de los debeladores del antiguo régimen, que, adelantándose al consejo de Costa, se proponían europeizar á su patria.

EL SÍNTOMA INFALIBLE DE TODA DECADENCIA ES UN APEGO INMODERADO Á LA VIDA

—¿Qué opina usted de la decadencia histórica de España?

—Le remito á usted nuevamente á mi discurso de la Academia, donde ya traté este tema. España no tuvo la fortuna de encontrar, salvo las consabidas excepciones, quien de veras se propusiera educarla, y los pocos maestros de ella que no contribuyeron á su corrupción con ejemplos escandalizadores, se contentaron con exigir desde arriba, mediante amenazas y castigos, la compostura externa de la urbanidad, que es á la educación de las pasiones lo que la minucia del rito al fervor del culto.

Pero la raza está incólume, y aunque conserva sus vicios y virtudes, cualidades y defectos, ha comenzado á atenuar esa lacra originaria, que la inhabilitó durante siglos para imponer su voluntad á los regidores de sus destinos. Desangradas sin provecho, por extrañas al genio nacional, fueron, sí, las empresas que inmortalizan su nombre en la Historia del mundo; pero nadie con fundamento motejó nunca á sus hijos de sordos ó inferiores á las más arduas y diversas vocaciones individuales.

La raza se halló un día, sin apercibimiento, ni aprendizaje adiestrador, ni plan orgánico ninguno, ante la inmensidad de un vastísimo continente semisalvaje, y para explorarlo, domeñarlo y civilizarlo, dió ella de sí viajeros audaces, luchadores invictos, estrategas portentosos, diplomáticos sutilísimos, administradores probos, gobernadores rectos, legisladores sabios, maestros pacientes, apóstoles y mártires.

Poco más de cien años han transcurrido desde que abandonada ó vendida por sus rectores naturales, vivió España otra gesta épica; y para sacudir la invasión napoleónica, arteramente entronizada ya en el Alcázar madrileño, el impulso colectivo acertó á improvisar, tribunas entre los monterillas, generales entre los lugareños y reclutas veleros entre las mujeres.

No. El síntoma infalible de toda decadencia es un apego inmoderado á la vida; y los españoles supieron siempre morir y acertaron, por añadidura, á mostrar de mil modos, aunque los más fuesen picarescos, excepcionales aptitudes para prevalecer sobre enemigos más cultos y diligentes en el combate universal por la existencia.

Sí, amigo mío, la raza está incólume, y yo tengo fe en los destinos de nuestro pueblo.



El conde de la Mortera en el despacho de su padre, el insigne estadista D. Antonio Maura

(Fot. Cortés)

JULIO ROMANO



CORAZON FUNAMBULESCO

«Tengo el furor de amar. Mi loco corazón todo lo ama y en todo desborda su emoción. Donde brilla un relámpago de belleza, virtud ó valor, allí vuela ebrio de juventud, y en el lapso de un beso, cien veces besa á aquel ser, vio'entamente preferido por él. Después, cuando repliega su ala la Ilusión, retorna triste y solo en su desolación, y al volver solitario y fiel, siempre ha dejado carne ó sangre, algo suyo, á los seres que ha amado. En la inacción muy breve espacio, desespera y embarca hacia la isla vaga de la Quimera, llevando por bagaje su pena asoladora, un rastro de saudades y el llanto de una hora desesperada...

Y es tan terco en su porfía, que en los viajes de su ciega fantasía, navegante fanático, va derecho á la orilla sin mirar el escollo que rompe su barquilla; pero hace del escollo un trampolín y lanza su nave á la otra orilla, borracho de esperanza. El prodigio sería que su alma de poeta, del alba hasta la noche, no fuese siempre inquieta,

queriendo escalar siempre la cumbre y fracasando y con hambre y con sed la vida devorando; sin encontrar—del todo—un corazón hermano, no como él, porque nunca lo hallará semejante, pero sí un corazón comprensivo y humano henchido de inefable ternura palpitante. Espera sin perder nada de su vigor, que la fiebre sostiene y que alienta el amor, que un barco haga señales en el desierto océano para llamarle al punto... mas siempre espera en vano. Hasta que se hunda, al fin, porque su negra suerte, es esa, pero á él no le importa la muerte. ¡Ah, sus muertos, sus muertos! ¿No está él más muerto acaso? Alguna fibra suya aún alienta en su fosa; su recuerdo es el dulce cabezal donde posa su cabeza abatida de pena y de fracaso. Los ve y habla con ellos, y, llena de su esencia, á la lucha del mundo retorna su conciencia.» Así el pobre Lelián decía su canción: ¿Sabéis de otra que tenga más íntima emoción?

EMILIO CARRERE

(Dibujo de Bujados)

LA FLOR MARAVILLOSA

(CUENTO)

BAJO el luminoso y transparente cielo del Atica y en los remotos tiempos en que era creencia popular que el trazo Orfeo había descendido á los infiernos en busca de su infortunada esposa Euridice, habitaba en la inmortal ciudad que debe su nombre á Palas-Atenea, una joven de dieciséis años llamada Licia, que en lo hermosa podía competir con Venus; en lo discreta, con Minerva, y con Júpiter, en lo de ser adorada.

Disputábanse los hombres el amor de tan encantadora criatura. Su casa era templo donde se congregaba lo más florido de la juventud ateniense para rendir culto á la codiciada beldad.

Ante ella todos quemaban el incienso de la adulación; todos creíanse con méritos indiscutibles para rendirla, que siempre pecaron parecidos pretendientes de vanidosa presunción; los ricos fiaban su triunfo en el cebo de sus caudales; los pobres, en su gallardía; los sabios, en su talento.

Entre todos los adoradores, un tal Cleóbulo, filósofo cínico, enanuelo patizambo y giboso, dolorosa caricatura humana, era el único á quien la pasión no cegaba el entendimiento; aunque enamorado locamente de la diosa, comprendía que, si se propasaba á entonarle la canción de sus amores, sólo obtendría una burlona sonrisa, cuando no alguna otra muestra más mortificante de desprecio.

Licia sentíase á veces abrumada por aquel continuado aluvión de ditirambos con que la regalaban el oído; á veces reflejábale en su rostro la íntima satisfacción, la vanagloria de verse solicitada por los más ilustres donceles de Atenas, que, á porfía, cada uno de ellos jurábale por sus dioses tutelares estar dispuesto á acometer la más arriesgada de las empresas con tal de que los labios de Licia, rojos cual la amapola y dulces como la miel del Himeto, murmurasen una promesa de amor.

La dioscecita no exigía que emularan las hazañas de Hércules; ¿para qué? Su corazón, recién despierto al encanto de vivir, era como espejo que mira al cielo: pasan las nubes y las refleja sin que la imagen de ninguna quede fija en su mágico cristal... Acordábase de sus devotos mientras los veía; luego los olvidaba por completo, experimentando vaga melancolía en su soledad.

Palpitaba en su pecho el ansia ingénita de amar y de ser amada: momento psicológico en que la mujer se expone á peligros tanto más funestos cuanto menos puede preverlos su inocencia.

•••••

Licia hizo espléndidos sacrificios á los dioses impetrando la iluminasen en la difícil selección que debía hacer entre tanto rendido galán.

Los dioses—todo hay que decirlo—, más propicios á la magnificencia de los sacrificios que al fervor de la súplica, acordaron atender al ruego de Licia.

A la puerta de su casa llamó cierta mañana una mujer que traía el manto blanco y cubríase el rostro con un velo que sólo dejaba ver los ojos, animados de un brillo singular.

Preguntó por Licia, y un esclavo la condujo donde en tal momento se encontraba su señora.

La encubierta, después de cambiados los obligados saludos, dijo con voz grave y armoniosa:

—Los dioses, hija mía, han escuchado tu súplica, y yo, en su nombre, vengo á entregarte una

flor nacida en el Olimpo, de virtud sobrenatural, puesto que jamás se marchita; y siempre que en torno suyo palpita la maldad ó el engaño, sus hojas se humedecen cual si llorara la perfidia humana. Tal es el presente con que los dioses te favorecen.

Y la celestial mensajera puso en manos de Licia, que emocionada y confusa habíala escuchado, una flor roja, semejante en su estructura al jazmín.

—Lleva siempre prendida al pecho esa flor—continuó la enviada de los olímpicos—y sea ella la que te aconseje en todos los momentos.

Dijo, y sin dar tiempo á que Licia la expresara su gratitud por la excelsa dádiva, salió apresuradamente de la estancia.

•••••

Han transcurrido diez años.

Licia se encuentra en el apogeo de su hermosura, y, no obstante, en su casa solitaria ha cesado ya de susurrarse, como antaño, la letanía del amor.

La corte de adoradores huyó de su lado.

La llama pasional no ha prendido en ningún corazón; únicamente continúa encendida en el suyo, amenazando reducirle á pavesas.

Los del Olimpo, al donarle la maravillosa flor, tuvieron una ironía propia de dioses: mataron en aquel espíritu ingenuo la fe, luz confortadora del alma que da vida á nuestras ilusiones. Y sin ellas, ¿cómo soportar las amarguras que de continuo nos ofrece la existencia?...

Aquella inmarcesible y lacrimosa flor, roja como la sangre, hizo ver á su dueña, en toda su repugnante desnudez, la falsía y el egoísmo humanos: sus criados la adulaban; mostrábanse solícitos y afectuosos; mentían; por dentro protestaban airados contra su servidumbre, su esclavitud, la desigualdad social, que mientras á los privilegiados les entrega el látigo, á los parias les hace encorvar la espalda para ser azotados; sus adoradores jurábanle un afecto tierno y puro, su ansia de conquistar, aun á costa del mayor sacrificio, tesoro tan codiciado; la engañaban; el amor puro era un acuciamiento sensual, un espolazo de la propia vanidad; su ternura, un deseo de domeñar á la que tan altiva se les mostraba; el sacrificio á que se ofrecían propicios era un alarde que, sólo á la suposición de que se les exigiera, hacía les temblar como azogados; procla-

maban las compañeras de Licia lo sincero y firme de su amistad, y decíanla que era un dechado de perfecciones; todo tropos y engaños; la odiaban cordialmente; sentían celos terribles de su extraordinaria belleza, y la acusaban de que en vez de mujer fuera estatua; su virtud era sólo consecuencia de su frialdad.

Y así, la flor implacable, siempre que alguien se acercaba á su dueña, cubríase de rocío.

Licia, sorprendida dolorosamente, herida en lo más íntimo de sus creencias, de sus esperanzas, sentía arrasados de lágrimas sus hermosos ojos. Cuanto más firme era su convicción en la lealtad de una persona ó en la sinceridad de un afecto, mayor era también el desencanto y la angustia que le ocasionaba la silenciosa negación de aquel talismán de los dioses: el *vitam impendere vero* de Juvenal era en el mundo una bella frase, nada más.

Únicamente permanecía inmutable la flor roja en presencia de Cleóbulo.

Pero, ¡ay!, era tan horriblemente feo y ridículo aquel enanuelo filósofo.

Y, en tanto, el tiempo proseguía su marcha y Licia vióse envejecida, y su belleza era ya la del sol que se hunde en el ocaso, y como en él, también ardía en su interior un fuego inextinguible: el de una pasión jamás correspondida.

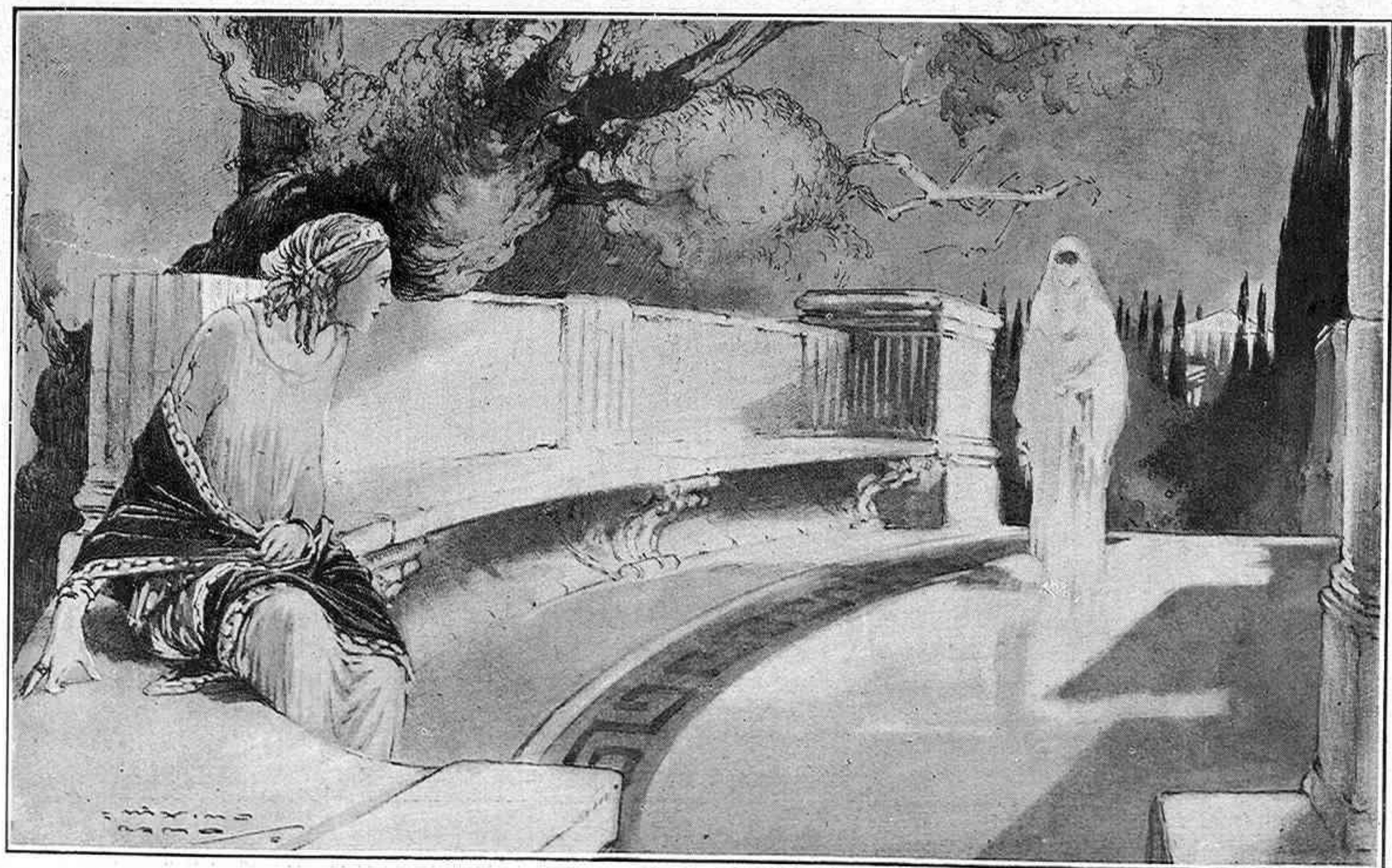
Impelida de un mortal desaliento, Licia maldijo la flor, y arrojándola al suelo, musitó con voz que sonaba á llanto:

—¡Oh, dioses, cuán crueles castigásteis la vanidad de mi hermosura regalándome esta flor, que ha asesinado todas mis esperanzas, todas mis alegrías, y ha hecho fomentar en mi corazón el odio y el desprecio hacia todos!... ¿Por qué habéis quitado de mis ojos la rosada venda que oculta á los mortales el egoísmo que determina todos sus actos?... Con esa venda habría sido felicísima y habría amado porque creería ser amada... La antorcha de Himeneo habríase encendido en mi hogar, y á sus áureos reflejos hubiera podido tal vez contemplar mi propia ventura en las pupilas de mis hijos...

En el paroxismo de la desesperación, Licia golpeaba rabiosamente con sus diminutos pies la flor roja nacida en el Olimpo.

ALEJANDRO LARRUBIERA

(Dibujo de Máximo Ramos)



LOS GRANDES CENTROS CULTURALES

EL INSTITUTO FRANCÉS DE ESPAÑA

DE las muchas cosas que acercan y unen a los pueblos de la tierra, no cabe dudar que una de las primeras es la afinidad de tendencias intelectuales, la compenetración ó, por lo menos, la mutua comprensión de culturas, aunque éstas aparezcan y se mantengan con matices diferenciados. Esto, que pudiera considerarse como verdades de Pero-Grullo, ó verdades de la Palisse, que dicen allende el Pirineo, sin embargo, no es así. Tantas veces se ha dicho y repetido en los recientes tiempos que lo único que aproxima y anuda sólidamente a los países entre sí es los intereses materiales, que va siendo ya hora de deshacer ese tópico y alegar y sostener con firmeza lo erróneo de tal aserto. Es decir, que á nuestro juicio, los hombres se comprenden é identifícan de manera más profunda y duradera con la inteligencia que con el bolsillo. La vilana moneda podrá hacerlos entenderse circunstancialmente; pero la amistad creada por su sola influencia siempre será mucho más efímera, se desvanecerá más rápidamente que si está fundada en acuerdos del cerebro y del corazón.

•••••

Estas convicciones nuestras se han arraigado con mayor fuerza aún si cabe al realizar la visita al Instituto Francés de España, con propósitos de divulgar la labor interesantísima que lleva á cabo en pro de la cultura y la cordialidad de relaciones de nuestro país con la vecina república.

M. Pierre Paris, director general, nos acoge con su acostumbrada cortesía, y accede muy complacido á nuestros deseos de curiosear acerca de la obra que ejecuta su importante institución docente.

Nos recibe en su pequeño despacho de trabajo, donde se halla conversando sobre los asuntos del Instituto con mademoiselle Boudes, profesora secretaria, y monsieur Guinard, director adjunto.

—Vamos quizá á interrumpir á usted sus tareas, M. Paris—le decimos, pasado el momento de los saludos y presentaciones.

—Non, mon ami. Precisamente podremos atenderlo á usted muy bien, sin necesidad de alterar la normalidad de nuestro cotidiano programa. Ahora los alumnos están en el descanso.

—Entonces, perfectamente. Aprovecharemos estos instantes para hacer algunos disparos...—de fotografía se entiende—, y en seguida le llegará el turno al consabido interrogatorio.

Hecha la foto en el despacho y otra en el jardín de los profesores con los alumnos y alumnas, entre las curles abundaban los bellos palmitos de entrambas naciones, díjonos M. Paris, cuando volvimos á la misma habitación en que nos recibió:

—Puede usted preguntar lo que

quiera. Con el mayor gusto le informaremos de todo.

—¿Quiere usted mencionar algunos datos referentes á la fundación y organización del Instituto para tomar las notas correspondientes?

—En primer término, me es grato manifestar que mi inclinación y simpatía hacia el estrechamiento de los lazos de amistad francoespañoles, por medio de la ciencia y el arte, data del año 1896, en que realicé una misión arqueológica por España siendo profesor de Arqueología y de Historia del Arte de la Universidad de Burdeos. De la *Société de Correspondance Hispanique*, que logré fundar aquel año en la capital bordelesa, en unión de los señores Julian, Radet, Bourciez y Cirot, después de una serie de progresos y transformaciones en tal sentido, que sería prolijo detallar, surgió al fin este Instituto, el cual comprende dos secciones: la de enseñanza, que depende de la Universidad de Toulouse, y la de Altos Estudios Hispánicos, feudataria de la Universidad de Bordeaux.

Unos golpecitos leves, pero acelerados, cortan un instante la palabra flúida de M. Paris. Entra el conserje, tipo genuino de la Auvernia, con sus largos y espesos mostachos demostrativos de que la moda charlotesca ha resbalado por su faz sin causar ningún efecto. Como le comunican que otros visitantes le esperan, en cuanto desaparece el fornido conserje, que nos ha recordado un segundo á aquellos heroicos viejos peludos de Verdún y de Reims, el ilustre hispanófilo, volviéndose al director adjunto, le ruega que continúe atendiéndonos, mientras cumple con los deberes de su cargo.

•••••

Pasamos al despacho del director adjunto, M. Guinard, profesor valiosísimo y auxiliar poderoso del director general. Mademoiselle Boudes, profesora secretaria, de cuyos méritos nos han hecho grandes elogios ambos directores, aprovecha la oportunidad para separarse de nosotros y acudir á sus múltiples ocupaciones.



El director del Instituto Francés de España, monsieur Pierre Paris, trata de los asuntos pedagógicos del gran centro docente con el director-adjunto M. Guinard y la profesora secretaria mademoiselle Boudes

—¿Cuándo se fundó este Instituto?—preguntamos á M. Guinard, una vez que estuvimos arre-llanados en sendas butacas.

—De las dos secciones, la de Enseñanza, dependiente, como acaba de decir M. Pierre Paris, de la Universidad de Tolosa, se creó en 1909 con el nombre de «Unión de los Estudiantes franceses y españoles», y comenzó por series de conferencias públicas, dadas por profesores franceses en la Universidad de Madrid, la cual nos ofreció amablemente hospitalidad durante los trabajos de construcción del edificio actual. Cuando este edificio quedó terminado, en 1913, pudo ser inaugurada la enseñanza normal de la lengua, literatura y la civilización francesas. El profesorado ya se instaló de manera permanente en Madrid. El primer director fué M. Ernest Merimée, ilustre hispanista, que desempeñó la primera cátedra de español en la Universidad tolosana. Su hijo, M. Henri Merimée, que le sucedió en Toulouse, también le sucedió en el Instituto Francés, en el que desplegó una extrema y talentada actividad hasta que murió en 1926.

—¿Y desde esa fecha comenzó la dirección general de M. Pierre Paris?

—En efecto; pero ya M. Paris era director de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos. Gracias á sus dotes de arqueólogo eminente y á su espíritu infatigable de laboriosidad y de amor á las cosas de España, ha logrado impulsar triunfalmente los trabajos de la Escuela y continuar con brillante resultado los de la sección de Enseñanza.

—¿Qué formas de actividad desarrolla la sección de Enseñanza?

—En primer lugar, como es lógico, la enseñanza del francés, admitiéndose para ella todos cuantos deseen aprender la lengua francesa ó profundizar en su conocimiento, á partir de los catorce años, sin limitación de edad máxima. El número de los inscritos ha seguido una progresión regular, pues desde 145 que tuvimos en 1919, en 1921 llegó á 213, y en el año último ha alcanzado la cifra de 330. En segundo término, á partir de 1927, hemos creado un Curso de

Estudios superiores, de un carácter científico y práctico á la par, que se dedica especialmente á un público más restringido: á los que, estando ya muy avanzados en el dominio del idioma, quieren estudiar metódicamente la historia de la lengua y de la literatura francesas.

—Además de esas enseñanzas—le interrumpimos en tal momento—, no necesita usted, monsieur Guinard, hacernos referencia de los cursos públicos que desde Octubre hasta Abril dan ustedes semanalmente. Las doctas conferencias que han pronunciado monsieur Laplane y usted, consagradas al Centenario del Romanticismo francés, tanto en lo referente á literatura, dadas por su compañero, como al arte y la música, expianadas por usted

es notorio que se han seguido con verdadero interés por el público, tan habitual como selecto, que acude á estos cursos del Instituto. Sobre todo, naturalmente, se han comentado de modo muy favorable las conferencias que tuvo usted el acierto y la delicadeza de dedicar al sugestivo tema «Influencias españolas en Francia desde la Edad Media hasta nuestros días».

—Las que han sido realmente importantes—nos ataja nuestro colocutor con plausible modestia—fueron las conferencias extraordinarias dadas en la sala de actos de nuestro Instituto por mentalidades españolas durante el último curso de Pascuas. El gran poeta Marquina disertó de modo admirable sobre el tema de literatura comparada «Rolando y el Cid». El competente musicólogo José Subirá nos brindó las primicias de sus bellas investigaciones acerca de la tonadilla española del siglo XVIII...

En tal instante nos avisan que M. Pierre Paris nos espera nuevamente.

•••••

La charla con estos grandes amigos de España, y por los que tantos afectos se han conquistado para nuestro país en Francia, se prolongó todavía un rato. Nos informaron entonces de las muchas esperanzas que tienen cifradas en la Casa de Velázquez, que se construye en la Mor-



Monsieur Guinard, director-adjunto del Instituto Francés, explica una de sus brillantes conferencias sobre el tema «Influencias españolas en Francia desde la edad media hasta nuestros días»

cloa, á expensas del Estado francés, y para la cual cedió el Estado español los terrenos correspondientes.

Confían muchísimo en que al terminarse dicho edificio, que servirá eficazísimamente para la compenetración artística francoespañola, el Instituto Francés resultará también beneficiado con tal adelanto; porque al pasar á la Casa de Velázquez la Escuela de Altos Estudios Hispánicos, podrá el Instituto ampliar considerablemente el desarrollo de su Sección de Ense-

ñanza. Así como la Escuela de Altos Estudios Hispánicos ensanchará su radio de acción en cuanto disponga de los vastos locales de la Casa de Velázquez, y los pensionados, que ahora vienen de las Universidades francesas y de las Escuelas Normal Superior y de Chartes, podrán afluir en mayor número para realizar investigaciones y adquirir conocimientos científicos bajo la sabia dirección de M. Pierre Paris, así también al Instituto le será dable extender sus horizontes y agrandar la obra de transfusión cultural hispanofrancesa que realiza en la actualidad.

Cuando nos despedimos de los amables directores del Instituto Francés de España, pensamos cuánto realzaría el prestigio de nuestra nación el que se instaurara en París una institución española organizada y moldeada en forma semejante. Además de que con ella se contribuiría mucho á fomentar el estudio de las letras y

ciencias españolas, se lograría no perder el ascendiente de raza y de idioma sobre las veinticinco mil familias hispanoamericanas que se calcula viven en la ciudad del Sena. El Instituto Español de Francia sería un gran centro de irradiación de nuestra cultura, que ejercería su positiva influencia sobre Hispanoamérica y los demás países del globo á través de esa Meca del mundo civilizado que es París.

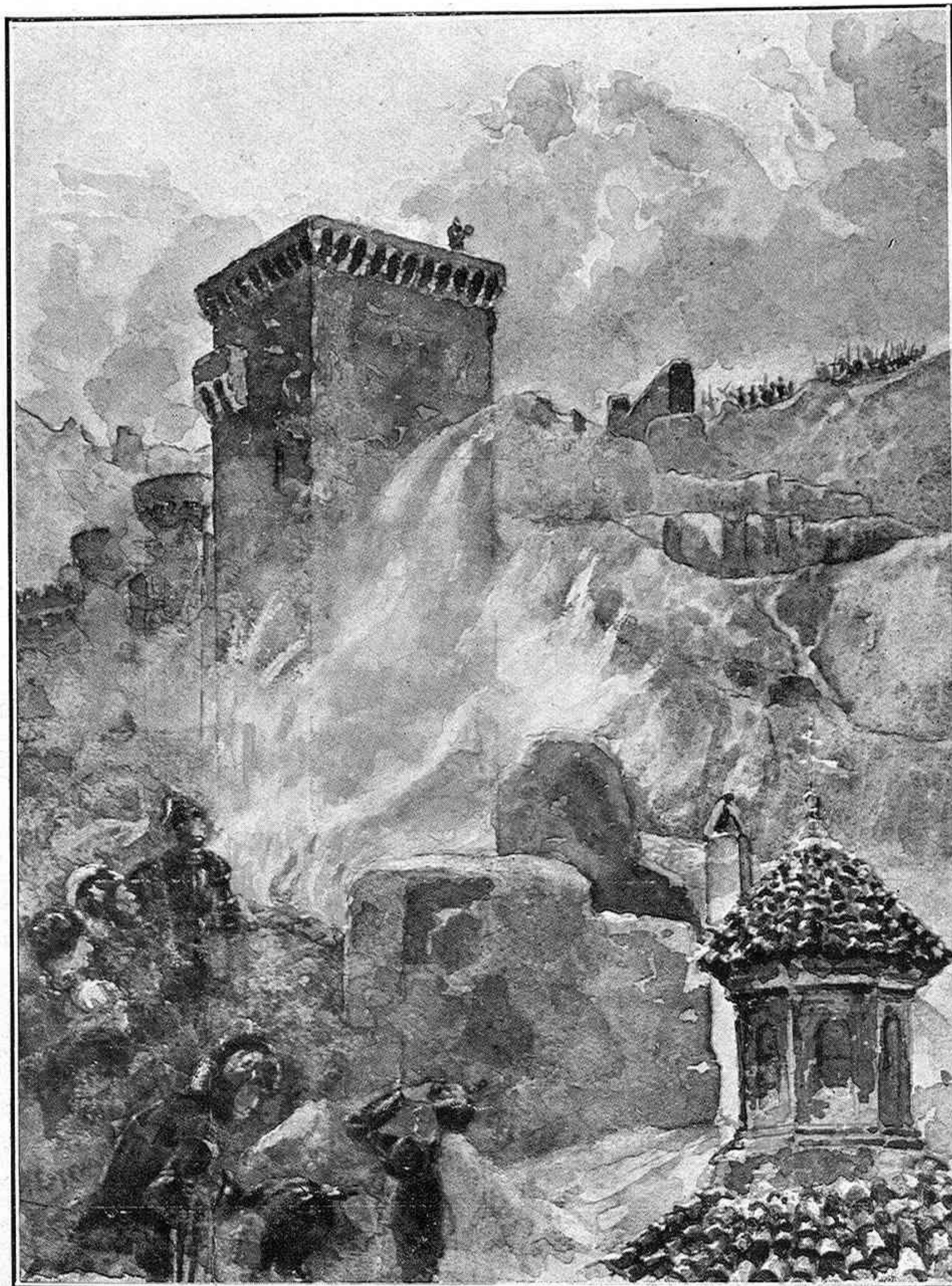
FRANCISCO ANAYA RUIZ



Los profesores y alumnos de ambos sexos en el patio del Instituto Francés de España

(Fots. Díaz Casariego)

EL CASTILLO DE BAGUENA



«En esta entrada se vide la gran fe de Bernabé; que bien que fué combatido, mas nunca escuitó partido fasta que cremado fué, y ni aun por esas rendido. Ca en sus manos abrasadas las claves fueron trovadas del castillo que tenía, porque fué su nombradía más que las más estimadas.»

(Gracia-Dei)

Como un muerto silencioso, como olvidada grandeza, en la cumbre solitaria, que soberana descuella, se levanta tristemente, rendidas alcurnia y fuerza, viejo y ruinoso castillo como una lección eterna de que el tiempo soberano ni consiente ni respeta más juventud que la suya, más eternidad que aquella que Dios puso en las alturas de su augusta residencia.

Ni aun en sus ruinas depuso su altivez y su rudeza, que envueltas en las gentiles líneas finas que se quiebran

en el azul de los cielos, agudas, breves, inquietas, son cronistas de altos hechos que la grandeza recuerdan de las almas que fundaron el renombre y la altiveza de esa España que hoy los grandes en su pequeñez respetan.

Cuentan las ruinas quebradas de esta vieja fortaleza, que un día el cruel D. Pedro de Castilla, su fiereza vino á estrellar en los muros de la atalaya de piedra, pequeña en sus proporciones, pero grande en sus proezas.

Miguel Bernabé, el villano, al Rey cerrando la puerta, dijo: «En las tierras del mío, rey D. Pedro, sólo se entra saltando por la muralla, y ésta, que es aragonesa, tiene defensores tales tras de sus altas almenas, que las huestes castellanas van á saber lo que cuesta rendir el tesón de un hombre bien nacido de mi tierra.»

Sorprendido el castellano por la villana nobleza

de tan generoso arranque, con Bernabé parlamenta; mas nada alcanzar consigue y en vano amenaza y ruega.

Cansado el Rey justiciero, arroja todas sus fuerzas al asalto del castillo.

La lucha es ruda y cruenta; mas no llega uno al adarve que no caiga como piedra rodando por la pendiente, dejando una triste huella.

Como olas de un mar bravío, unas tras otras se empeñan las mesnadas castellanas en romper tanta firmeza; mas todo en vano: en la lucha, la mayor fuerza es la fuerza del tesón del que defiende la frontera aragonesa.»

Cansado el Rey y perdida serenidad y paciencia, llama á Bernabé; el alcaide al adarve se presenta, y el Rey le dice: «Villano: ó rindes la fortaleza, ó vas á morir asado como un cabrito en la hoguera.»

El aragonés sonríe, y al Rey las llaves enseña,

diciéndole: «Rey don Pedro: mal has echado tus cuentas; estas llaves, en mis manos, rojas, y no de vergüenza, podrás venir á buscarlas cuando haya caído la puerta.»

Y volviéndose á sus gentes, sin esperar la respuesta, les dijo: «Si entre vosotros hay alguno que no quiera morir como San Lorenzo, puede bajar por la almena á entregar su cobardía.»

.....

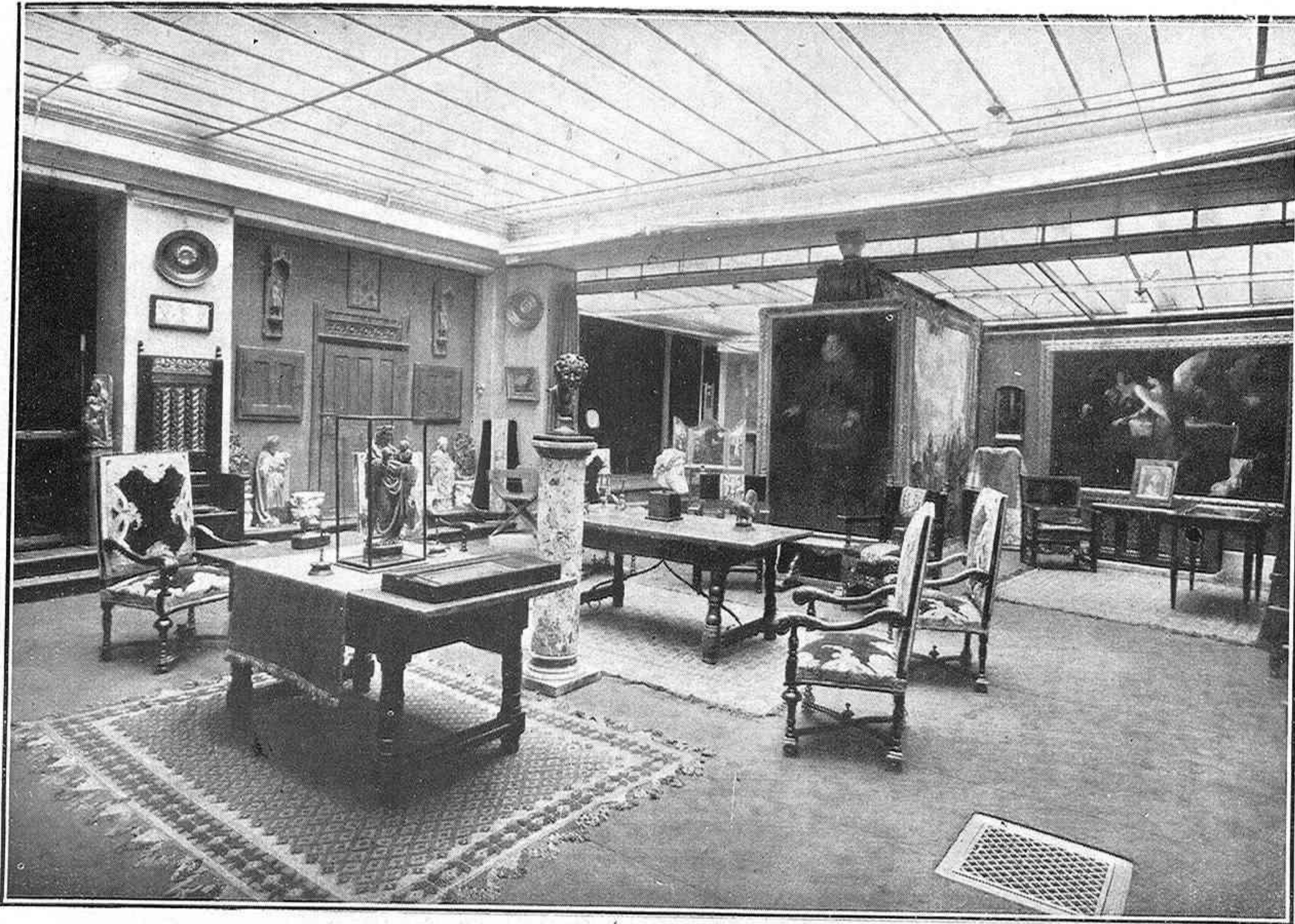
Ardió el castillo; en la hoguera, al entrar los castellanos, entre las ruinas encuentran carbonizado al alcaide, «y en sus manos abrasadas las claves fueron trovadas del castillo que tenía, porque fué su nombradía más que las más estimadas.»

(Por Aragón)

HERMENEGILDO ESTEVAN

(Dib.ajo del mismo)

CASA DE ARTE ESPAÑOL EN PARÍS



Vista parcial de la sala de arte Lucas Moreno, en donde se celebran exposiciones de arte español, en París

URANTE las mutaciones anuales que suelo hacer en el medio cotidiano parisiense para gozar la delicia del ambiente de mi tierra, me ha ocurrido á menudo conversar con valiosos artistas, aunque ignorados fuera de nuestra Patria, y recomendarles que acudieran á París con el fin de realizar alguna exposición de sus obras.

Fío mucho en estos certámenes unipersonales ó de grupo para que el concepto de España en el Extranjero cobre veracidad y, por consiguiente, prestigio. Conviene que el mundo se halle al corriente de nuestros progresos. Los escritores contemporáneos ya empiezan á ser conocidos, y las obras de verdadero ambiente español, á exterminar la «españolada».

Nuestros artistas del pincel apoyarían la grata orientación del concepto extranjero con respecto á la Península, si menudearan sus visitas á la vieja encrucijada de Europa y mostrasen la luz de nuestra tierra, el valor de nuestra emotividad nacional.

Pero casi todos los artistas á quienes en España he sugerido la idea de que cruzaran la frontera con sus obras, me han hablado con desaliento de las dificultades innúmeras de hallar aquí salas asequibles, bajo todos los conceptos, para organizar sus exposiciones; me han trasladado la impresión del vacío que arriesgaban encontrar al venir á París, Babel moderna adonde converge la inquietud europea y donde el elemento español carece de núcleos sociales cuya solidez y popularidad constituyen una garantía eficaz para el compatriota recién llegado.

La próxima vez que se me ofrezca ocasión de reiterar á aquellos artistas de mi país el consejo de venir, ya podré oponer á sus palabras de desaliento una buena razón; podré decirles:

Hace muy poco tiempo, un buen español que reside en París desde hace veinte años, ha inaugurado unas magníficas galerías de arte antiguo en uno de los barrios más céntricos y elegantes: en la rue de la Victoire, cerca de la Opera.

Ese buen español es un pintor en quien primó la admiración y la gula del arte en sí sobre su propia personalidad de artista. Se llama Eduar-

do Lucas Moreno. Pone desinteresadamente sus espléndidas galerías á la disposición de los expositores, á condición que sus obras sean dignas de ser expuestas y añadan á este título el de ser españoles ó hispanoamericanos. Calidades suficientes para que ese buen español les abra de par en par las puertas de su casa, recibiendo con el ademán hidalgo de un hermano de arte y de raza que ansía estimular generosamente nuestro arte español.

•••••

El arte español está bellamente representado en las nuevas galerías de E. Lucas Moreno. Ante todo, Goya, un Goya hermoso de gran tamaño, que acaba de ser enviado para que figure en la Exposición del Centenario en Madrid del insigne pintor aragonés. Esta obra ha sido comentada y descrita en el libro de D. Aureliano de Beruete, *Goya, pintor de retratos*. «El artista—dice Beruete—sufrió una grave enfermedad á fines del año 1819. Salvóse de ella gracias á la pericia y cuidados de su médico y amigo el doctor Arrieta. El pintor quiso pagar con una especie de cuadro votivo la cariñosa asistencia del médico. Se representó en gravísimo estado, con los ojos cerrados, en brazos de Arrieta, que solícito le hace beber un brebaje, mientras él, con sus manos crispadas, araña las sábanas. Unas figuras, al parecer monjes, en la penumbra y en segundo término, caracterizan la gravedad de la situación.» (Libro citado, pág. 147.)

Está publicado y comentado en la obra sobre Goya por Mayer y por todos los autores que han tratado de la vida y obras del pintor aragonés.

En la Exposición figuran asimismo: dos Pantofa, que representan al archiduque Alberto y su esposa, hija de Felipe II; un retrato pintado por Carreño, y que se halla inspirado por el Velázquez de la primera época. Resulta curioso observar, por ejemplo, cómo las cortinas que figuran en dicho cuadro son enteramente las mismas que hay en *Las hilanderas*. Hay que mencionar también, aunque sea á la ligera, un imponente retrato de Sánchez Coello, obra maestra que re-

presenta al capitán D. Cristóbal Centellas, primer marqués de Nules. Una figurita deliciosa de Alonso Cano y un Cristo de Montañés, de pequeño tamaño, pero verdaderamente dramático y genial...

Pero no solamente es el arte español de todas las épocas y de variadas escuelas lo que apasiona al visitante en las nuevas galerías de Lucas Moreno.

Hay allí asimismo una colección única de esculturas de pequeño tamaño, policromadas, donde están representadas todas las épocas desde el siglo IX español, pasando por todos los países de tradición artística, hasta el siglo XVIII; escuela flamenca del XIV al XVI, escuela francesa del XIII al XVIII; un tríptico de Allemand, con su policromado, que constituye un ejemplar verdaderamente raro.

Entre los primitivos descuellan: un cuadro de la escuela francesa del siglo XV, atribuido en la Exposición de Primitivos franceses que se celebró en el Museo del Louvre en 1904, á la escuela del Maître de Moulins. Un tríptico que representa la Oración en el Huerto, á un lado San Jerónimo (lo mejor del tríptico, indiscutiblemente) y al otro lado San Francisco. Esta obra es tal vez de la juventud de Patinir; pero ha habido críticos alemanes que le encuentran identidades con Ysenbrant. Merecen mencionarse además, entre los primitivos, uno italiano, tondo, de Bernardino Fungai: *La Virgen y el Niño*, y uno catalán, realmente maravilloso, con numerosas figuras de admirable expresión, y que representa *La Coronación de María*.

Tal es á grandes rasgos descrita la primera Exposición celebrada en estas nuevas galerías de una Casa española, principalmente por la hidalguía con que Lucas Moreno quiere estimular á los artistas de su tierra y de las patrias hermanas de América que deseen tomar el «pulso europeo», y que hasta hoy pudieron temer los graves albu- res de una Exposición costosa, y más aún, la eventualidad de una voltereta en el vacío.

EMILIO GASCO CONTELL



«La Currito», cuadro de Carlos Vázquez

PAISAJES MALAGUEÑOS

LA NATURALEZA Y EL HOMBRE

EN Málaga, la bella ciudad tendida junto al Mediterráneo occidental, la del subyugante cielo azul, embriagada siempre con la visión esplendente y magnífica que depara la hermosura de sus mujeres y el perfume de sus flores, en este «Olimpo de las rosas», D. Juan Carandell, el ilustre geólogo, ha disertado sobre algunos paisajes malagueños en la tribuna de aquella Sociedad Económica de Amigos del País.

Desde hace algún tiempo, el citado organismo, impulsado por las corrientes que exige la situación actual y por las acertadas iniciativas que ofrece a la cultura malagueña, desde su presidencia, el elocuente y notable jurisconsulto D. Emilio Baeza Medina, es el centro donde mayormente refugian los destellos de la inteligencia, fundiendo en tan bien preciado crisol los más puros pensamientos, las ideas más dichosas que radican en todo aquello que con el Arte y la Ciencia guarda relación.

No resulta extraño, pues, que el Sr. Carandell ofreciera en esta ocasión el encantador panorama que distingue al vasto paisaje malacitano, donde, al conjuero dimanante de la belleza más perfecta, surgen por doquier los detalles más curiosos é intrigantes para el ánimo.

Málaga, la ciudad noble y hospitalaria, la de caros sentimientos y humanitarios esfuerzos, guarda entre sus rincones la poesía frutiva de muy audaces aportaciones de la Naturaleza, del mismo modo que inteligentes y atrevidas concepciones del cerebro humano.

Y así lo demostró el Sr. Carandell bien cumplidamente en el estudio detallado y concienzudo que del Torcal, El Chorro y el Tajo de Ronda hizo, que hubo de comenzar con un bosquejo de la génesis de la cordillera Bética y un estudio crítico de las ideas geológicas de los tiempos presentes, justificando las teorías que defiende actualmente Wegener con relación á los datos de la Sismología y de la Geodesia.

¡El Torcal! Nada hay que se asemeje á esta hermosa sierra malagueña. No admite siquiera comparación con la Ciudad Encantada de Cuenca, la Pedriza de Manzanares, Monserrat, ni con el paisaje verdaderamente admirable del Karts de Dalmacia, en la costa del Adriático. El Torcal antequerano es obra que magníficamente ha sido escul-

tada por las aguas de lluvia, con un primor verdaderamente exquisito.

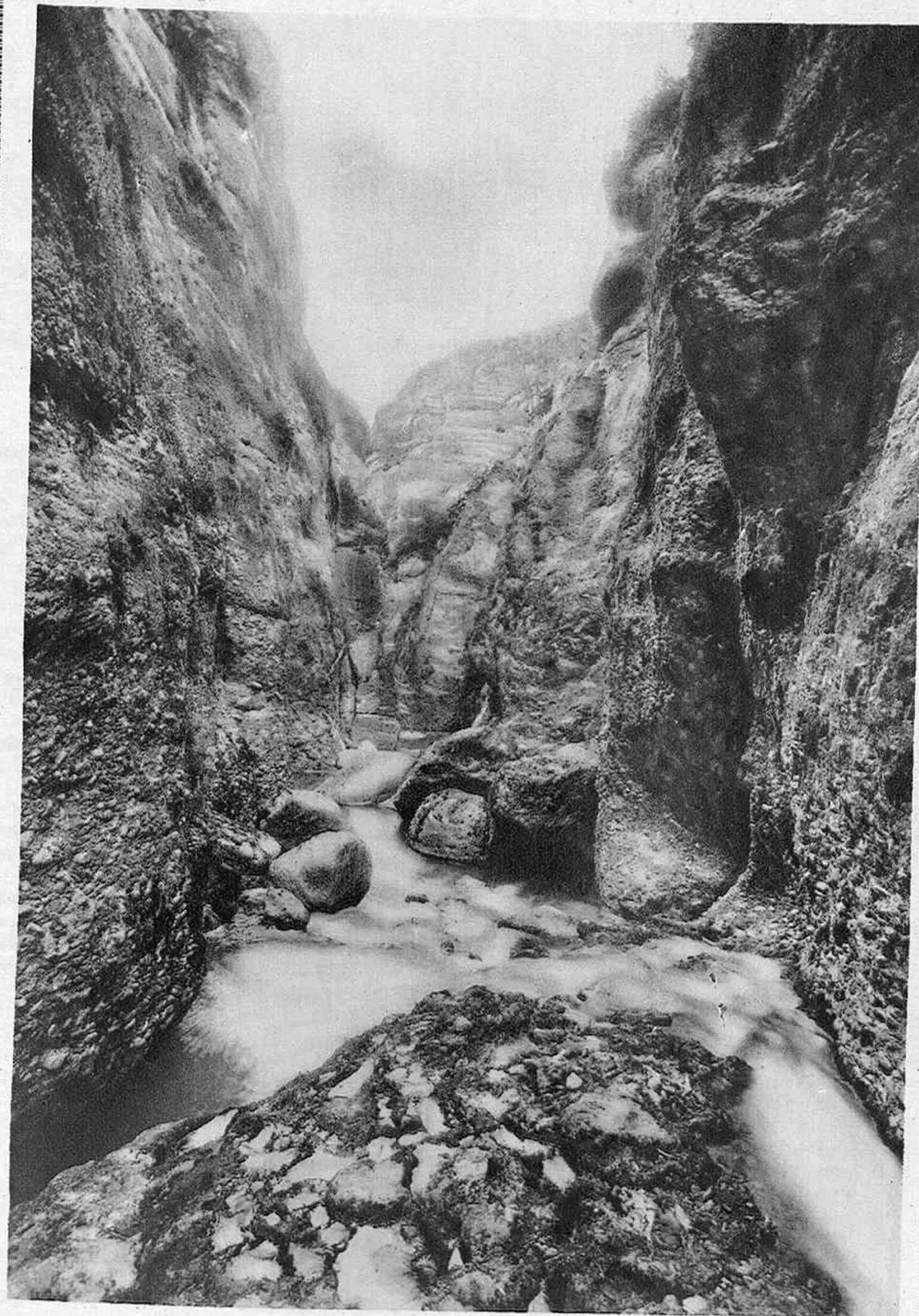
No existe nada que le iguale. Primitivamente fué un paquete inmenso, gigantesco, de bancos calizos separados por multitud de lechos arcillosos, provistos todos de una horizontalidad sorprendente.

Para el Sr. Carandell es un bloque de piedra venido desde Africa y arrastrado infinito número de kilómetros sin perder su horizontalidad. Fundamenta esta teoría en que es la rotación terrestre la causa de la tendencia que los continentes, masas de rocas poco densas, tienen á resbalar hacia el Ecuador, deslizándose sobre las masas rocosas profundas, de mayor densidad, las cuales bajo el agobio de espesores enormes, adquieren cierta plasticidad á larguísimo plazo. No hay que pensar, pues, en la posibilidad de disminución de volumen de la Tierra para expli-

carse la formación de las grandes arrugas que en forma de sistemas montañosos cruzan la superficie terrestre, y no se puede, por tanto, aceptar idea alguna sobre la fluidez del interior del globo, ya que es imposible que éste pierda volumen, dada la consistencia rígida que el interior de nuestro planeta tiene.

Así como en determinados lugares de la intrincada Sierra, el Torcal se halla en un estado embrionario porque su tabla caliza es continua, en otros la acción del agua ha disuelto casi por completo la caliza, desapareciendo los torreones y columnas, quedando en su lugar, como único recuerdo del tiempo que transcurrió, amplios rellenos ó colinas. Pero entre ambos extremos, condensado en los amplios y dilatados horizontes que indica el pasado al ser relacionado con lo porvenir, existe como rey y señor, magnífico y soberano, el Torcal de hoy, la obra maravillosa de la Naturaleza.

¡El Torcal! La ciudad bravía que quedó encantada, tal es el aspecto que ella ofrece al espíritu viajero que deambula por sus calles laberínticas, con ese personalismo tan extravagante que las caracterizan, que á veces desconcierta el ánimo ante los inescrutables detalles que en su conjunto concurren y siempre obliga á remontar el pensamiento hacia las regiones de lo infinito, dispone de lugares en extremo desconcertantes, pues la variada disposición de sus rocas han formado tan extrañas alternativas en el terreno, que todo cuanto en él se levanta disfruta de aspectos distintos y maravillosos. Las rocas, con sus crestas cortadas, aparecen por todas partes. Moles de piedra, artísticamente situadas, van creando las torcas, y ante tales abismos la naturaleza humana desfallece, mostrándose empequeñecida. Todo es allí extraordinario, hermoso, encantador. Los callejones tortuosos suceden á las explanadas, presentando difíciles situaciones para el viajero. Aquellas enormes agrupaciones de piedras de todos los tamaños, que tanta semejanza tienen con las distintas construcciones de anteriores edades y civilizaciones, son un admirable trasunto de nuestra historia, puesto que la imaginación, ayudada por una singular fantasía, logra descubrir pormenores sugestivos y evocadores en tan variadas y geniales aportaciones de la Naturaleza, admirándose tras el castillo árabe, la fortaleza romana ó la construcción de estilo gótico, cuyas



Desfiladero del Tajo y nacimiento del río Mina, cerca de Ronda



Vista general de El Chorro

(Fot. Díaz Casariego)

delicadas características tan fielmente aparecen reproducidas. Y rodeando á cada uno de tales monumentos, que parece que pregonan bellezas del pasado, también se descubren otras piedras, que pueden ser tomadas como símbolos de tiempos ignorados, reproduciendo perfectamente figuras humanas, como si hubieran quedado petrificadas por diseños desconocidos.

Todo pueblo antiguo tiene su historia y sus tradiciones, sus leyendas y sus episodios. Y esta «ciudad» cuenta con todo ello, y cada piedra recuerda algún suceso del pasado.

Aquí encontramos la «Cama de Roa». Este Roa fué un célebre guerrillero antequerano, que al frente de una partida de gente serrana, se encargó durante la guerra de la Independencia de deshacer las guerrillas francesas que cruzaban por aquel lugar. Esta es la «Sima de la Mujer» que conserva en su fondo una historia de desesperación y de engaño. Más allá nos hallamos con el «Hoyo del Partidario», que sirvió de sepulcro á un defensor de las libertades patrias, y con la «Cañada del Lloradero», que tiene por base una historia de lágrimas. Estotro es el «Paso de la Comedianta», donde murió, al caer de una caballería, una notable actriz. Y son recuerdos éstos que se conservan á través de los años con la misma firmeza con que se mantienen enhiestas aquellas rocas formidables.

La Sierra del Torcal, glosando las anteriores consideraciones, viene á ser una especie de ciudad indómita, fuerte, salvaje, y tan inverosímil y absurda que bien parece escenario remoto de una relación de hechos, de sucesos, de leyendas, que tuvieron como fatal desenlace el que todo lo allí existente quedara petrificado, en una incomprensible y misteriosa formación, en la que se mantuvo incólume el sentimiento de lo bello.



Para estudiar la complicada estructura geológica de El Chorro, que revela el empuje experimentado por las capas sedimentarias de ca-

lizas y conglomerados cuando Africa emprendió su ofensiva contra Europa, en aquellos tiempos en que se fraguaron los Alpes y demás cordilleras del globo, hay que conocer de antemano la génesis del río Guadalhorce, que estuvo primitivamente reducido á la vertiente mediterránea de la cordillera Bética y que fué aserrando la divisoria hasta desaguar, derivando las aguas hacia el Mediterráneo, el gran lago cuaternario que ocupaba lo que en la actualidad es la altiplanicie de Bobadilla y Antequera. De aquí se deduce que lo que puede suponerse como una gran dislocación ó fractura transversal de la cordillera Bética, no es otra cosa que la acción aserradora llevada á cabo por las veloces aguas del Guadalhorce, cuya inmensa catarata ya ha desaparecido, quedando regularizado el cauce torrencial de dicho río.

Gracias á esta teoría, sustentada briosamente por el Sr. Carandell, podemos contar hoy con El Chorro, donde se ha desarrollado una obra prodigiosa, cual es la de su pantano, ese dique formidable que contiene con tanta pujanza la siempre poderosa presión del agua, y en cuyo paraje la Naturaleza, en un supremo alarde de artista preclaro, mostró su magnificencia de manera exquisita, dando rienda suelta á esa fantasía embriagadora que siempre hace concebir entusiasmos tan profundos como sentidos.

Las soberbias moles de piedra que dan vida á El Chorro parece que tratan de escalar las alturas del cielo; agrupadas unas contra otras, en abrazo fraternal y decidido. Ante aquellas perfecciones naturales, á las que la Humanidad entona siempre su eterna y gloriosa canción, el espíritu se colma de dicha y satisfacciones, y vuela, gracias á ello, sugestionado y sereno, como las aves de rapiña que, anidando en aquellas alturas, recorren el espacio con cierta majestuosidad, pregonando su relativa soberanía.

Entre aquel abigarrado y sugestivo conjunto, existen rocas que parece que miran aprovechándose de sus cuencas vacías, tras de aquellas am-



Puente nuevo, de noventa metros de altura, que, construido en 1735, se hundió á los seis años, y fué reedificado en 1793

plias aberturas circulares en las que, adentrándose por ellas, se puede llegar en ocasiones hasta sus entrañas, que observan nuestros movimientos, nuestros pasos, tratando de inquirir hasta la manera con que expresamos el entusiasmo que reina en nosotros, mostrándose indiferentes y esquivas, como si en realidad se compadecieran de esa insignificancia que en nuestro poderío descubrimos al relacionarnos con ellas.

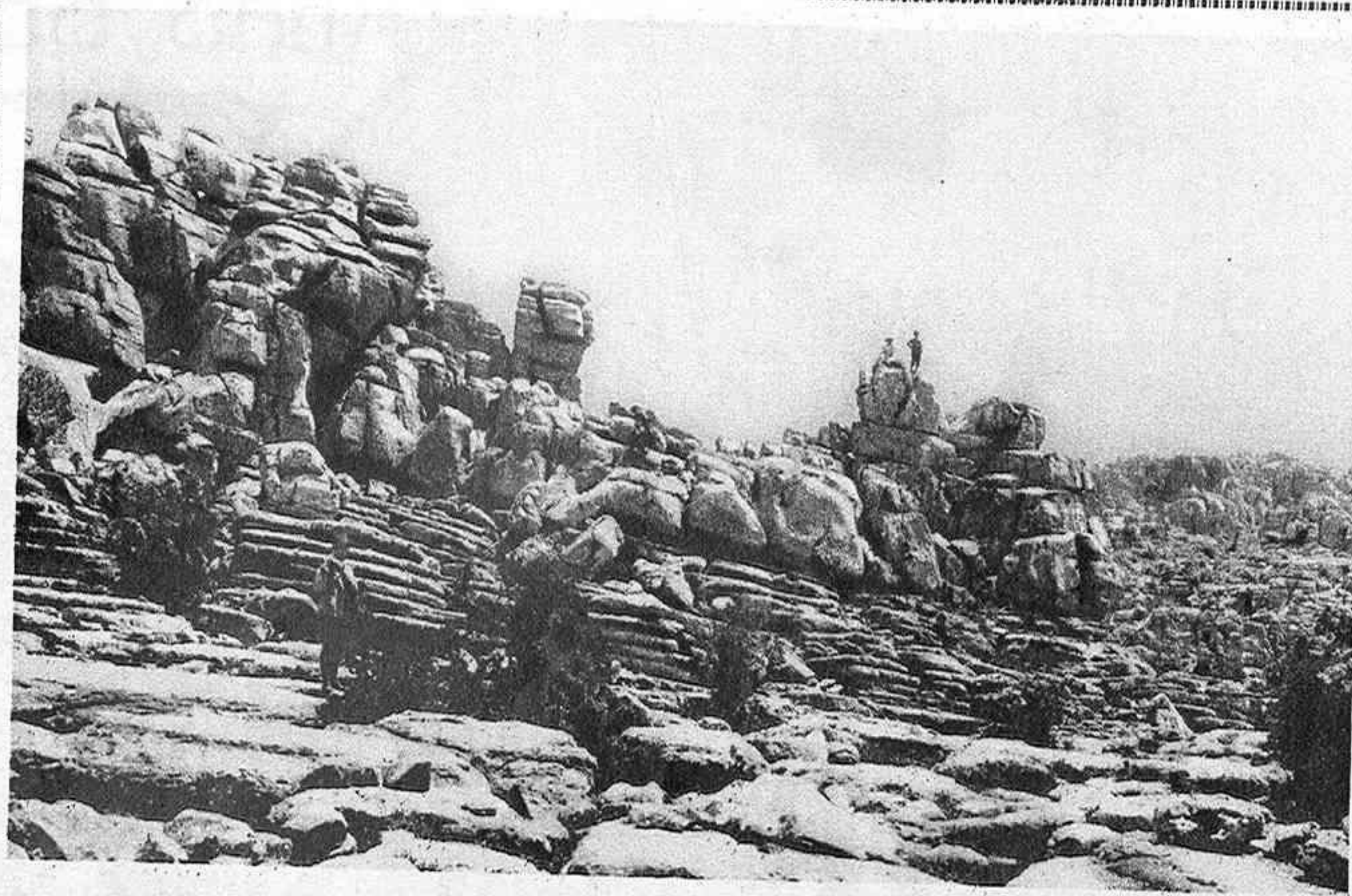
El espectáculo que ofrece el paisaje de El Chorro es, por tanto, grandioso é imponderable, pues la Naturaleza se ha mostrado bien generosa con tan pintoresco lugar, dotándolo de bellezas innumerables.



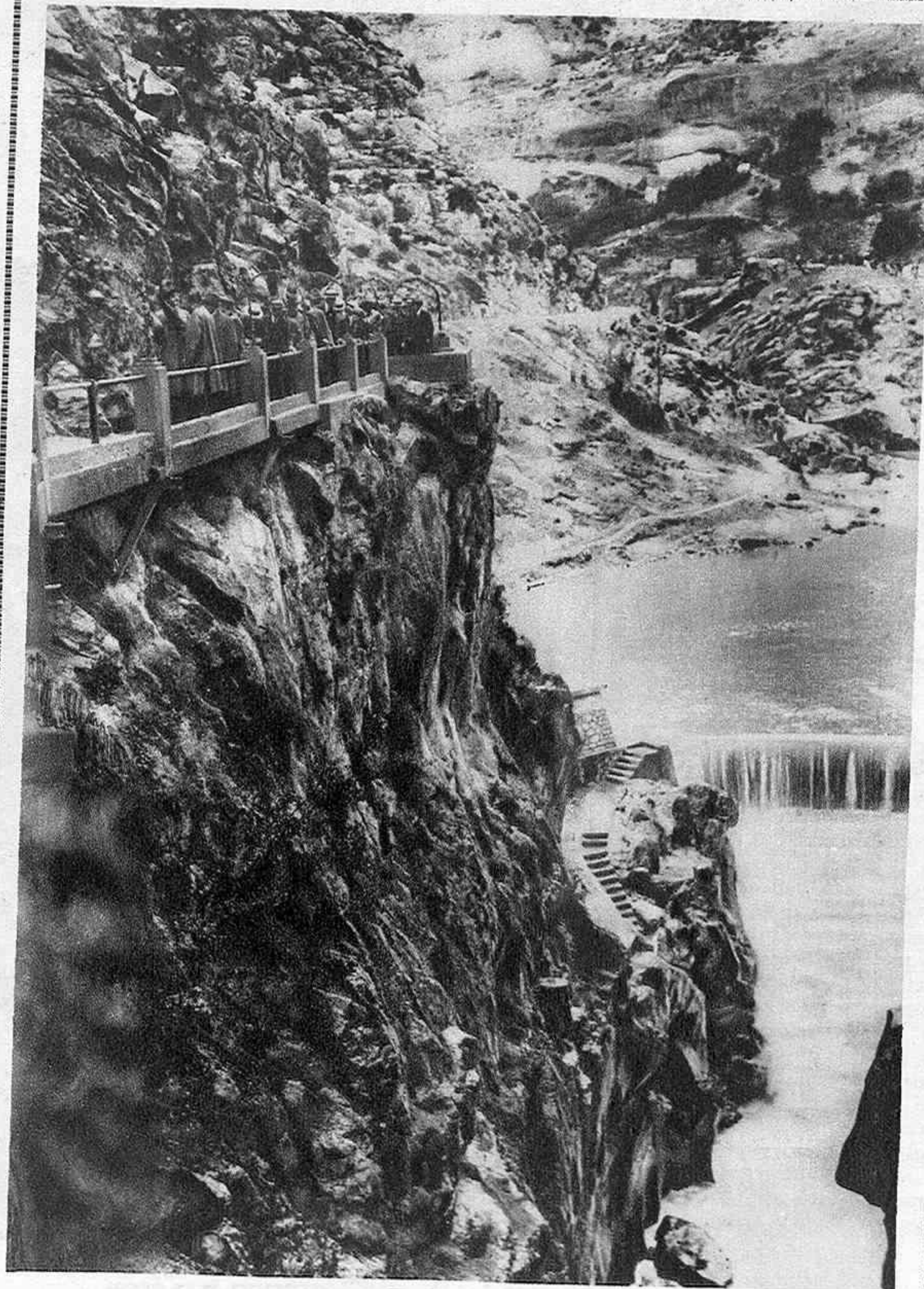
El Tajo de Ronda es, según el propio Sr. Carandell, consecuencia de la disolución experimentada por una potentísima masa de sedimentos arcillosos y de conglomerados, que ocupan lo que anteriormente fué fondo de un golfo que comunicaba con el canal marino emplazado en lo que actualmente constituye el valle del Guadalquivir. Algo parecido ó idéntico debió producir las simas de la Frontera, en Cuenca, y la famosa del Bramabia, en la región francesa de Causses.

El celeberrimo Tajo rondeño tuvo su origen, pues, en la acción erosiva del Guadalavín, cuya corriente, formando cascadas continuadas, va serpenteando por aquella frondosa y salubrida campiña. Y así como el famoso «río de la leche», en tiempo de los árabes, formó aquel singular abismo, socavando audazmente el terreno por el que discurría, y de forma tal que casi hubo de partirlo en dos mitades, el ingenio humano, en un supremo vuelo de águila caudal, mostró hasta qué grado llega á veces su poderoso influjo y grandeza.

El Tajo, cuya altura sobre el río es de noventa metros, está compuesto por tres cuerpos, é integrados éstos por cuatro arcos y una sala, que estuvo durante algún tiempo dedicada á cárcel. Dicen de él las crónicas históricas que fué reconstruido, al derrumbarse en la fábrica del anterior, en el año de 1735, y que apenas terminadas las obras, durante el de 1793, murió el ingeniero que las había dirigido, cayendo desde aquella altura cuando, suspendido con cuerdas, gra-



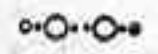
El Torcal.—Las Hilaneras altas



Pantano de El Chorro

(Fot. Díaz Casariego)

baba la fecha y nombre sobre el balcón de la cárcel. Es decir, que de la misma forma que aportó su inteligente esfuerzo, contribuyó con su vida á la gigantesca obra. Su alma voló hacia las regiones de lo eterno, al mismo tiempo que sus ilusiones de artista brotaron ufanosas en su pecho al ver logrados tamaños afanes ensoñadores.



¡El Torcal antequerano! ¡El Chorro! ¡El Tajo rondeño! He aquí los tres paisajes malagueños de los que, con pleno acierto, hubo de ocuparse en su reciente conferencia el distinguido geólogo á que hemos venido haciendo mención. Cuantos conocemos tan magníficos y ensoñadores lugares, los que con-

templándolos pasamos horas enteras con el espíritu ensimismado, admirando tan sugestivos pormenores, huyendo del «mundanal ruido», comprendemos la importancia suma que entrañan. Es lástima, por tanto, que en estos momentos en que el turista recorre las provincias españolas, ávido de sensaciones que hagan mella en su espíritu, encariñado con las bellas circunstancias que concurren en cualquier obra grandiosa de la Naturaleza, apenas si sean conocidos panoramas tan pletóricos de hermosura como de emotividad.

Hace ya algún tiempo, nada menos que cuando las revueltas bélicas entre almohades y almoravides, el telescopio que funcionó en la Giralda sevillana lo trasladaron á Málaga, y en ella se desarrollaron brillantemente los estudios astronómicos. En esta población, tan digna de mejor suerte, podríase hoy intensificar el turismo, como lo viene haciendo la Sociedad Excursionista malagueña y la propia Sociedad Económica de Amigos del País, no con la investigación que de los astros se hizo antaño, que para el caso no es necesaria, sino descubriendo estos típicos rincones emplazados en tan privilegiado suelo, donde campea lozanamente por doquier el más puro sentir de lo que es bello. Para tal norma de conducta no se precisa siquiera el uso y manejo del telescopio, ya que no hay que salvar la distancia que nos separa del cielo. Bastaría simplemente con «acercarse» á Málaga, puesto que en ella el cielo y la tierra son una misma cosa.

ANTONIO LEON
Y DONAIRE

LAS BELLAS ACTRICES CINEMATOGRAFICAS



FRANCIS LEE

JOAN CRAWFORD



ESTHER RALSTON



NANCY CARROLL

FAY WET



ALICE TERRY

Magnífico ramo de muchachas estas que hoy sonríen desde nuestra doble página. Sus nombres, como sus rostros, traen una alegre evocación de Norteamérica, de aquel mundo abigarrado que es imán y tentación para tantos como con el «film» sueñan.

¿Qué prestigio extraño, qué rara belleza hay en estas mujeres de la pantalla que atraen, desde la fotografía ó desde el lienzo, con más intensidad, con más seducción que, por ejemplo, las mujeres de teatro, con las que guardan una lógica semejanza? Indudablemente, es el misterio, la sensación de distancia, de desconocimiento, de imposible, lo que labra ese magnífico encanto de las estrellas del «film». Las vemos, sí, en la pantalla. ¿Pero dónde, en esos instantes en que pasan ante nosotros, estarán realmente, ellas, con su vida verdadera, con su verdadero espíritu?

La mujer de la escena, aunque interprete una farsa, sabemos plenamente que está allí, sobre el tablado. Aquella voz es su voz, y aquellos

gestos son sus gestos. En ese instante, la mujer, en cierto modo, nos pertenece. Pero en la pantalla, cuando pasa ante nuestros ojos una de esas bellísimas estrellas cinematográficas, ¿cual será el minuto que viva esa mujer, tan distante, tan ajena á nosotros?

El hombre gustó siempre de caminar tras lo difícil, tras lo áspero. Le fascina lo envuelto en la distancia. Le embruja lo lejano. Y esto, que le pasa con todo, le pasa también, inevitablemente y con mayor razón, con las mujeres del teatro del silencio. Hacia ellas van, como una ofrenda callada y romántica, deseos mudos, amores pueriles y novelescos, admiraciones silenciosas. Todos gustan de prenderse un poco en la trama alegre ó triste que ellas desenvuelven sobre el lienzo. Ellas, las protagonistas... Las que quisiéramos, también, en un minuto de sueño pueril y absurdo, protagonistas de nuestra vida...

(En el centro de la página, arriba)

(En el centro de la página, abajo)



Vista panorámica de Medina Sidonia desde el castillo de Doña Blanca

La histórica ciudad gaditana de Medina Sidonia

HE aquí una ciudad de rancio abolengo que, como la mayoría de los pueblos, padece el terrible mal del absentismo que perturba la economía general de España. Su importancia histórica se revela en sus edificios y recuerdos. Situada en la mediación de la falda de un elevado

cerro, circuido de amplios llanos, en medio de la provincia de Cádiz, que antes constituyera aproximadamente, en la época goda, el territorio jurisdiccional de la capitania y obispado de la antigua *Asido*, cuyos prelados concurren a los concilios toledanos, corona la altura de la eminencia

geográfica del emplazamiento las ruinas de vetustísimo castillo que fué baluarte cartaginés y romano; albergó a los enemigos de Leovigildo; presencié las luchas de las huestes del duque de Arcos contra las del de Medina Sidonia; fué demantelado por el francés Víctor para inutilizar



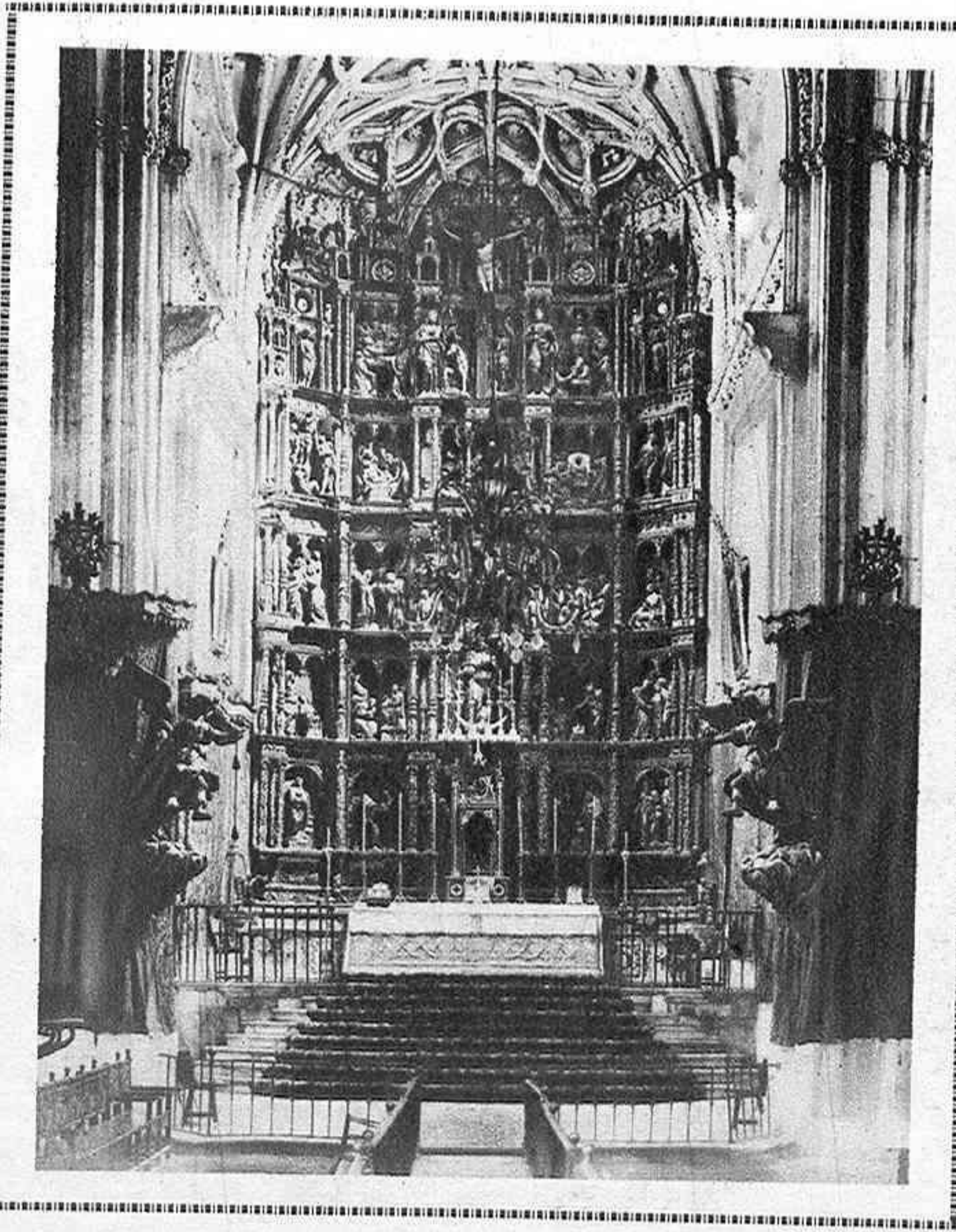
La plaza de la Constitución y el Ayuntamiento

la fortaleza militar al resguardo de los españoles de la Independencia; y, sobre todo, nos traen á la memoria sus vestigios, y principalmente el llamado torreón de Doña Blanca, la prisión de esta reina infortunada, muerta á golpe de maza de orden del rey D. Pedro, su marido, sin que hasta la fecha se tengan noticias exactas de las razones que motivaron tan trágica resolución, afirmada por el cronista de D. Pedro, D. Pedro Pérez López de Ayala, coetáneo de los sucesos, y negada por escritos posteriores, como Gracia Dei.

Aun se conservan restos de la muralla árabe en el arco de la Pastora, que era la puerta de Chiclana; pero la población rebasó desde el siglo xv el antiguo recinto, y hoy se extiende su mayor parte, no en su prominencia primitiva, sino en la ladera donde halló mejor superficie edificable.

Señorea hoy la altura poblada, como preciada diadema, el hermoso templo gótico de Santa María la Coronada; iglesia que si bien no es sino del último período de su estilo, no por ello deja de admirarse la altura y gallardía de sus columnas, la elegancia de sus arcos y cresterías y el primoroso labrado de los rosetones y de los espacios limitados por perfiles.

Refulge en su altar mayor el retablo de madera de Alerce, donde la gubia ha esculpido pasajes de la vida del Salvador, delicadamente tallados, con exacta proporción anatómica y naturalidad en los movimientos de las figuras. La portada exterior de la parroquia de Santa María; la portada interior, que da ingreso á la galería del archivo, y el baptisterio, todo ello de estilo grecorromano, son, por tanto, de época posterior á primitivo trazado. En cuanto á la duración de la obra de dicha parroquia, no debe atribuirse su comienzo á principios del siglo xvi, pues no obstante hablarse en escrituras de tal época de las obras de construcción del templo á que nos



Retablo de la parroquia de Santa María, obra del insigne Montañés

referimos, tenemos un dato arqueológico de gran valor para conocer la época de origen del templo, cual lo es el escudo del Obispo de Cádiz, el sevillano D. Pedro Fernández de Solís (1473-1500), que se halla tallado en la misma piedra, en la nervadura de la bóveda del altar mayor, en el lado de la epístola; y también existe ese escudo, cuya figura es un sol, en la puerta de la

galería-archivo, así como la capilla del baptisterio nos muestra, con el escudo que ostenta de los lobos de los López de Haro, señores de Vizcaya, haberse realizado su construcción en el pontificado de D. García de Haro (1565-1587), obispo de Cádiz, hijo de D. Diego López de Haro, Señor del Carpio.

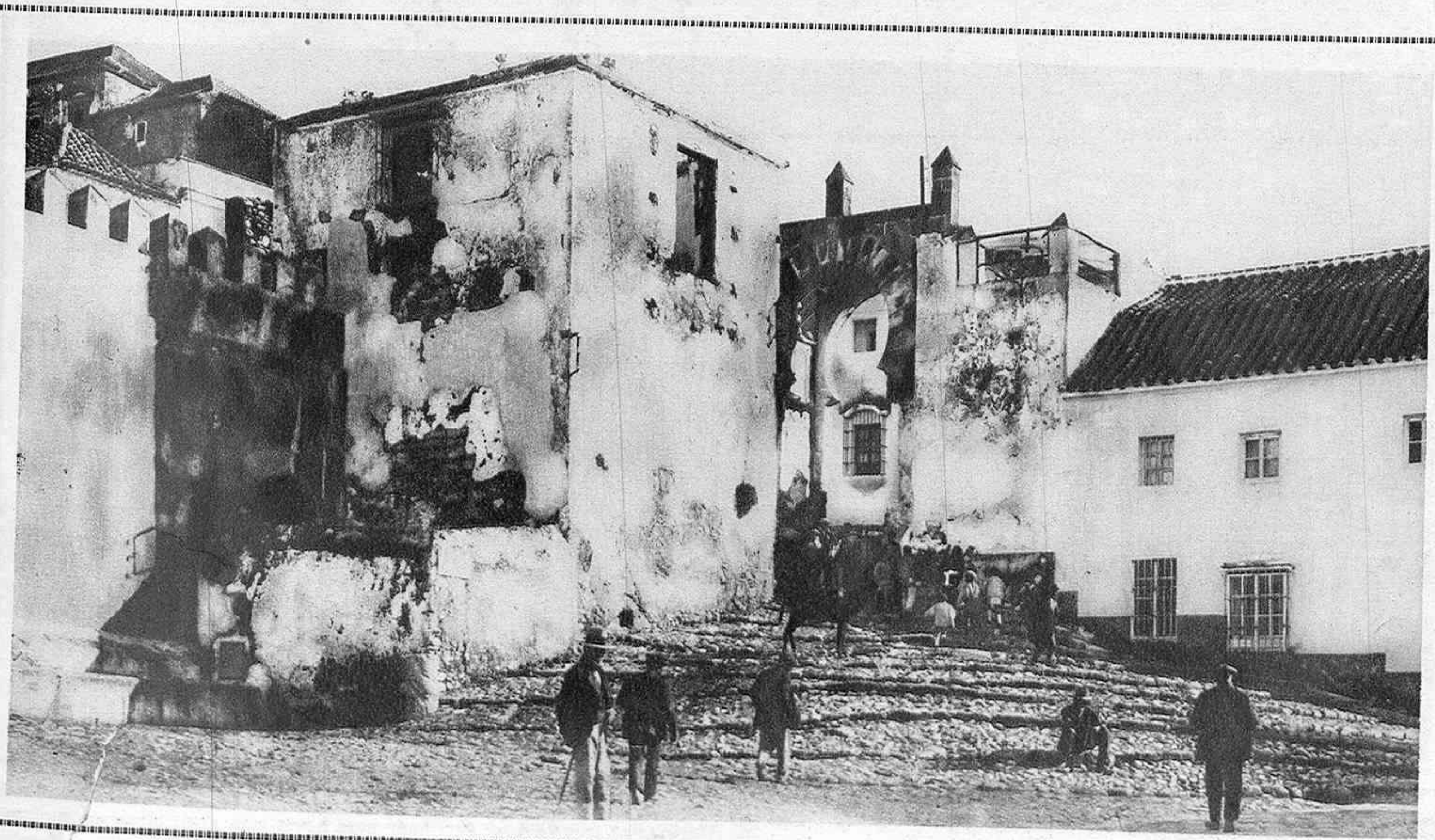
El Ayuntamiento de Medina Sidonia es un buen edificio, construido *ad hoc*, reconstruido en el siglo xviii, y que revela en su traza general y en los detalles de su fachada, pórtico, sala capitular y demás partes del edificio el alto concepto que de la vida municipal tenían nuestros antepasados.

Participa del estilo severo de Herrera, aun cuando de época posterior, y campea sobre su fachada el escudo de armas de la ciudad, rematado por la estrella de las monedas de *Asido*, estrella heráldica de la *gens Julia*, que recuerda ser Medina Sidonia la antigua *Asido Cesariana*, entusiasta del Dictador que inició la creación del imperio romano.

Es Medina patria de gran número de varones ilustres, entre los cuales descuellan el gran orador sagrado que brilló en Italia, el venerable Lobo; el Regente Villavicencio, el ministro Montes de Oca, el almirante Cervera y el cultísimo Doctor Thebussem.

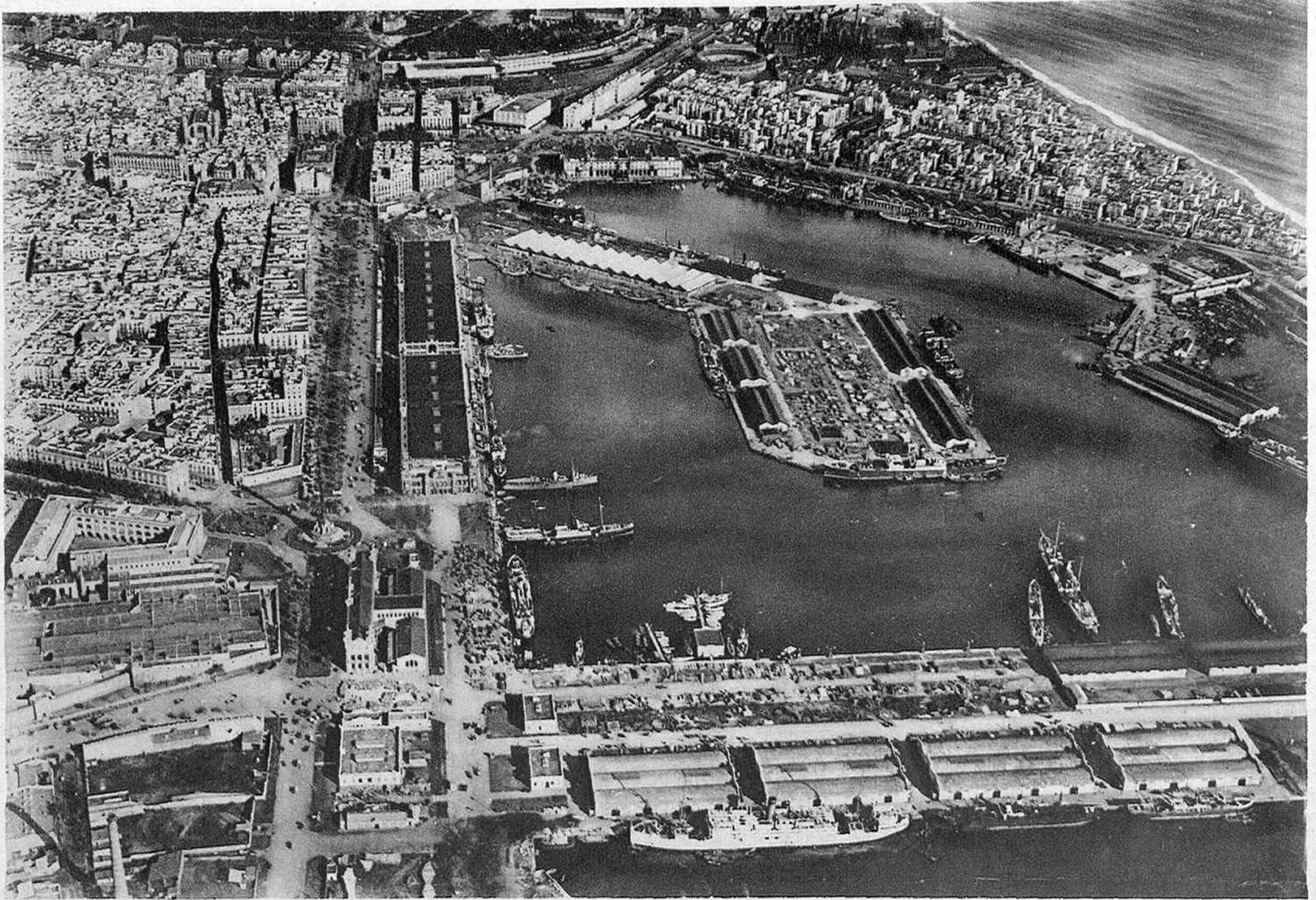
¿Quién no ha oído hablar del *Alfajor de Medina*? Ese dulce arábigo de la familia de los nuéganos, cuyo secreto industrial es hoy patrimonio de pocos: el notable *alaxú*, que antaño se pedía á Medina para servirse en las mesas de los próceres, sigue hoy agradando á cuantos paladean la auténtica confección medinense, digna de figurar entre los demás productos de la antigua confitería española, no sólo por su originalidad, sino también por su exquisito sabor.

JOSÉ ANTONIO M.^a DE PUELLES



Arco romano y fuente salada, en Medina Sidonia

(Fots. Butler)



Perspectivas de Barcelona

Arriba: una vista del Puerto y el Paseo de Colón. A la izquierda se ve el cuartel de Atarazanas, que va á ser derribado para hacer una gran plaza en su lugar. Abajo: la Plaza de Antonio López y la Gran Vía Layetana. En primer término se ve la nueva Casa de Correos, recientemente inaugurada.

(Fots. Gaspar)



«Raquel Meller», cuadro de Carlos Vázquez, que ha figurado en su Exposición de Madrid

ARTISTAS ESPAÑOLES

EL CERAMISTA PEYRO

LA Sociedad Española de Amigos del Arte, que con fino espíritu catador de excelencias artísticas posee y que ha procurado prestigiar el local donde celebra anualmente sus Exposiciones en el Museo de Arte Moderno, ha prestado recientemente hospitalidad al ceramista valenciano Peyró.

Se conoce bien la producción de este activo é inteligente animador de belleza. Se trata de uno de los más entusiastas cultivadores de su profesión, y muchas veces ha ido á buscarle el éxito oficial coincidente con el público.

A lo largo del tiempo, si se repasa la colección de nuestra revista, se encontrarán frecuentes alusiones á la obra de Peyró. Motivos reiterados de esos comentarios han sido tanto sus exhibiciones particulares, cuanto la aportación, siempre lucida, á los Certámenes nacionales é internacionales.

Peyró, realmente, es un caso de perseverancia unido al de una capacidad no desfavorecida por la suerte.

En plena juventud posee ya en su ciudad natal una importante fábrica, donde trabajan muchos obreros; puede ostentar altas recompensas obtenidas en Madrid y fuera de España, y los objetos salidos de sus hornos son ornato elegante de muchos sitios donde el buen gusto impera.

Se recordará cómo hace escasamente ocho ó nueve años empezaron á popularizarse las primeras obras de Peyró. Eran estatuillas representativas de tipos populares valencianos: labradores con su gracioso indumento y su airoso tocado; huertanos con la capa y el sombrero de los días de fiesta; clavarieres con la mantilla y el rosario; mozos de zaragüelles y pañuelo virilmente atado á la cabeza; las «grupas» pintorescas...

Luego el arte de Peyró se fué afinando más, sin abandonar los motivos iniciales. Surgieron las primeras figuras de rojas vitrificaciones que ponían notas rútilas y rítmicas en el ornato interior de los hogares.

Por último, el dominio técnico, la distinción



«A la fiesta»

factural, cada vez más elocuentes en el artista, se ponían al servicio de obras ajenas para añadirles un encanto nuevo. Reproducía en azulejos pinturas famosas ó bien conocidas; revestía con el esplendor cerámico creaciones de otros escultores.

Y se dice «otros», porque el Peyró es también escultor notable, que se modela él mismo sus figuras, con lo que demuestra no ser solamente un mero industrial más ó menos inteligente, sino un verdadero artista derivado fructíferamente hacia el amplio campo de las artes industriales, tan florecientes en nuestra época.

Además, Peyró ha procurado libertar á su obra general de esa obstinación clasicista y arcaizante donde la confinan otros cultivadores de su profesión. Al contrario de quienes piensan que la cerámica no debe aceptar, ni menos buscar, competencias en el mercado comercial con otras producciones extranjeras más avisadas en tal sentido de lo que suele manifestarse la española, Peyró realiza desde el *bibelot* modesto y la graciosa bagatela plástica, hasta los grandes grupos, los *panneaux* decorativos ó las piezas de Museo.

De este modo ha conseguido hacerse popular y selecto al mismo tiempo; obtiene por partida doble el estímulo positivo del comprador y el elogio del competente. Sus exhibiciones, sin perder el carácter artístico, ofrecen la venta inmediata, testimonio de una industrialización sagaz.

•••••

La reciente Exposición que Peyró ha celebrada en la Sociedad Española de Amigos del Arte, (cuyo secretario es, como se sabe y admira legítimamente, el conde de Casal, inteligentísimo coleccionista de cerámicas españolas y autor de publicaciones sobre este arte que le han llevado á la Academia) es, de todas cuantas celebró en Madrid el artista valenciano, la más completa y definidora de lo que significa actualmente en su país.

Peyró colmó dos salones con lo vario y lo copioso de sus creaciones típicas. Azulejería evocadora de pintura valenciana; medallones de clásico empaque, platos, jarrones, tibores, vajillas, figuras, muñequitos, reminiscencias modernas de temas y formas bien alcurniadas, como las de Alcora, ó prácticas muestras de que también España puede añadir al mercado universal, donde triunfan producciones de grandes fábricas europeas, un acento peculiar y seguro.

Además, se ratificaba el artista en los testimonios reiterados de su estilo. Porque hoy día, tanto el profano como el inteligente, conoce en seguida las estatuillas de Peyró y las distingue entre las de sus imitadores, que ya comienzan á surgir. Tiene sus colores que diríamos propios: ese rojo profundo rútilo y grato de contemplar; ese verde oscuro denso y también caricioso á la mirada. Tiene sus figuras predilectas: las valencianas de falda pomposa y florida; las gitanas; las madrileñas de mantón chineco.

Ellas proclaman en seguida la personalidad del notable artista valenciano.

En la Exposición última no podían faltar, con su infinita y siempre inspirada diversidad de actitudes, tamaños y brillantes vitrificaciones.

Pero ofrecía, además de esas esbeltas siluetas femeninas y de las *grupas* valencianas, que tanto éxito obtienen dentro y fuera de España, otras creaciones nuevas que también habrán de ser muy divulgadas: la de la bailarina del *Charleston* y el grupo *Danzarinas*, tributo del arte cerámico al arte escénico de última hora.

En la serie de retratos en medallones blancos evocadores de un tradicionalismo digno de ser restablecido, tenía Peyró algunos muy notables y justos de parecido, con lo cual también se mostraba capacitado para otra nueva derivación productiva de su arte.

Y, por último, obras como el busto *La Dolo-*



Busto de Don Alfonso XIII

rosa ó el grupo de gran tamaño *A la fiesta*, que representa un dulzainero y un tamborilero valencianos, servían para señalar el derecho que tiene Peyró á ser considerado aún un buen escultor. «Un escultor—como ha dicho certeramente un ilustre crítico—que no concibiera la forma en la materia definitiva en que ha de reproducirla, previendo los innúmeros peligros de la cochura, atento también á las posibles ventajas del rutilante policromado, no podría ser ceramista. De igual manera, al pintor cerámico se exige no sólo un profundo conocimiento de las reacciones químicas de los barnices á las altas temperaturas de los hornos, sino una especial visión del colorido ornamental que, como la forma escultórica, tiene riesgos imprevistos durante las manipulaciones sucesivas y logra igualmente efectos de brillantez insospechada. Escultor y pintor cerámicos significa, pues, particular inclinación á las formas ligeras, vaporosas, movibles y gráciles de los *bibelots*—tardías reviviscencias de las ejemplares figulinas de Tanagera—y á las coloraciones eminentemente decorativas de tonos armoniosos y dulces dentro del brillo esplendente del esmalte.»



«Danzarinas»

EVOCACIONES DEL MADRID DE GOYA

L A C I T A

EN aquellos días estaba su merced D. Francisco de Goya muy atareado y de peor humor del que usaba de ordinario, inmortalizando con sus peregrinos pinceles la absurda y finchada figura de un grande de España y consejero de Castilla, que muy pagado del divino papel que representaba, hacíale acudir á su vestido caserón de la calle del Sacramento, vestido de etiqueta, cosa que molestaba sobremedera la franca llaneza del gran artista.

Si el hombre no lo pagara relativamente bien, y no fuese anzuelo para encargos de tanta monta, ya habríale D. Francisco despachado con viento fresco y no hubiera vuelto á recordarse de él más que de las nubes de antaño; pero con lo que le producía la vanidad de aquel figurón desquitábase el bueno del sordo de las molestias que dábanle las almidonadas chorreras, la corbata rígida, el peluquín empolvado, la casaca bordada, el zapato de hebilla y el espadín de Corte.

¿Quién era el original de aquel retrato? Pongamos piadosamente en honra de su alcorniado abolengo cualquiera de los muchos que han llegado hasta nosotros con la cédula anónima de «personaje desconocido», aunque este á que me refiero tengo por cosa cierta y averiguada que ha sido aristócrata de muy rancios timbres y ha figurado harto en la corte de Carlos IV y de María Luisa.

El duque—porque duque y muy duque era el empingorotado cliente de Goya—no guardaba á éste muchas consideraciones; antes mirábale poco más ó menos como al peluquero, al sastre y al zapatero que acudían cada mañana á servirle en su oficio.

El insigne autor de los *Caprichos* envolvíale también en el cendal de su desprecio, y así entrambos solían pasar el tiempo consagrado á las sesiones pictóricas sin cruzar palabra entre sí.

Una mañana, en tanto que llegaba su excelencia, entreteníase nuestro señor D. Francisco en curiosear los cuadros que adornaban el salón destinado á estudio, y cuando llegó el dueño de la casa sin que su merced lo advirtiese, estaba contemplando una miniatura en la que no sabía qué admirar más, si la maestría del artista ó la belleza del modelo.

Colocado el duque detrás del pintor, exclamó desconsideradamente, empujando en lo más alto de sus blasones:

—Como eso sí que no hay quien lo pinte en España... Guerin no hay más que uno en toda Europa...

—«A papel sabido, no hay cómico malo», dicen los comediantes—dijo Goya por toda respuesta, queriendo dar á entender al necio magnate que ante una lindeza como la que representaba la miniatura, también él se comprometía á dar por hecha una maravilla por el estilo.

—¿Quién es ella?—preguntó.

A lo que el duque respondió un poco despectivo, como si diera más importancia á la pintura que al original:

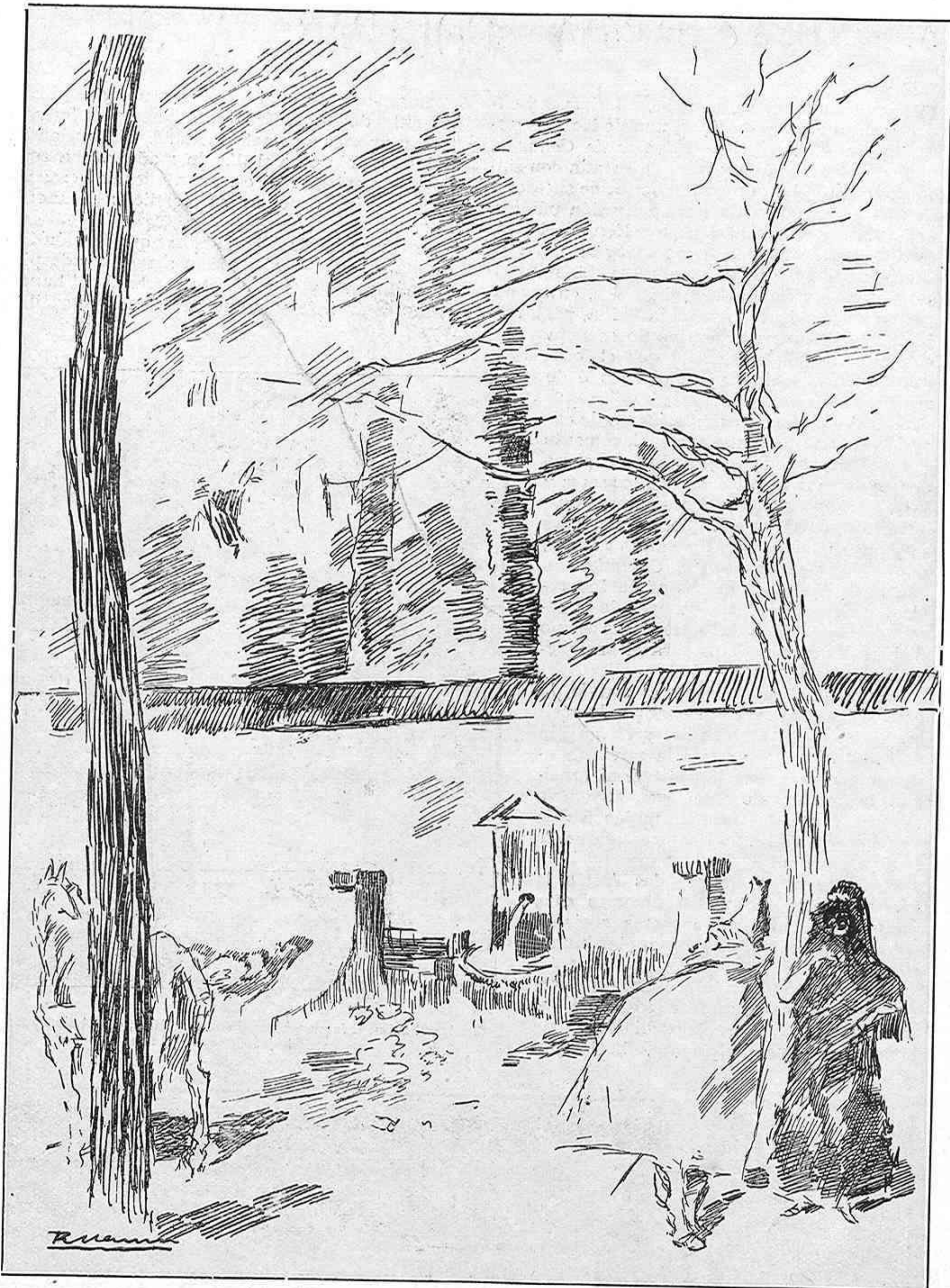
—La duquesa.

•••••

Cuando D. Francisco llegó á su quinta, al dejar sobre un bagueño el descomunal sombrero medio queso, advirtió en la vuelta del forro un papel en dos dobleces. Extrañóle el hallazgo, y desdoblándole, leyó lo siguiente, escrito en malísima letra y aderezado con una ortografía tan detestable como la suya:

«Señor Goya, si esta tarde ciere su mercé ver ponerse el sol por de tras dela caSa de campo no le pesara y puede que encuentre un Modelo mas de su gusto quel duque... No olvide su merce que el sol se pone en este tiempo alas 7...»

No se tiene noticia que el autor de las Majas hubiese desatendido jamás una cita por incógni-



La cita

ta que fuese. Alma de hombre galante, bajo su cuerpo recio y fornido no había más viento que le hiciese ir sin rumbo fijo que el de las faldas.

Y cuando la tarde empezó á ir tomando resabios de noche, vistióse Goya á lo majo decente con empingorotada montera, ciñóse un recio esto que—porque de hombres cautos es el ser prevenidos—, rebozóse en su capa grana, y montando en su jaca la *Tordilla* encaminóse al lugar de la cita.

Ató la cabalgadura á un árbol y se dispuso á esperar, aunque no por mucho espacio, porque la viveza de su carácter no le daba muchas treguas de cortesía.

Pero esta vez no tuvo que aguardar mucho, pues de allí á muy poco sintióse el rápido rodar de una carretela que se detuvo entre los árboles. Salió del vehículo una dama envuelta en un amplio rebocillo, y dirigiéndose hacia Goya tendióle la diestra.

—Puntual es el hombre, y yo se lo estimo en tanto como vale—dijo la bizarra incógnita—. Con el mismo arte que su merced se busca el camino de la gloria quiero desagrarle de la humillación que á diario siente pintando el retrato del duque de...—y aquí la dama pronunció el título del aristócrata á quien Goya rendía cada

mañana, como una penitencia, la maravilla de su arte.

A este tiempo, la buena moza consintió en que el finísimo encaje de la mantilla dejara el rostro al descubierto, y tan pronto como le vió don Francisco, exclamó lleno de asombro, reconociendo al original de aquella preciosa miniatura de que tan orgulloso se mostrara su dueño:

—¡La señora duquesa!...

—La señora duquesa—replicó ella—, que desea tener su retrato pintado por las maravillosas manos que tantos prodigios de arte han hecho, y que desde aquí jura que no consentirá en retratarse con tanta etiqueta como su marido...

•••••

Y al día siguiente por la tarde, en una magnífica quinta que su excelencia poseía en el camino de Alcalá, fué comenzado el retrato; y para desagrar en cierto modo al artista de acudir vestido de punta en blanco á retratar al duque, la duquesa prescindió de todo atavío y tuvo el capricho de hacerse trasladar al lienzo tal y como Venus nació de entre las espumas de la mar para ser tórbellino en la tierra...

(Dibujo de Marín)

DIEGO SAN JCSE

ARGENTINA Y ESPAÑA COLUMBA Y SU ALBUM ESPAÑOLISTA

RAMÓN Columba es, entre los dibujantes y caricaturistas argentinos, uno de los más populares. Su revista *Páginas de Columba*, donde la actualidad aparece comentada con singular gracejo y con original enfoque de sucesos y figuras, alcanzó pronto enorme difusión pública.

Se teme y se desea al mismo tiempo el lápiz de Columba, que parece no respetar nada de cuanto pueda ofrecer de vulnerable el hombre en sus pasiones y flaquezas espirituales, en sus imperfecciones físicas. La mirada livida, penetrante, del caricaturista argentino no se deja engañar por las apariencias que el fotógrafo realiza y el cronista político ó de sociedad halagan.

Sus dibujos tienen así una fuerza de expresión, una incitante gracia levemente deformativa que las gentes buscan como á esos espejos ustorios en que los seres y las cosas son devueltos grotescamente.

Recordamos, por ejemplo, las secciones *Los últimos enlaces* y *Columna de honor*, que recogen en *Páginas de Columba* con singular desenfado los grupos de los recién casados momentos después de la ceremonia nupcial en esa actitud que es uno de los mejores pretextos para el enriquecimiento de los fotógrafos.

Columba satiriza el tipo, el atavío, la pose de los cónyuges que acaban de recibir la bendición eclesiástica y el aluvión de felicitaciones. Revela á la novia, sonriendo gentilmente, sin acritud ni crueldad, lo que hay de cómico en su nuevo esposo. Y algunas veces también á éste no oculta la visión caricaturesca que le sugiere aquélla.

Ha sido uno de los grandes éxitos la página nupcial, entre las diversas que, referentes á todos los aspectos sociales, constituyen la revista del popular humorista.

Pero además consagra números especiales que, examinados á lo largo del tiempo, significan un valor histórico, de la historia viva, palpante, hecha sin

dogmatismo ni pedantería, sino recogida directamente de los sucesos cotidianos y de los rostros asomados á la actualidad. Burla burlando, Columba deja para el día de mañana una serie de testimonios gráficos, cuya eficacia veraz radica precisamente en su condición humorística.

Porque además debe añadirse que Ramón Columba no es un caricaturista agresivo y despiadado. Su arte y su concepto personal del humorismo están más cerca de la ironía fina, sutil, ó

de la bufonería benévola, que de la sátira enco-nada ó del aticismo acre.

Sonríe, sonríe siempre. El y sus dibujos y los epígrafes de sus dibujos. Una sonrisa sana, contagiosa, que divierte sin dejar nunca el poso de la amargura.

El mismo estilo del artista es amable de línea y regocijado de impresión. Utiliza con preferencia el lápiz compuesto ó el carboncillo, blandos y sumisos al trazo espontáneo.

Pero no vaya á suponerse por quienes imaginan que la caricatura sólo ha de ser ariete, cauterio y piqueta, que esta personalidad humorística de Ramón Columba—destacada en su género dentro de la valiosa serie de dibujantes con que hoy se enorgullece legítima la República Argentina—tiene una condición menos admirable que la del ilustrador editorial ó la del iconoclasta que aguja el lápiz como un estilete y lanza sus caricaturas como bombas de mano.

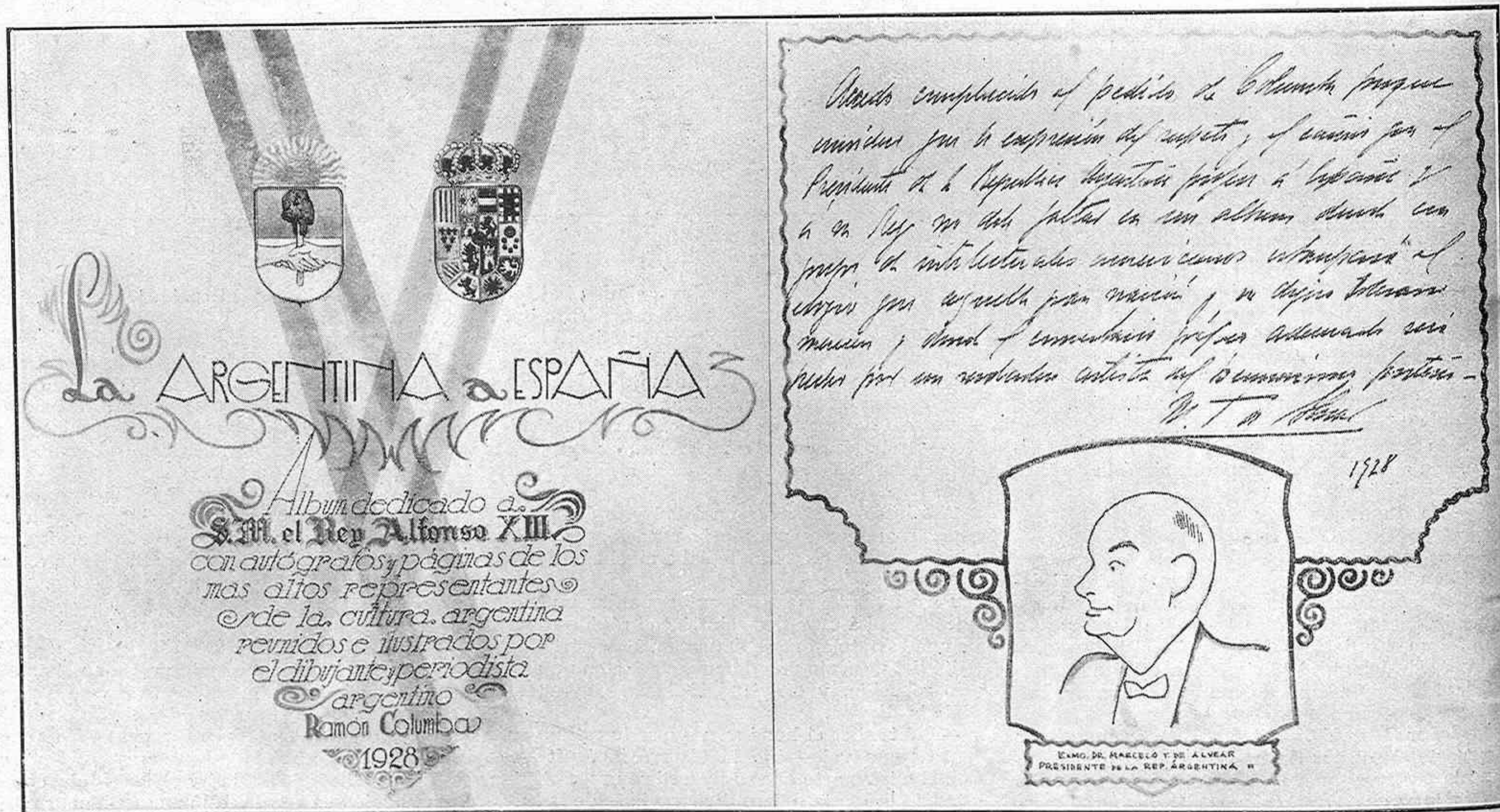
No es un destructor; no es el pesimista y misantrópico censor de los espectáculos en que desdeña tomar parte. Es el hombre que se divierte sonriendo y haciendo sonreír á los demás si se atiende sólo á la apariencia superficial de su arte; pero, en realidad, es, como ya se ha dicho, el historiador burlesco de su época y de sus coetáneos.

Antes de fundar las *Páginas de Columba*, mucho antes de crear esa otra revista *La Rambla*, destinada á igual popularidad, y que traslada, con la muchumbre de bonaerenses de nacionalidad y adopción, su ingenio satírico á Mar del Plata, Ramón Columba publicó los álbumes deportivos y parlamentarios, el *Album de la guerra*, testimonio de la francofilia entusiasta de la Argentina, organiza el primer *Salón de Humoristas* con su compañero Pelele y simultanea la labor caricaturesca en los diarios y en los semanarios más populares.

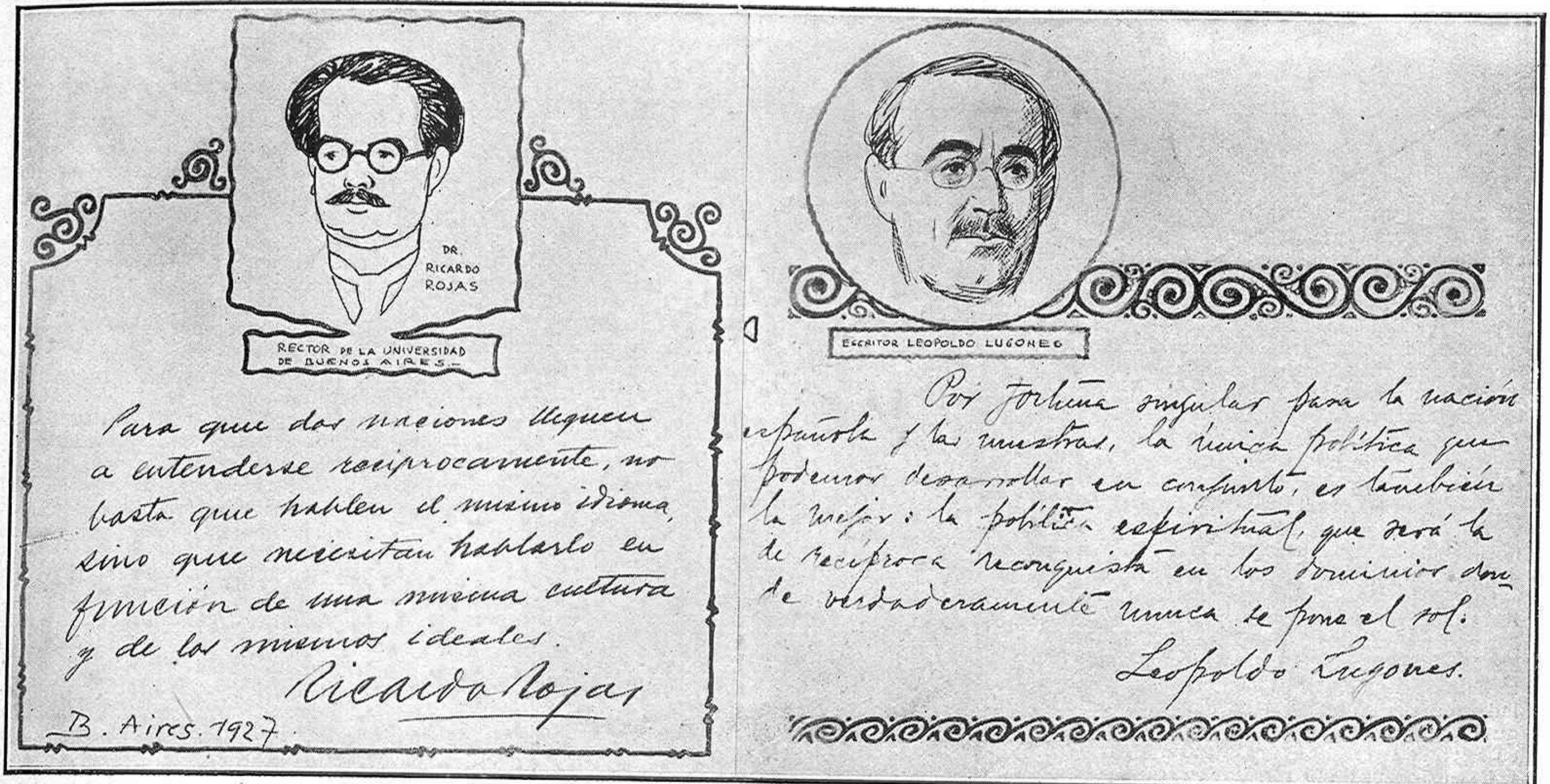
A partir de 1925, inicia Columba el des-



Charles Chaplin, el famoso actor cinematográfico, con el dibujante Columba hojeando las «Páginas»



Portada del álbum y primera plana firmada por el Presidente Alvear



Hojas del álbum firmadas por Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones

plazamiento internacionalista de sus *Páginas*. Marcha á Norteamérica, viene á Europa. Dedica números especiales á Nueva York, á París, á Roma, á Londres...

Por último, ahora está entre nosotros. Ya la inquieta y bulliciosa revista ha revelado con los dibujos de Columba aspectos cómicos de Barcelona, de Sevilla, de Madrid. Figuras representativas ó las multitudes anónimas, los episodios recientes y las costumbres arraigadas; lugares, hechos y escenas características han sido vistas

por el notabilísimo dibujante y transmitidas con afable picardía.

Pero, además, Ramón Columba trajo á España otra misión que la de reflejar en sus *Páginas* tipos, sitios y anécdotas españolas del momento actual.

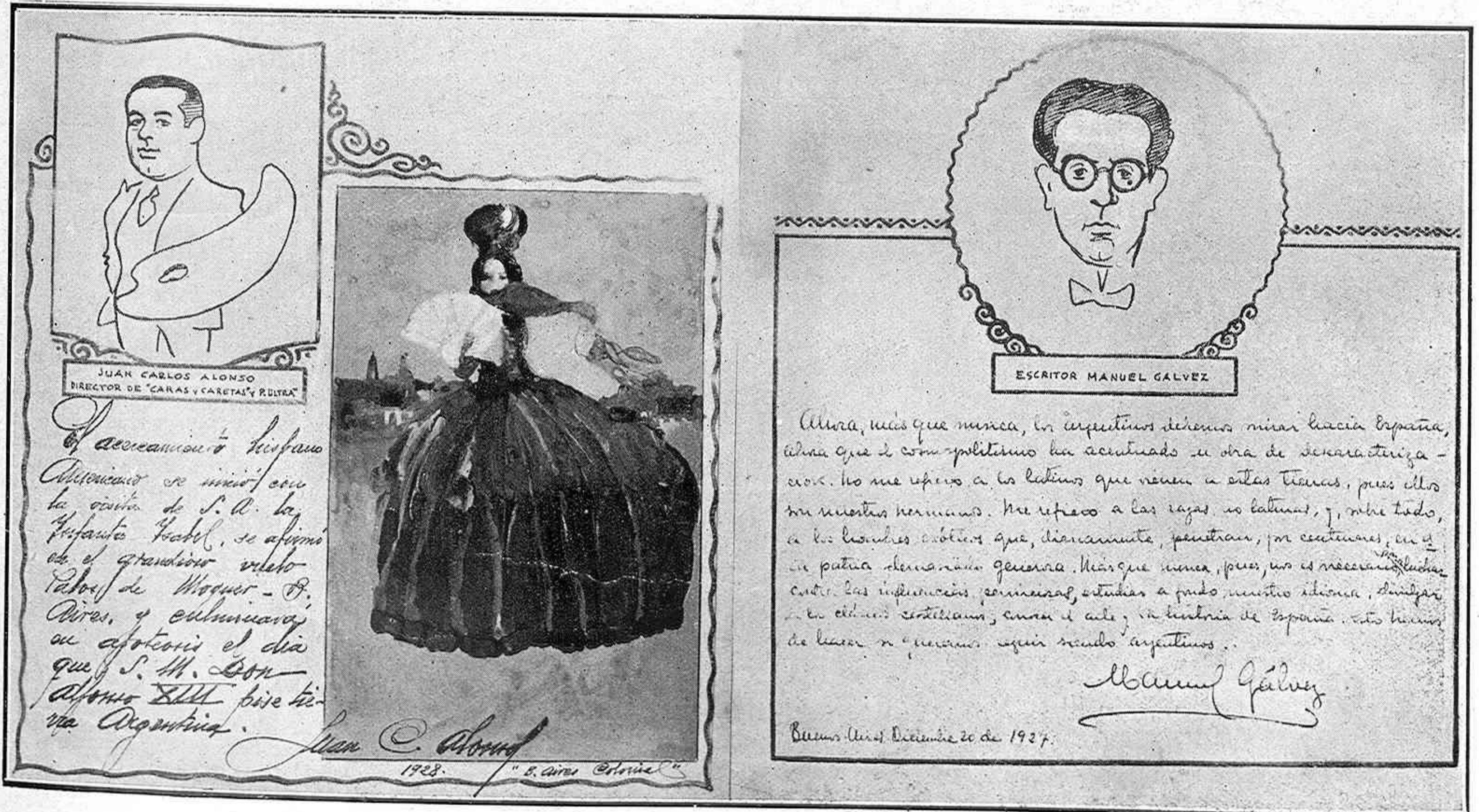
Con su álbum de dibujante venía un álbum de testimonios elocuentes de amor argentino á España, que acaba de entregar al Rey oficialmente.

En este álbum, un importante número de personalidades ilustres, donde no faltan insignes

escritores y artistas, han escrito palabras de fervor y de amistad para nuestra patria.

Algunas de estas opiniones se reproducen contiguas. Y en las restantes igual valía de las firmas y del sentimiento informativo de texto y dibujos, ratifican la importancia del homenaje que España no debe olvidar nunca por lo que representa para hoy y para mañana en los destinos cada día más necesariamente paralelos de ambas naciones.

SILVIO LAGO



Hojas del álbum firmadas por Juan C. Alonso y Manuel Gálvez

EXPOSICIONES

EL MADRID DE ENRIQUE DE LARRAÑAGA

MADRID conoce bien a Larrañaga, y Larrañaga conoce bien a Madrid. La ciudad ha tenido para el artista una acogedora cordialidad colmada de revelaciones positivas. El artista contempla cotidianamente a la ciudad con miradas que diríanse entre filiales y de novio por el comprensivo amor que pone en ellas.

Sin desdeñar el Madrid nuevo, erizado de construcciones ingentes y de la muchedumbre que forma sus regueros entre los múltiples quelónidos con su corazón de motor y su ronquera de bocina, insaciable de espacios, Enrique de Larrañaga prefiere los barrios recónditos, las arterias populares donde la sangre plebeya corre entre edificios viejos y paredes lepradas de carteles, y soñolencias de ventanas con el párpado verde de sus persianas medio caídas y sus balcones floridos de macetas compradas en la verbena del barrio.

Incluso el propio artista tiene una silueta elástica fina, un poco braceante y pinturera, que no desentona entre la marchosería de los madrileños no falseados de cosmopolitismo. Una silueta de bailarín de *chotis*, aunque parezca de bailarín de tango, con esa nativa gracia rítmica que no se aprende ni se adquiere, y que define en seguida a un tipo de raza pura.

Camio lo ha sabido retratar en esa silueta magra, vestida de negro, que se yergue sobre un fondo de la antigua villa, en la actitud de un torero joven que con el capote al brazo y la otra mano contra la cintura también parece acechar el toril, próximo a abrirse. El rostro del artista, fielmente reproducido en este retrato, muestra también ese reminiscente parecido del lidiador enjuto de carnes, serio de expresión, con la gravedad expectativa peculiar en tales rostros destinados a mirar la muerte y el éxito sin pestañeos.



Retrato de Enrique de Larrañaga, por Pedro García Camio

Y, sin embargo, en ese retrato que Camio hizo a Larrañaga no se desmentía tampoco la filiación argentina del último. Pero están de tal modo entrañable y consubstancialmente ligados argentinismo y madrileñismo en el arte de Larrañaga, que el acierto de Camio surge precisamente de haberlo sabido expresar en los rasgos y ademanes externos.

Porque Enrique de Larrañaga no tenía, al venir a Madrid, hace tres, hace cuatro años, esa silueta definida. Ni era tampoco tan definida, tan suya y peculiar su pintura.

No obstante, lo parecía por los temas, a nosotros exóticos y atrayentes a fuerza de su ruralidad remota. Larrañaga pintaba momentos, escenas, tipos y lugares de campo y la provincia argentinos. Un sentimiento melancólico y una predilección por los sombríos acordes cromáticos entintaban sus lienzos. Aún pintados allá, diríase que rezumaban añoranza y nostalgia de inmigrado reciente.

Seres, cosas, paisaje, estaban impregnados de infinita tristeza, de enfermiza languidez. Y se pudo pensar que quien tales asuntos y con tan apasionada ternura pintaba, no tardaría en regresar a convivirles.

Pero Madrid ha retenido, casi me atrevería a decir, ha curado de su melancolía a Enrique de Larrañaga. Cumplió con él una verdadera revelación. Se le dió como una esposa ó como una amante fecunda.

La villa matritense ha encontrado en él tanta capacidad amatoria, tanta fidelidad apologética que puede recrearse en estos retratos urbanos donde el artista la copia y la exalta sin desposeerla de cuanto puede sumar exactitudes características.

Los primeros lienzos madrileños de Enrique de Larrañaga ocupaban una sala del último Salón de Otoño. Los más recientes acaban de exhibirse en una sala de la Galería Nancy. Entre unos y otros no ha pasado en balde el tiempo, ni el fervor del artista se ha contenido en un quietismo reiterado. Se comprende que cada mañana, si es en su continuidad de tarea prolongación de la noche anterior, marca sucesivos avances en los medios de expresión cromática y sensible.

Sentimiento, color y sensibilidad se acentúan, se espiritualizan más a cada nuevo cuadro. El alma de Madrid adquiere nuevos matices exaltados a la par de la exaltación factual propuesta a sí mismo por el artista.

Los temas, las gentes, son los mismos, y siempre adentrados en la cordialidad de los barrios populares. Calles y plazas que el afán urbanista y el modernismo arquitectónico han respetado (ú olvidado, que a veces es mejor). Lugares que conservan sus nombres del buen ayer, y que incluso cuando se rotulan de reciente manera, el artista ha descubierto para titularles en sus catálogos el apelativo antañón.

Las figuras—cada vez más individualistas en su modo de destacarse casi caricaturescas a fuerza de quererlas no desvirtuarlas de su carácter—ocupan la parte inferior de los cuadros, desparramándose hacia el fondo ó trazando vivos regueros en una línea horizontal y policroma. Las formas graciosas ó pesadas de los edificios, tijeletean el cielo ó le ocultan con sus planos murales acribillados de los simétricos



«Plaza de Antón Martín», óleo de Enrique de Larrañaga

rectángulos de los balcones. La publicidad venglera de carteles y anuncios también chilla en los cuadros como en la calle que le motiva. Y hace esa misma violenta llamada á los ojos con sus colorines vivos sobre las paredes soñolientas y envejecidas. Tales notas agresivas enterizas de tono aumentan el sabor simpático y el realismo veraz. De igual modo se destacan en los hormigueros humanos, en las masas ondulantes y grises de muchedumbre, siluetas aisladas ve tidas con fuerte acritud: muchachas, un soldado en uniforme de gala, un mecánico dentro de su «mono» demasiado azul, el diablillo rojo ó verde de un Círculo ó de un establecimiento industrial.

Y á veces también esas siluetas aisladas ó surgentes de la multitud, no gritan su color, sino que le modulan con exquisita finura de grises, de rosas, de blancos, tenues y sutiles...

Como también junto á un cuadro encendido de cálidos con bermellones y verdes veronés y azules Ultramar y amarillos cromo y negros brillantes el artista coloca otro de dulces gradaciones en una relación de valores delicados, con una sensibilidad agudísima para los medios tonos de positivo luminista.

Dentro de la estimación reiterada á los temas derincones típicos, aún se concreta Enrique de Larrañaga á ciertos lugares que ciertamente merecen ese afán de interpretación no saciado con una ni dos veces de contemplarles activamente.

Así, por ejemplo, Puerta Cerrada.

Puerta Cerrada es acaso uno de los sitios más curiosos desde el punto de vista interseccional de sus viejas construcciones, y desde el punto de emoción entrañablemente castizo que lo anima. Con su cruz de camino olvidada allí y allí tan curiosamente anacrónica, con sus tiendas humildes y sus recoveros y su bullicio de pregones, este sitio que envía desde que amanece hasta bien entrada la noche miles de personas hacia vías cada vez más solitarias y recoge la afluen-



«Cabecera del Rastro», óleo de Enrique de Larrañaga

cia pintoresca de la calle de Toledo en un impensado refugio de todavía más castiza ancestralia, *Puerta Cerrada* ha tentado muchas veces el deseo

pictórico y la avidez sentimental de Enrique de Larrañaga.

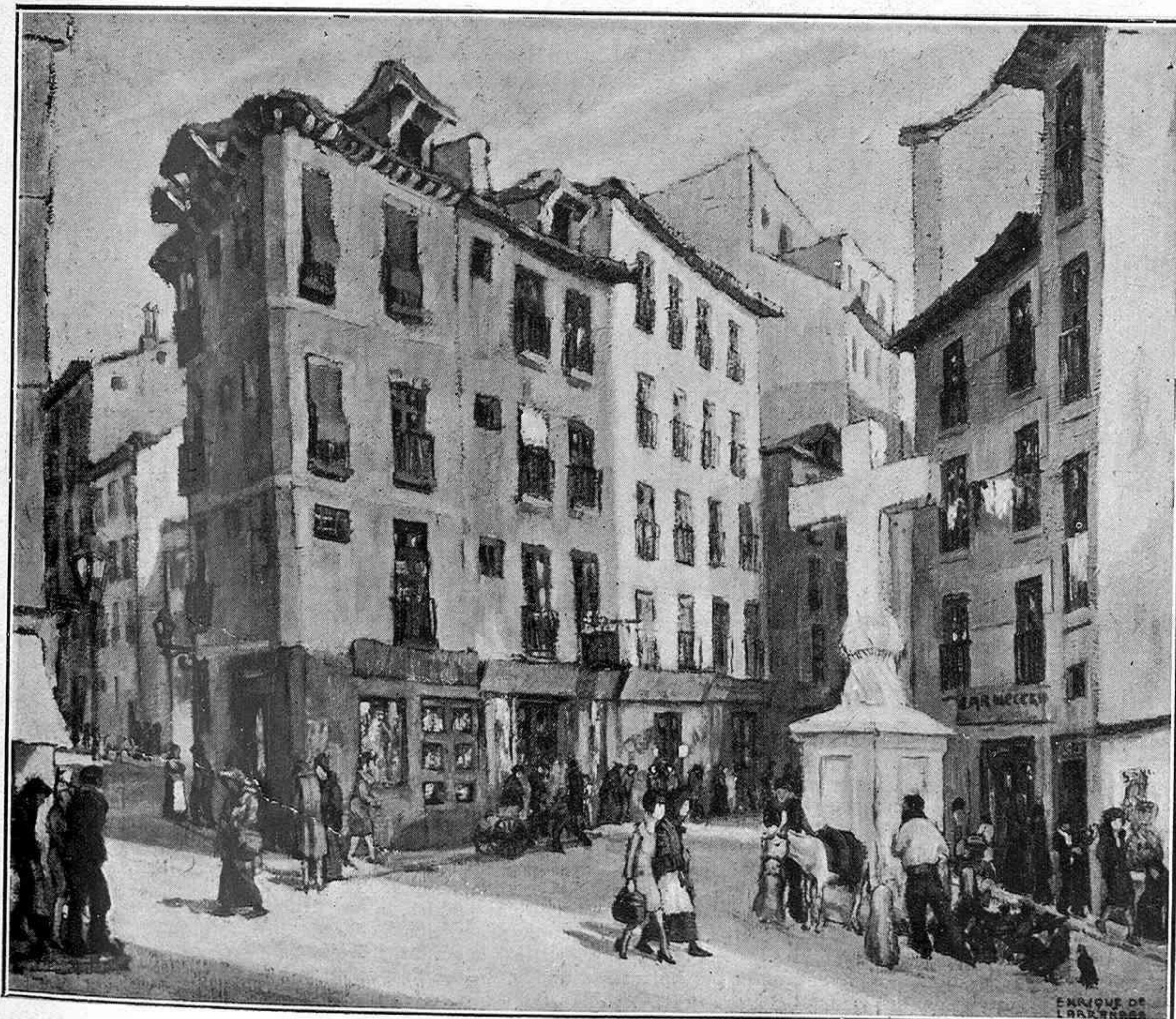
En la Exposición de la Galería Nancy hay dos *Puertas Cerradas*. Y ambas distintas, sin perder nada de su veracidad expresiva. Jalonan, además, instantes evolutivos de la personalidad del artista.

Sería difícil mostrar preferencia por la de suave entonación, por la que tiene sin daño á su realista energía un como suave adormecimiento soñador, y á pesar de la movilidad de las figuras, cierto encanto estático y remansado, ó por la de después, más dinámica, más exaltada, en que todo, líneas, masas, volúmenes, colores, han adquirido la supervida plástica.

Habría que discutir si el otro valor pictural de la manera cada vez más *narrativa* del artista mejora con daño ó mejora sin daño á la manera impresionista de un ayer tan inmediato.

Pero eso habrá de ser tema de otra ocasión. Hoy quería decir solamente cómo en esa importantísima Exposición celebrada ahora en el Salón Nancy, Larrañaga demuestra de una forma perfecta y, por consiguiente, sin vacilaciones, conocer bien á Madrid y cómo Madrid no ignora á Larrañaga.

José FRANCES



«Puerta Cerrada», óleo de Enrique de Larrañaga

ENRIQUE DE LARRAÑAGA

Elegancias



Vestido de noche, en tul, bordado en «strass»



Vestido de paseo, en «crêpe marocain» azul



Vestido de crepón, estampado en «beige» y azul marino.
(Modelo Philiope et Gaston)



Vestido de crepón, estampado en pequeños lunares.

(Modelo Premet)

En estos días de primavera, cálidos y luminosos, nuestras *toilettes* sufren una transformación deslumbradora, en consonancia con el aire embalsamado de los campos y el sol ardiente de las doradas playas.

Hemos ojeado las últimas colecciones de los modistos parisienses, y ante nosotros han desfilado multitud de modelos de crepones estampados, tan bellos y tan originales todos ellos, que la elección resulta difícil en extremo.

Los motivos preferidos en las estampaciones han sido los de menudos dibujos representando lunaritos, hojas, flores y figuras geométricas, complicadamente unidas entre sí.

En cuanto á las formas, todas ofrecen la mis-

ma sencillez encantadora, la misma feminidad y belleza.

La gracia de las faldas irregulares ha influido poderosamente en nuestro ánimo, y por ellas nos hemos decidido desde el primer momento.

En este aspecto, la moda naciente ofrece verdaderos alardes de corte y confección.

Los cuerpos de estos modelos son rectos y ceñidos al contorno; en las faldas, la amplitud de velos adquiere unas proporciones enormes; muchos modelos los adoptan en forma de campana, en volantes plisados, *godets*, drapeados y *panneaux* móviles. Todas estas cascadas de tela dan á la silueta una impresión muy graciosa y un aspecto muy juvenil.



Vestido de crepón, estampado en grandes flores

(Modelo Molyneux)



Capelina en «bakon» natural, guarnecido de torzadas de cinta azul.
(Modelo Berthe Meny)

El tejido de crespón de China es el predilecto para estas creaciones de trajes estampados; pero también se emplean mucho el *satín*, el *taffetas*, el *foulard* y el *glassé*.

Los estampados en tejidos transparentes se adoptan muchísimo; desde el *georgette* de seda á la muselina, y desde la vuela etamina á la gasa.

Dominan en estos estampados actuales los fondos negros, marino, verde oscuro, gris y marrón; y en los tonos claros, los preferidos son el *beige* rosado y crema, el azulino, el rosa, el frambuesa claro y el verde almendra.

Algunos de estos trajes forman *ensem-*



Dos vestidos en «crêpe marocain», el segundo de ellos con amplio juego de jaretas

ble con unos abrigos muy sencillos de lana fina, forrados de la misma tela del traje. La forma de estos abrigos es poco complicada, y como único elemento de adorno se adoptan jaretas, bieses ó ribeteado de trencillas anchas.

En el traje denominado deportivo, los tejidos estampados se emplean mucho, y se hacen lindísimas confecciones *deux pièces*: falda y jersey. La primera recta en apariencia, pero con amplios vuelos disimulados por medio de tablas, plisados ó pliegues muy profundos; el segundo, recto y sumamente sencillo, lleva como único adorno un ancho cinturón bien de cuero ó de la misma tela.

Hay algunos modelos con la falda negra, y el

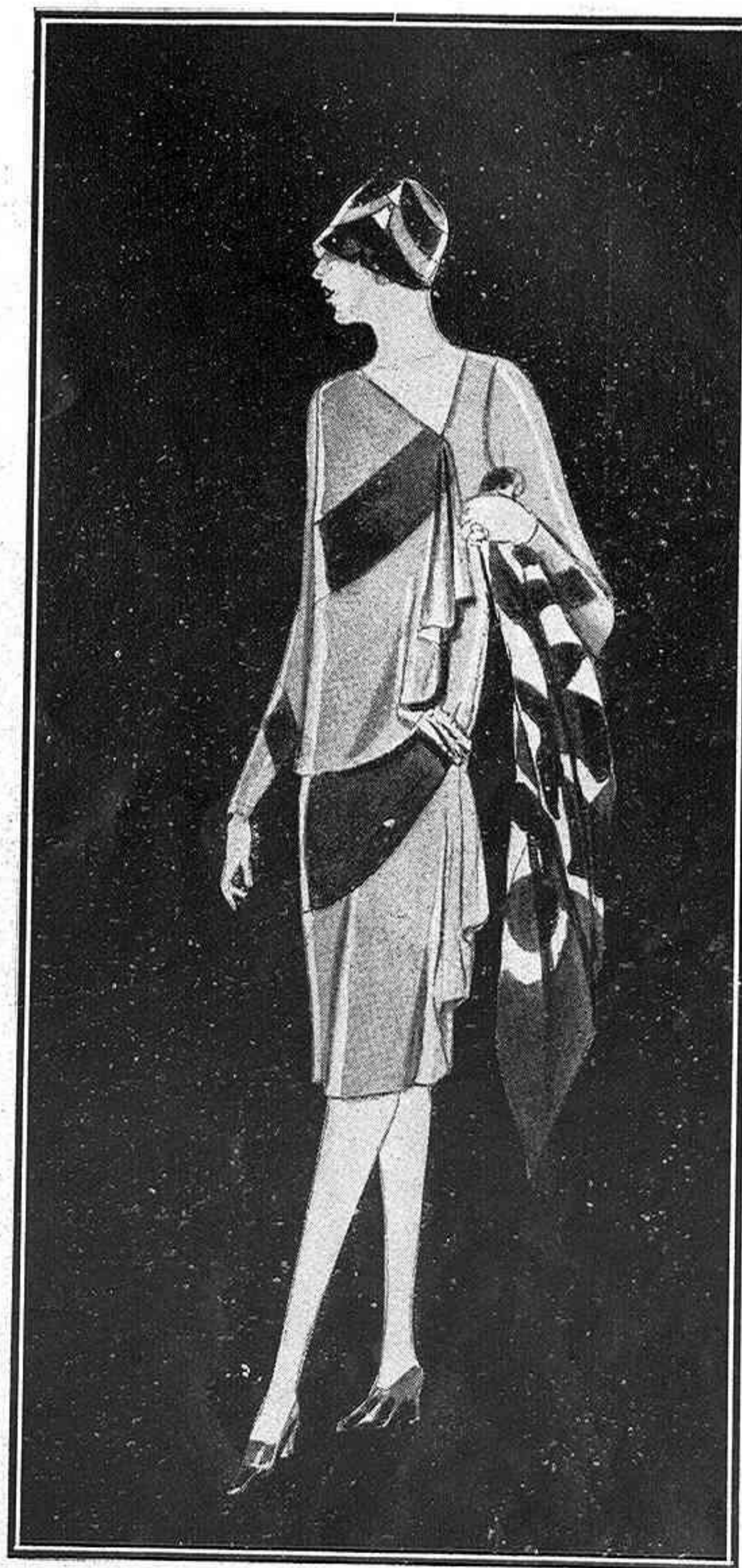


Vestido de tarde, «georgette» azul marino y blanco, bordado en seda azul y perlas
(Modelo Philippe et Gaston)

jersey estampado ó viceversa. Ambas combinaciones son de buen gusto; pero la primera es más preferida.

En algunas colecciones estos modelitos suelen ir acompañados de una chaquetita recta negra ó azul marino, también forrada con el tejido estampado del traje. Son muy airosas estas prendas, y sobre todo muy propias para siluetas gráciles y de proporcionada estatura.

Con esta clase de indumentaria, el calzado debe de ser en tonos claros, con poco tacón; los sombreros poco recargados de adorno, é incluso de sobria



Vestido de crespón, en dos tonos «beige»

confección. El fieltro y la paja de calidad mate fina ó gruesa, son lo más indicado para el sombrero mañanero y deportivo.

Para que los guantes armonicen con las circunstancias han de llevarse en piel lavable y en tonos claros, tales como el *beige* en toda la escala y el gris perla.

El bolsillo ó cartera, á ser posible, se llevará del mismo tono de los guantes; todo debe de rimar acorde en estas *toilettes* de aire libre.

ANGELITA NARDI

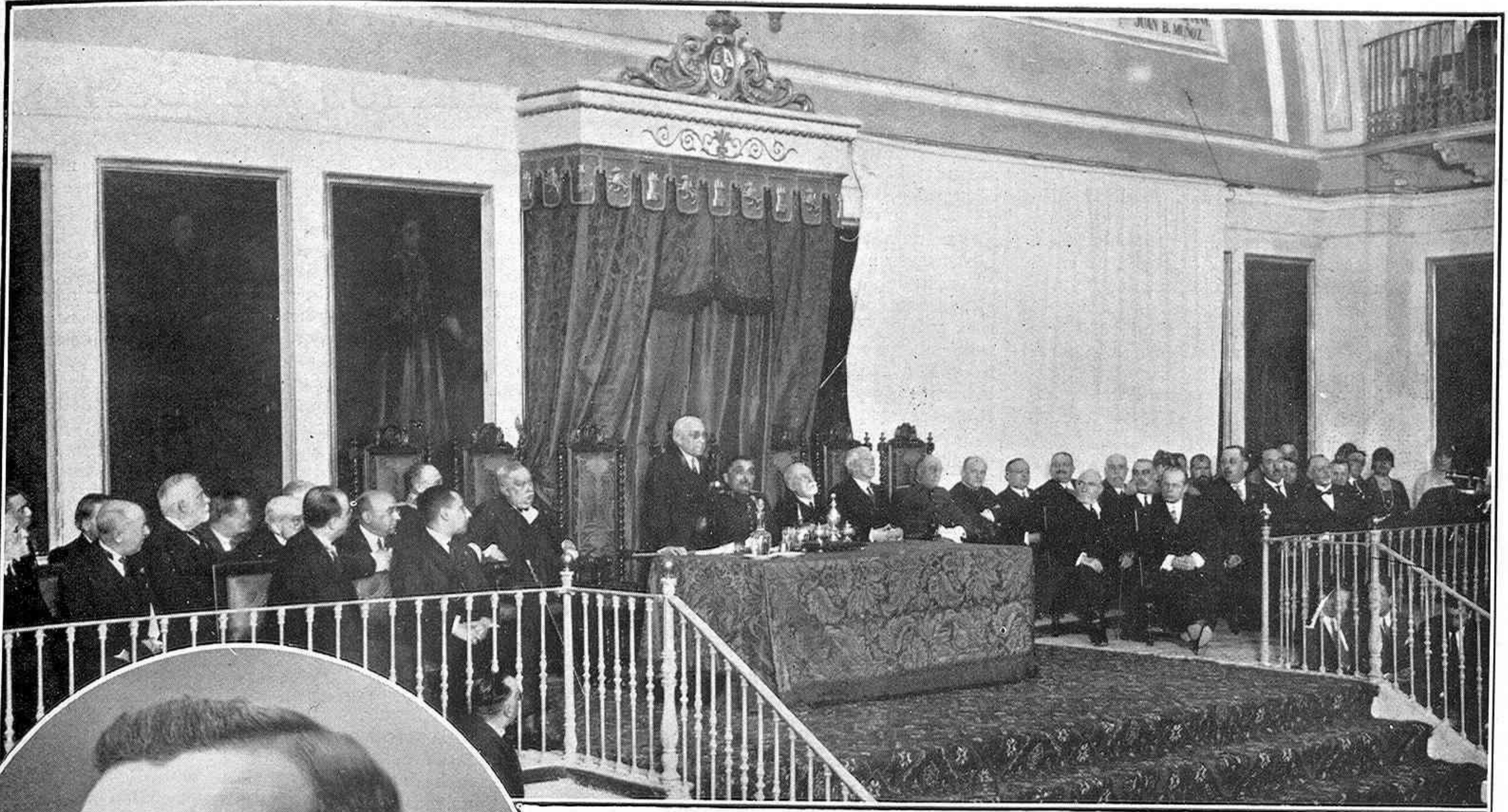


Sombrero de paja, con cinta de seda
(Modelo Reboux)

B E L L E Z A S M A R R O Q U Í E S



Están nuestros ojos demasiado hechos á la clásica belleza occidental, europea. Sin duda, la razón más poderosa del triunfo de lo negro—culminación, airon de ese triunfo, Josefina Baker—es ese inevitable cansancio que la persistencia de un mismo espectáculo, de un mismo ambiente, deja siempre. *Se lleva* hoy lo negro, lo obscuro, lo distinto. Atraen siempre una mirada de curiosidad y de interés las figuras de razas que no son la nuestra. Así, por ejemplo, este tipo de mujer africana, encarnación cumplida de una belleza distante de la belleza que es ya clásica entre nosotros (Fot. López Beaubé)

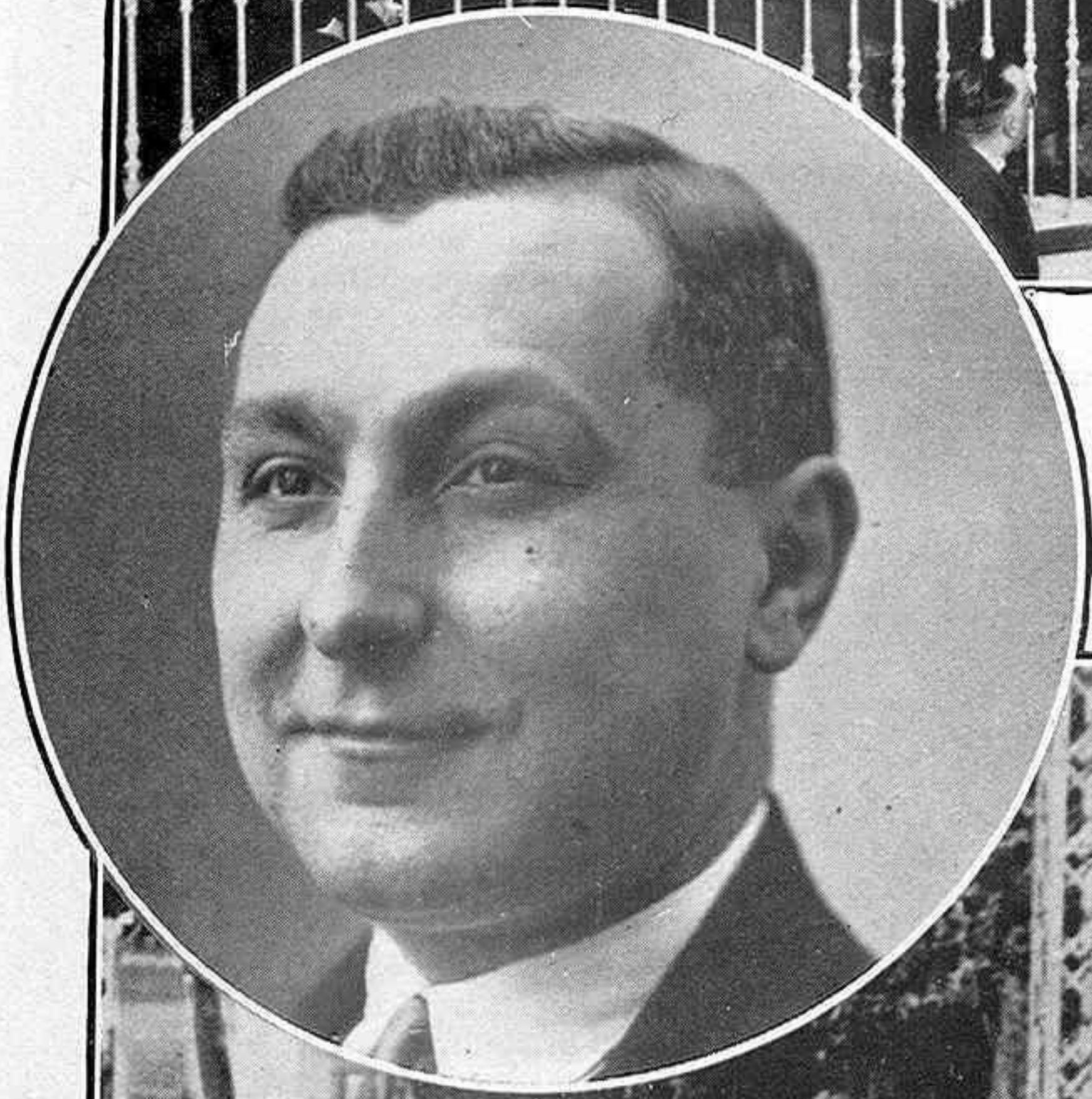


Solemne sesión inaugural del Congreso

EL IV CONGRESO NACIONAL DE PEDIATRIA

El señor García Brustenga, secretario del Congreso
(Fots. Desfilis y Vidal)

Homenaje del Congreso
al doctor Gómez Ferrer



EL ARTE FRIVOLO EN ALEMANIA

La revista y la opereta en los escenarios de Berlín

TALÍA, la musa ligera, se ha entronizado definitivamente en Alemania. A decir verdad, el comienzo de su reinado no es de ahora. Había dado principio hace muchos años. Pero no osaba presentarse sino modestamente. Los últimos años anteriores á la guerra prepararon la gran metamorfosis. Surgió entonces un nuevo tipo humano: era éste el hombre joven, robusto, de apetitos violentos, libre de aspiraciones intelectuales, gozador del momento presente, fanático del trabajo y perseguidor incansable del placer como sedante del esfuerzo cotidiano por la conquista del oro.

Vióse entonces cómo la América del Norte se adueñaba de la vieja Europa é imponía una nueva concepción del arte dramático, de un arte libre, ligero, fundamentalmente optimista. Ya no se buscaba en el teatro ó en la música los sentimientos elevados. Abominaba el público los conflictos trágicos, hartos frecuentes en la vida real, y sólo pedía á la escena una distracción pasajera, dos ó tres horas de alegre esparcimiento, bellas mujeres y decorados suntuosos en un derroche de luz y de colores.

El norteamericano, como tipo de su raza y como representante de la nueva concepción del Universo, ha llegado á ocupar un puesto preponderante en la vida moderna. La guerra mundial fué una gigantesca catástrofe. Aun aquellos que escaparon con vida y con el pleno uso de todos

sus miembros, é intactos además en su posición económica, hubieron de sentirse amenazados vagamente en su existencia. Sabían ya, de un modo que no dejaba lugar á dudas, que nada hay estable en este mundo. Y al adquirir tal experiencia tristísima, y como consecuencia de ello, acogieron con fruición cuanto en la vida representa goce y frivolidad. Esto podía y puede apreciarse lo mismo en Berlín que en Viena, Roma, París y Londres. La común aspiración es olvidar, orientarse hacia el porvenir llevando un concepto más alegre de la existencia.

Acaso pudieran antojarse superficiales estas consideraciones; acaso la marcha de las cosas es independiente de los acaecimientos históricos; quizá es ella fatal é inexplicable como todas las grandes conmociones de la Historia. Abstengámonos de investigarlo. La situación presente es así, y nosotros creemos que esa situación es, por fortuna, tranquila, consolidada y precisa. El *standart* de vida de las masas parece hoy al abrigo de los grandes cambios, de las sacudidas destructoras.

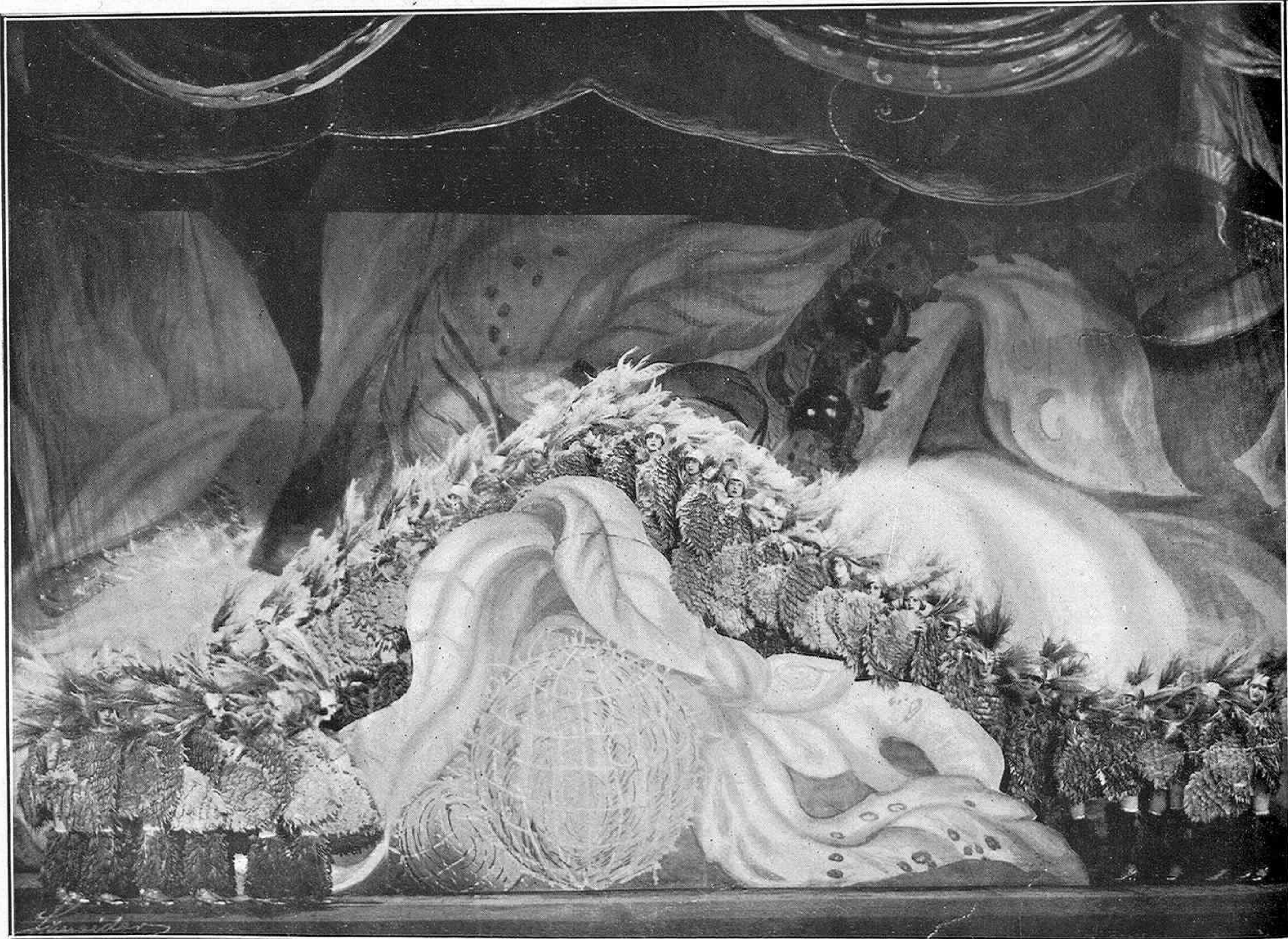
Es claro que en Alemania, país apegado á las viejas tradiciones germanas, viendo al americanismo crecer y fortificarse en las costumbres, se ha creído de buena fe que todo lo antiguo fenecía irremediabilmente, sin perdonarse en el fatal acabamiento ni aun el arte grande, llamado á desaparecer ante el arte frívolo.

A decir verdad, pudo haber un instante en que el temor estuvo justificado. Al presente ese peligro ha desaparecido. La musa alegre y la musa austera comparten apaciblemente el favor de los públicos, pero cada una en su sector respectivo.

En un principio, los adeptos del nuevo movimiento osaban apenas exponer sus preferencias. La gente se avergonzaba un poco de evidenciar un concepto del arte tan superficial. Mas hoy han cambiado radicalmente las cosas. Una mayoría abrumadora se pronuncia á favor del arte moderno. Propagado éste por teatros de primera categoría, se le acepta sin el menor reparo. Es lo mismo que ocurrió al aparecer el cinematógrafo. En sus principios dijeron de él los intelectuales que no era ni sería jamás un arte. A la hora presente ningún grave profesor de Universidad se avergonzaría de asistir á la *première* de una película. De igual suerte, en los espectáculos de *variétés* y grandes revistas puede verse á diario personajes ilustres en la ciencia ó en la política.

•••••

Berlín posee en la fecha presente numerosos teatros *serios* y *alegres*. Tamaña multiplicidad es causa, sin duda, de los mediocres negocios realizados por la mayoría de ellos. Los dos grandes teatros de la ópera son excepción en la cri-



El cuadro «La oruga», de la revista de gran espectáculo «Cuándo y dónde», que se representa con gran éxito en el «Admirals Theater», de Berlín

sis teatral. Sus enormes salas se llenan á diario. Y aún quedaría público sobrante para el tercero de esos teatros que habrá de inaugurarse el año próximo. Cuenta, además, el arte serio en Berlín otras cuatro escenas dedicadas á ese género, más gran número de salas consagradas á la música sinfónica y de cámara. Es uno de los aspectos á registrar.

El otro, dedicado á la musa retozona, presenta varios *cabarets* y algunos teatros donde se cultiva la revista y la opereta. No hay, pues, por qué abrigar temores: el arte grande perdura y conserva sus fieles. La musa frívola ha ganado terreno sin devenir por eso única y omnipotente.

Como nuestro objeto es, sobre todo, decir algo acerca de Talía vestida con falda corta, empeemos por lo principal, declarando previamente que el alemán no ha nacido actor de opereta. Carece de espiritualidad, de ligereza. La buena, la legítima opereta se representa en Viena. De allí y de Budapest nos llegan los compositores, los cantantes y los actores más sobresalientes. Y ello se explica. Es aquí, en Berlín, centro más vital, más importante, donde pueden hallar mayor ambiente y más vastas posibilidades económicas. Sin embargo, la verdadera opereta ligera actual, como acción y concepción, no alcanza ya entre nosotros éxitos resonantes y duraderos. El alemán, hombre de carácter reflexivo, quiere que le presenten obras más consistentes, más importantes, que posean un asunto histórico. Tres cuartas partes de ópera cómica ó una cuarta parte de ópera, por decir así. Recientemente se pudo saborear en la opereta *Paganini*, esa sólida combinación de géneros artísticos. Su éxito rotundo fué debido á la inteligente amalgama de elementos al parecer dispares. El violinista tenebroso y fascinador al mismo tiempo se nos ha aparecido bajo un aspecto menos lúgubre. Ha trocado su ropaje tétrico y su rostro dramático por los atavíos del *galantuomo* y la alegre carátula de la comedia. Es, sin duda, lo que exige la opereta. Mas como es imposible borrar los principales rasgos del personaje y modificar su psicología sin desvirtuar la verdad histórica, subsisten en él los vestigios de la gran ópera. El famoso compositor vienés Lehar ha logrado construir una partitura preciosa que se ajusta admirablemente á todos los gustos. La riqueza de temas corre pareja con la belleza y la elegancia melódicas. Una obra encantadora, en suma, de la que sobresalen el aria de Paganini confesando su amor á la mujer, y el delicioso dúo *Niemand liebt dich so wie ich* (Nadie te quiere como yo te quiero). Son números que quedan y van pronto á formar parte del repertorio de los cafés.

Circunstancia característica del arte alemán es que los cantantes, encargados de los primeros papeles, procedían en esta, como en otras ocasiones análogas, de los teatros de ópera. Así, por ejemplo, Vera Schwarz, que desempeñó el principal *role* femenino, es una cantante dramática muy celebrada en la Opera de Viena y de Berlín. Lo mismo ocurre con el tenor Richard Tauber, quizá el mejor tenor de ópera alemán en la actualidad. Artista que se disputan Viena, Dresde y Berlín, goza también de merecido renombre como director de orquesta; artista lírico, posee todas las condiciones apetecibles: bella voz, dominio del canto, irreprochable juego escénico, exquisita musicalidad. La fama de Tauber está, pues, justificada.

•••••

mania, como en otros países, ha ganado mucho terreno á la opereta. A la verdad, no es fácil discernir cuál es la característica de la revista alemana. La razón es obvia. En las grandes capitales, la revista tiene carácter eminentemente internacional. Son sus principales intérpretes extranjeros, y en cuanto á coristas, bailarinas y comparsaría, puede decirse que del Extranjero nos llega un buen porcentaje de artistas. Si acaso, la buena revista alemana ostentará como rasgos distintivos la calidad de sus producciones, el gusto refinado en la presentación de cuadros y el fondo moral, no obstante las libertades de forma, y esto hasta el punto de que el más pudibundo burgués no podría escandalizarse del espectáculo por él asiduamente presenciado. Hermann Haller y sus colaboradores han trabajado intensamente hasta conseguir en el sugestivo espectáculo el mayor grado de perfección posible.

De los teatros berlineses consagrados hoy á la revista, el más interesante es el *Grosser Spielhaus*, sala capaz para 5.000 espectadores, única en su género. La hizo construir Max Reinhardt para representar en ella grandes tragedias clásicas y modernas. Luego la cedió al antiguo coreógrafo Eric Charell, que hoy la dirige. Su especial estructura y la vasta capacidad de la escena favorecen en alto grado el género que allí se cultiva, ó sea la opereta histórica transformada en revista de actualidades. Ello ha exigido, entre otras cosas, la reinstrumentación de obras como *El Mikado*, de Sullivan, á fin de que puedan apreciarse bien sus bellezas en el gigantesco teatro.

Opereta y revista son las principales proveedoras del habitual repertorio de los cafés con música y cantantes callejeros. Y á esa enorme masa de cancioncillas frívolas ha de añadirse el sinnúmero de *couplets* lanzados á diario á la pública voracidad filarmónica por los *Kabarettisten* de moda. Es esta una industria productiva. Los

compositores, á veces artistas considerables, crean sus *couplets* bajo un seudónimo que enmascara sus personalidades, ya conocidas en géneros más serios. No pocas de tales canciones han dado la vuelta al mundo, traducidas en los más variados idiomas. Pero, por regla general, no alcanzan el nivel de la canción norteamericana. Distínguese, en efecto, el autor de *couplets* de allende los mares, no sólo por su maestría de concepción, sino por la riqueza y gracia del ritmo, de la melodía y de la armonización.

En suma: la opereta de gran espectáculo, la revista y el *couplet* satisfacen por completo la necesidad de música ligera, y hacen difícil la vida á la opereta de estilo clásico, que, menos libre de *allure*, más parca en la exhibición de *desvestidos* femeninos, no ofrece tanto pasto á la sensualidad de los públicos. Si aun tiene bastantes devotos, no obstante lo desventajoso de la lucha, débese casi siempre al prestigio de determinada artista, cual ocurre actualmente con Fritzi Massary. Consagrada á la escena ya hace muchos años, aun conserva su arte plena lozanía. Aun diríamos que se halla ahora en su apogeo. Y el público y la crítica la adoran desde hace casi cinco lustros. Antes de la guerra, el *Metropoltheater*, donde ella actuaba, era el lugar de *rendez-vous* elegante. Todavía hoy, ningún berlinés de buen tono falta á una *première* de Massary, sea cual fuere el libro ó la música de la obra.

•••••

Cual podrá suponerse, Berlín posee considerable número de salas dedicadas al género *variétés*. Diríase que hay también superabundancia de esos espectáculos. Citemos en primer término la *Skala*, enorme edificio levantado después de la guerra. Por su escena desfilan todas las celebridades internacionales. Ello nos excusa de detallarlas. Son los mismos artistas que aplaude París ó Barcelona. Los *cabarets* son aun más numerosos en Berlín que los teatros de *variétés*. El

buen gozador de la vida tiene en este punto donde elegir. En los tes de las cinco y en las cenas se intercalan números cuyo nivel artístico es, por lo general, muy estimable. Actúan en ellos cantantes y bailarinas, á veces excelentes, que no han hallado colocación en otros teatros de mayor categoría. Es claro que como la oferta excede á la demanda, y los *cabarets*, por punto general, no están muy concurridos, los *cachets* son, por consecuencia, modestos. Pocos de esos establecimientos disfrutan de una clientela extensa. Sólo la atraen aquellos que presentan buenos programas, favorable emplazamiento en la ciudad y sala confortable. Entre los *cabarets* colocados en segundo plano, debe mencionarse el *Kü-Ka* (abreviatura de *Künstler-Kaffee*), situado en un rincón tranquilo del Jardín Zoológico, y que ha contribuido á cimentar la popularidad de más de un artista obscuro. Por último, los barrios mal afamados poseen también sus *cabarets* correspondientes. Son locales exigüos, sórdidos y humosos, frecuentados por obreros y gente maleante. Cerca de la estación de Silesia, al este de la capital, donde habitan los polacos, hay un *cabaret* patibulario cuyo lamentable repertorio atrae espectadores de aspecto equívoco, que se entusiasman y aplauden las procacidades de los pobres juglares en decadencia que allí se ganan la vida. Es recomendable, cuando se visitan este y otros *cabarets* por el estilo, llevar á prevención una buena *browning*, ya que las reyertas y los tiros, por lo frecuentes, parecen formar parte de los programas cotidianos.



La bella bailarina francesa Marcelle Rahna, que actúa al presente con extraordinario aplauso en los teatros frívolos de Berlín

JOACHIM BECK

Berlín, 1928.

Echemos ahora una rápida ojeada á la revista, género que en Ale-

DE LA EUROPA PINTORESCA

EL CENSO QUE SE EMPEZÓ A CANONAZOS

EN la historia de la Estadística, con ser muy remoto su origen, puesto que 2.238 años a. de J., el emperador de la China Yao mandó hacer el primer censo de que se tiene noticia, no hay un caso análogo de coacción sobre los individuos sometidos á estos registros, como el que recientemente ha ofrecido la flamante república de Angora con motivo de la formación del censo de Constantinopla.

Ciertamente, la dictadura de Kemal Bajá ha ofrecido á la asombrada expectación de Europa numerosas sorpresas en lo que atañe á la reorganización política y social del viejo imperio otomano. Mas ha de confesarse que este empadronamiento de los vecinos de la histórica Bizancio, realizado *manu militari*, es acaso de lo más curioso y pintoresco del nuevo régimen turco. Ello ocurrió del siguiente modo:

Quince días antes de verificarse las operaciones del censo, publicaron todos los diarios de Constantinopla los correspondientes avisos oficiales, en turco y en francés, ordenando á la población que permaneciese en sus casas, bajo severas sanciones, el viernes 28 de Octubre. A divulgar esta disposición del Gobierno cooperaron también, por mandato de las autoridades, los cinematógrafos de todos los barrios.

Al amanecer del referido día, y á guisa de *paternal* advertencia á los recalcitrantes, la artillería, emplazada en diez lugares diferentes de la ciudad, anunció el comienzo de las operaciones del censo, con una salva de veintiún cañonazos.

Acto seguido dió principio la encerrona, resultando ésta tan completa, que, á excepción de los empleados en el servicio de Estadística, de los agentes de policía, de los gendarmes y de los miembros del Cuerpo diplomático, á los que se había provisto de un permiso especial, no asomó á la puerta de la calle, durante veinticuatro horas, un solo ser viviente. Cerráronse todos los comercios; se suspendieron todos los servicios de transportes públicos y particulares, y circularon únicamente en las líneas férreas los dos trenes internacionales cotidianos. Ese memorable 28 de Octubre, la inmensa urbe, una de las de vida más intensa del mundo, presentó el aspecto de una ciudad súbitamente abandonada, despoblada, muerta, á consecuencia de una gigantesca catástrofe ó de un fenómeno sobrenatural que hubiese exterminado los hombres, dejando intactos los edificios. De vez en vez, un agente de la autoridad, perdido en la vastedad de las desiertas rúas, pasaba de una puerta á otra para realizar su servicio.

Pero si la vida y el movimiento quedaron paralizados en las calles de Constantinopla, los buenos constantinopolitanos procuraron desquitarse del breve arresto, divirtiéndose de mil diversos modos: desde la animada charla de ventana á ventana en las callejas donde el balcón saledizo acorta las distancias vecinales, hasta los *dancings* particulares, con ruidoso acompañamiento de pianolas, gramófonos y toda suerte de instrumentos más ó menos escandalosos. En otras casas, y aprovechándose de la libertad que hay actualmente en Turquía para los juegos de azar, se tiraba de la oreja á Jorge con generosa amplitud; y, por último,

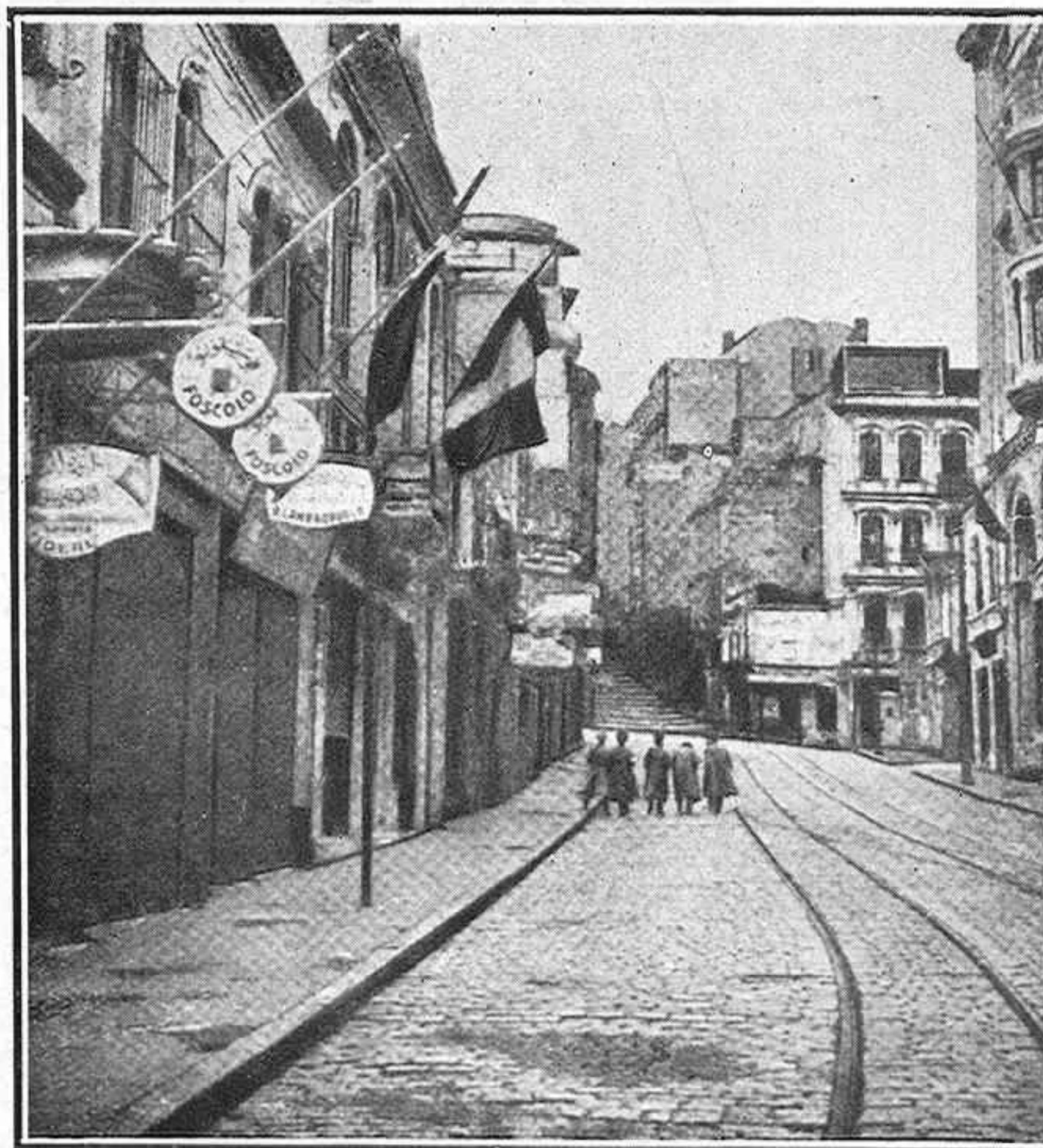


El hermoso puente que une á Estambul con Galata, abandonado y solitario durante las operaciones del censo

los que no tenían otros medios de entretener las veinticuatro horas de clausura estadística, recurrieron al teléfono para cambiar impresiones y decirse cuchufletas. Porque aunque el turco disfrute de una antigua y extendida fama de hombre terriblemente serio, sábase de buenas fuentes que es persona de excelentísimo humor, siempre dispuesto á la broma, bulla y algarazara.

Y no se diga de las turcas, ya que si puede haber, por excepción, alguna llorona, generalmente una *otomana* de pura raza es algo extraordinariamente alegre y divertido, lo mismo bajo la sombra augusta de Santa Sofía que en los democráticos merenderos de los Cuatro Caminos.

Suavizando el gobierno de Kemal Bajá su draconiana medida y previendo todas las eventualidades, concentró en las delegaciones de policía cierto número de médicos, comadronas y dentistas preparados para acudir allí donde sus servi-



Una calle de Galata en la que sólo se ve el grupo de agentes del censo

cios fueran reclamados. A este objeto, también permaneció abierta en cada barrio una farmacia.

No ha sido, á la verdad, empresa fácil llevar á cabo este censo constantinopolitano. Lo primero que ha tenido que hacer el gobierno es revisar y completar la numeración de las casas, hasta ahora allí perfectamente anárquica; colocar en muchas calles placas metálicas, ya dando nombre á las que no lo tenían, ó cambiándoselo á las innumerables que llevaban la misma designación en barrios diferentes.

Por último, y para aprovechamiento del tiempo, tuvo que organizarse un verdadero ejército de agentes, reclutado principalmente entre los sin trabajo y los alumnos de las principales escuelas politécnicas.

Veamos ahora, como necesario complemento de la presente información, las razones que ha-

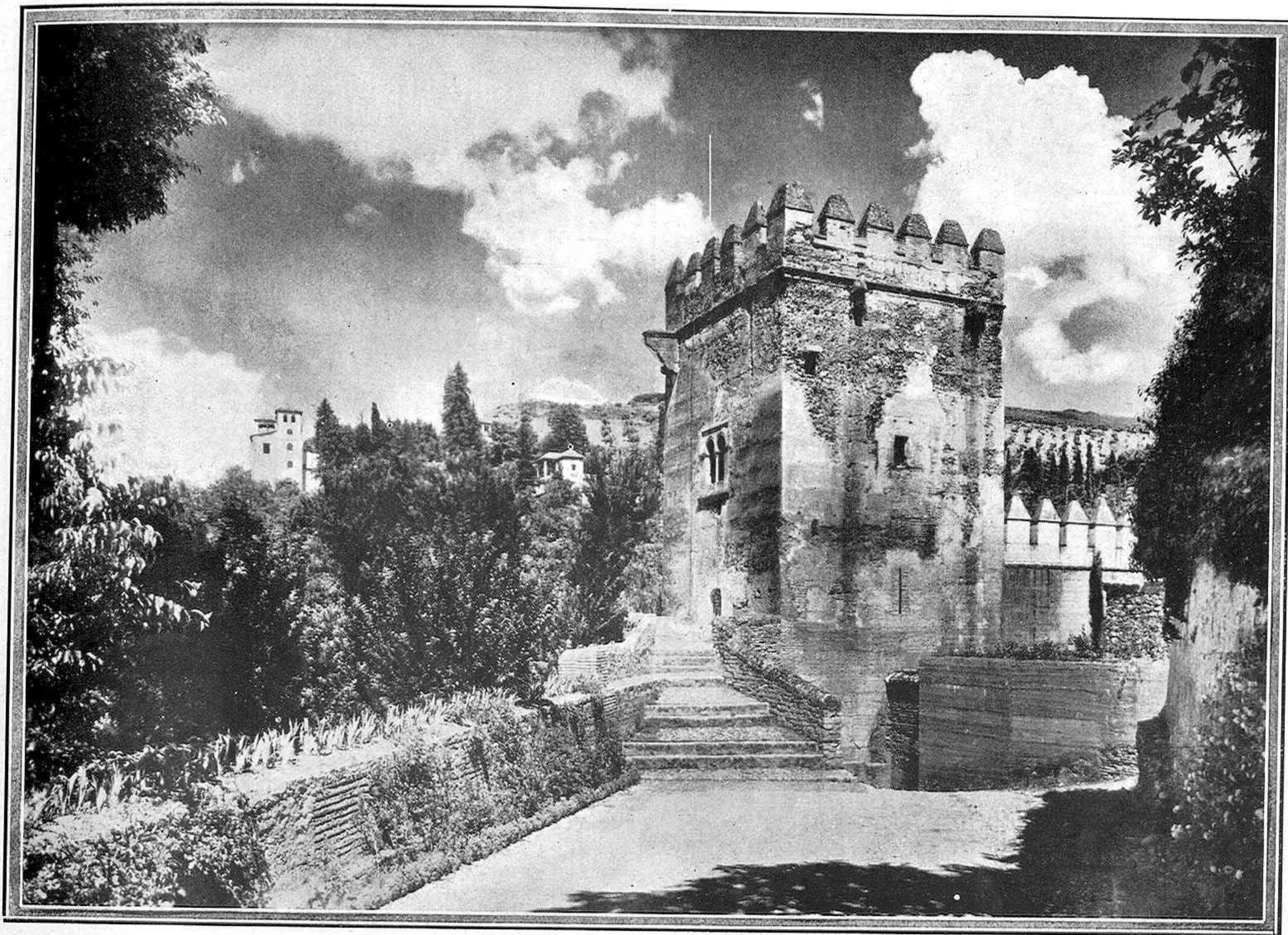
tenido el gobierno turco para esta medida insólita que encerró en sus casas, durante veinticuatro horas, á un millón de seres humanos. Según parece, la población de Turquía no se mostró jamás propicia al censo. Causas múltiples justificaban tal antipatía. Figuraban en primer lugar motivos de orden político. En las antiguas provincias turcas de la Macedonia, cada elemento étnico procuraba demostrar que era infinitamente más numeroso que los demás, y de ahí que en los censos se recurriese á toda clase de disfraces de la verdad. Cuando pasaba el turbión del censo, la población aumentaba como por arte de encantamiento. Si se trataba de un censo sin distingos étnicos, el fracaso era completo: no se inscribía casi nadie; los musulmanes, porque veían en el empadronamiento el preludio del servicio militar, y los cristianos, porque sabían por experiencia que á cada nuevo censo le aumentaban las contribuciones. Tanta y tan enconada era la hostilidad de los turcos al censo, que en Albania y en las provincias kurdas eran casi siempre recibidos á tiros los agentes del censo; circunstancia que explica el escaso interés que por la Estadística demostraban dichos funcionarios.

Y por lo que se refiere á las poblaciones nómadas árabes, no había que pensar ni remotamente en someterlas á tal práctica. O hacían frente con las armas á los empleados de la administración cuando éstos se presentaban en los aduanares, ó se burlaban de ellos levantando el campo no bien los veían aparecer.

Es claro que en las ciudades, la mala voluntad y la resistencia eran menos ostensibles, y nunca tomaban caracteres dramáticos.

En ellas era más bien la inercia, la resistencia pasiva ó el engaño lo que entraba en juego cada vez que llegaba la época del empadronamiento.

Contra todo ese lastre de añejas preocupaciones, de ignorancia y de rutina, ha tenido que luchar el gobierno turco para conseguir el censo exacto de población, que, sin duda, tratándose de Constantinopla, ofrecerá resultados inesperados, en particular con el elemento griego y con otros no menos numerosos en la capital, cuya nacionalidad ha permanecido dudosa desde la guerra de los Balcanes y la guerra europea.—D. R.



La Esfera

publicará á primeros del próximo mes de Junio un

NÚMERO EXTRAORDINARIO

dedicado á Granada, que será, por su presentación como por su contenido, un verdadero acontecimiento artístico y editorial. Las bellezas salientes de Granada, como sus bellezas escondidas ó menos conocidas, aparecerán en este número reproducidas con el acierto y la suntuosidad que son característicos en la gran ilustración.

Paisajes y tipos de Granada, vistos por ilustres pintores contemporáneos.

Granada y sus poetas.

La Alhambra y sus maravillas de arte.

Páginas á todo color, en rotograbado y en negro.

Este número extraordinario se venderá en toda España al precio de
DOS PESETAS ejemplar

Pedidos á Prensa Gráfica ✧ Hermosilla, 57 ✧ Madrid

« P A N A M E »

Panorama melancólico del Oriente de Europa

Las «Arcadas de los Campos Elíseos», pasaje nuevo entre los innumerables pasajes viejos de París, es la latitud más occidental de Europa. El concepto novísimo de la decoración nos ofrece en las «Arcadas de los Campos Elíseos» las expresiones más audaces y más concretas. Es particular que estas expresiones, producto de la inquietud del Occidente, se hayan producido en un pasaje, vía de comunicación que nos hemos apropiado del urbanismo occidental. Un día descubriremos los pasajes de París, exóticos, turbadores y tibios como un bazar del Cairo.

•••••

Ahora, las «Arcadas de los Campos Elíseos» acogen bajo su detonante suntuosidad una Exposición de cerámicas, bordados y tejidos del Oriente europeo. Esta Exposición nos transporta á las ingenuidades de la Checoeslovaquia, de la Yugoslavia y de los Balcanes, feudos incommovibles del arte popular moravio. Los que aman este arte se obstinan en dar testimonio de su independencia, ó, á lo menos, de sus diferenciaciones con el ruso, del que, en realidad, parece una derivación ó un aspecto. En el fondo, los conceptos balcánicos del arte popular conservan todos los bizantinismos de sus orígenes. Rusia, no. Rusia deduce de Bizancio conceptos nuevos tan airadamente, que ha podido concretar á su través orientaciones que se han dejado sentir en todo el mundo. Las ingenuidades balcánicas permanecen en toda su pureza primitiva. Rusia, quizá á merced de un falseamiento de las ingenuidades y del infantilismo, ha logrado definiciones nuevas. Es decir, que, fundamentalmente, el arte ruso es una expresión de la inquietud de una minoría dinámica. En tanto que la Eslovaquia que se asoma á los Campos Elíseos, por amar la

tradición, permanece incommovible. Bajo su ingenuidad no se esconde ningún anhelo ni ningún propósito de renovarse.

•••••

En estos suaves países del Oriente de Europa, los aldeanos pintan alrededor de las puertas y de las ventanas de sus casas típicos ornamentos. Los motivos incommovibles de la ingenua decoración son los frutos y los animales domésticos. En las ordenaciones decorativas y en lo armónico de su sentido, testimonian tendencias y aptitudes propias de un pueblo de honda vida interior. Es decir, que nuestro latinismo ó la pretensión latina de gozar de un ánima de particular exquisitez y privilegiadamente dispuesta á las vibraciones que produce el arte, facultad de los pueblos viejos, la desmienten los aldeanos y los aldeanos eslavos. Que si los unos pintan las fachadas del hogar, los otros disfrutan, en sus menesteres de grandes bordadores, unas extrañas facultades de improvisación. Ni las encajeras de Malinas, ni las de Brujas, ni las nuestras de Almagro, creo yo que están tan asistidas de su propio espíritu



Interior y figuras de ambiente eslavo

como estas de Croacia, de Eslovena y de Checoeslovaquia.

•••••

No sólo hay tales bordados y encajes primorosos en la Exposición de las Arcadas de los Campos Elíseos. Hay deliciosas preseas de cristal y pinturas sobre vidrio, y colecciones de cerámica rural tan dulce y tan armónica como la de Talavera. Y hay los mil trajes pintorescos de la región. Y muebles robustos como los de Normandía. Y cuadros y tapices.

Pero la verdadera imagen del país nos la brindan unas alucinantes figuras de cera cubiertas con los vestidos más suntuosos y más característicos de los eslavos.

Su quietud, su extática inmovilidad, dulce y resignada, conducen nuestras imaginaciones hacia los remotos campos, sumidos en el deslumbramiento de la nueva constitución de Europa.

Una figura de cera es siempre mortificante.

Sin embargo, á las de esta Exposición las vemos con una dulce simpatía. Por lo mismo que sus ropas las hacen demasiado humanas.

Entre estas mujeres de cera se han deslizado algunas escapadas de sabe Dios qué vitrina de París.

Se conoce muy bien sus orígenes. Les falta la dulce naturalidad que tienen las otras. Pero nos libraremos muy bien de señalarlas para descubrir las.

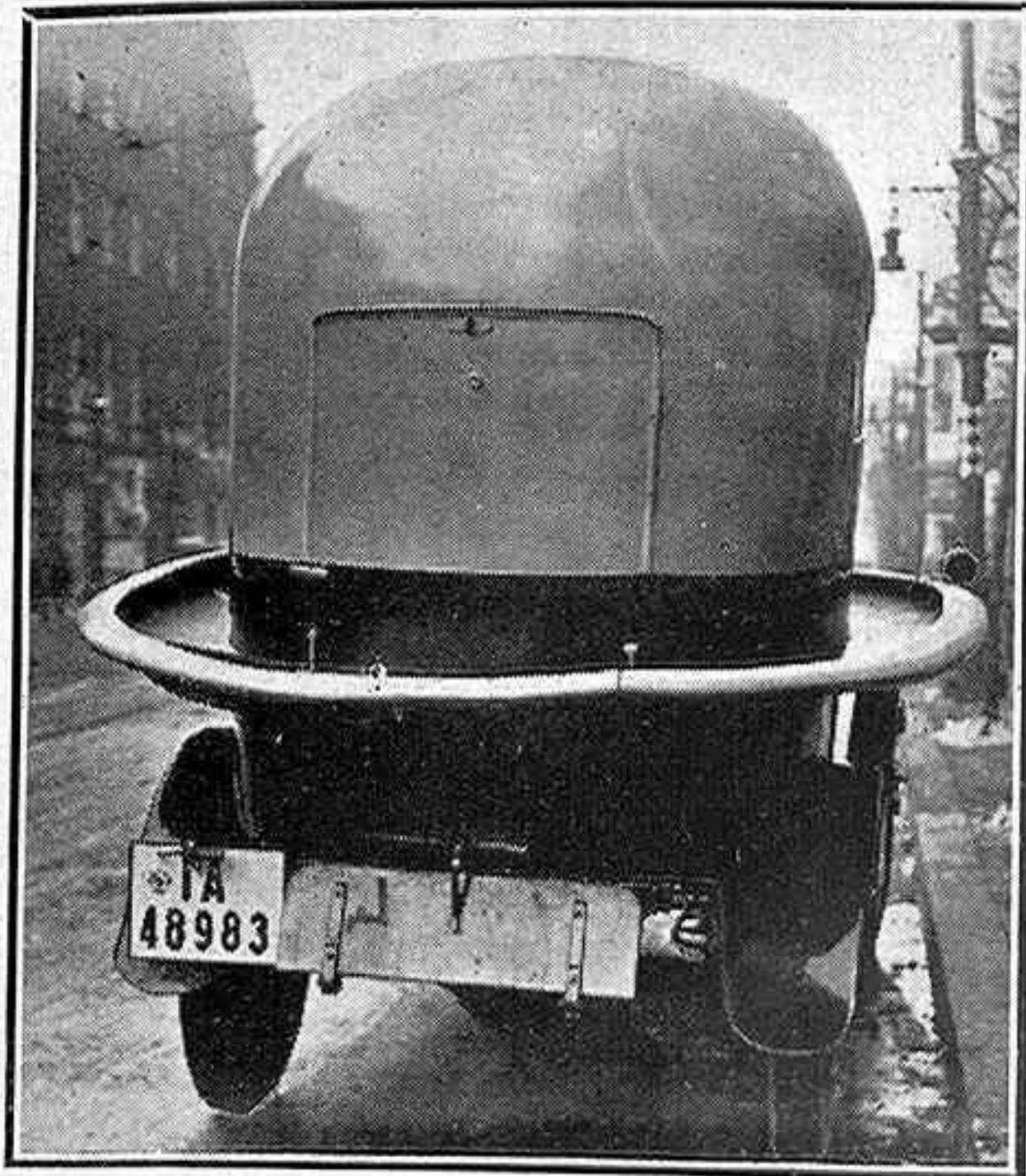
Que se rediman así esas pobres maniqués de cera, ya que no pueden redimirse las de carne y hueso.



El ministro francés M. Marie inaugurando la curiosa Exposición del arte eslavo en los Campos Elíseos, de París

CEFERINO R. AVECILLA

El hongo mayor del mundo



Como podrá observarse por la adjunta fotografía, no se trata de una curiosidad botánica. Ese hongo gigantesco de que damos cuenta es el que, encasquetado en un automóvil, hace pasear por las calles de Berlín un famoso sombrerero de la capital.

Apenado este buen fabricante por el desuso en que ha caído dicha prenda en todo el mundo, apostó con varios clientes á que en el plazo de quince días, y sin emplear más medio que un reclamo original y llamativo, lograba que los berlineses volviesen al amor del hongo, no obstante sus evidentes fealdad é incomodidad. Y, según parece, tal es la eficacia de la propaganda realizada por el antiestético armatoste, que ya se ven más hongos en Berlín que en la mismísima Selva Negra, con gran contentamiento y provecho del avisado sombrerero.

LEA UD. "NUEVO MUNDO"

**SOMBRREROS
CARMEN DE PABLO**



Modelos de París
**Alcalá, 66
MADRID**



**Hace
que
el polvo
adhiera bien**

y su uso constante protege el
cutis contra las quemaduras del
sol y las inclemencias del tiempo

**CREMA
de Miel y Almendras
HINDS**

Libro nuevo

Goya. — Ensayo biográfico y crítico. — Por Bernardino de Pantorba. Imprenta Zoila Ascaciba y C.^a Madrid. 1928.

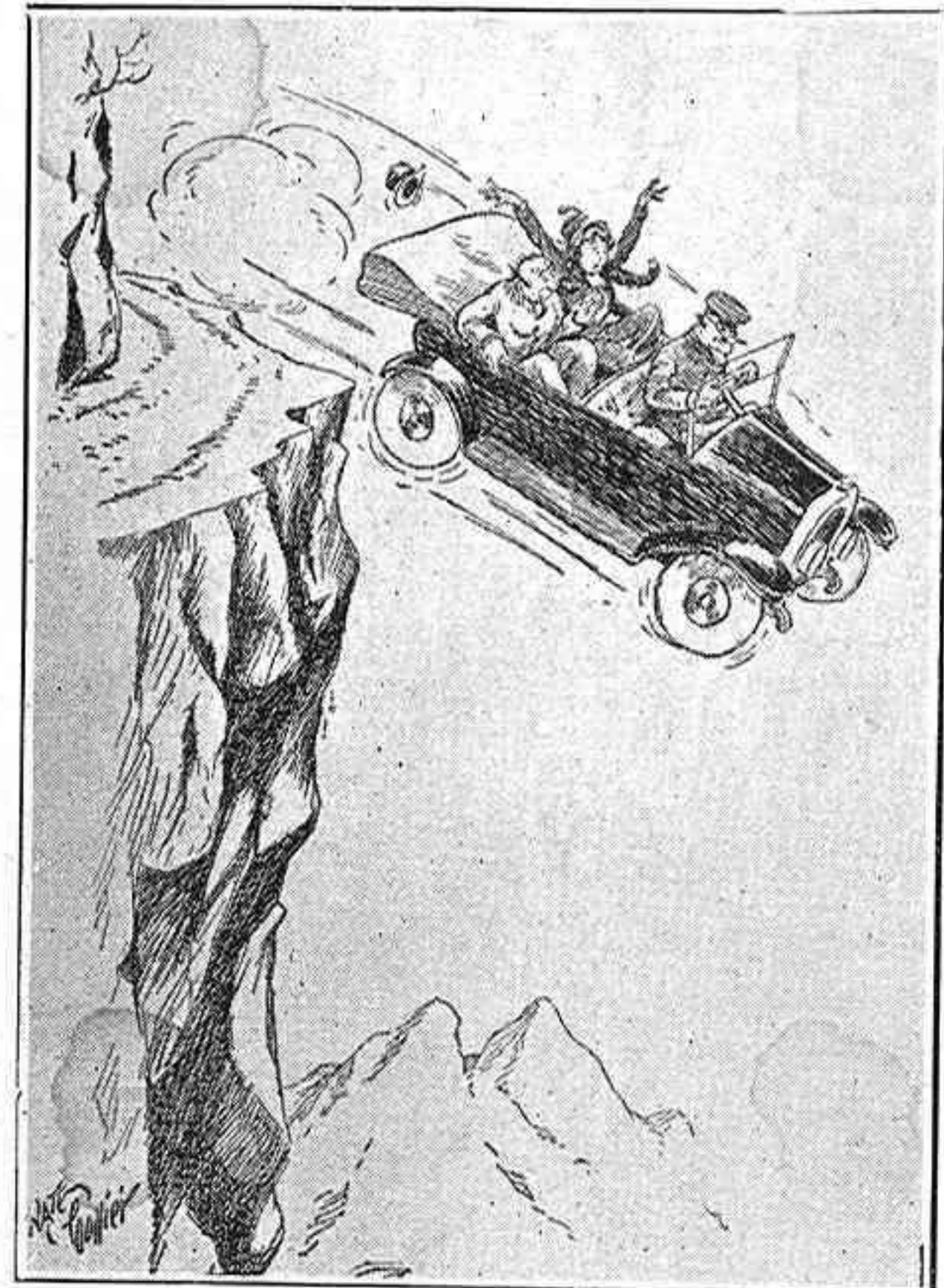
Las seis esmeraldas más raras del mundo



Si el lector tuviese el raro capricho de coleccionar esmeraldas, preséntasele ahora la oportunidad única de añadir á su colección algunas de esas piedras preciosas, seguramente sin igual en el mundo, ya que á su valor intrínseco se une la singular circunstancia de estar trabajadas escultóricamente.

El vendedor de estas piezas es un indio, llamado Udham Partabra, y viene recorriendo el mundo exhibiéndolas con todo el aparato que requiere la cantidad fijada para la adquisición de dicha fantasía suntuaria. Consta ésta de seis esmeraldas labradas representando tipos popu-

NOTA CÓMICA



— No te asustes, mujer! ¿No ves que el chófer ha sido antes aviador y sabe lo que se hace?

(De Coolier, en «The Passing Show»)

**MAJESTIC HOTEL INGLATERRA
BARCELONA.** Paseo de Gracia. Primer orden. 200 habitaciones. 150 baños. Orquesta. Precios moderados. El más concurrido



lares chinos. La colección completa la valúa el señor Udham Partabra en siete millones y medio de pesetas, siendo la pieza más preciada de ella una esmeralda que representa una vendedora china. Dicha piedra tiene 3.500 kilates, y está tasada en 3.000.000 de pesetas.

En nuestras ilustraciones pueden verse las cinco esmeraldas más pequeñas presentadas en serie por el afortunado poseedor, y la mayor y de más precio por una señorita neoyorquina que también vale lo suyo, según confirmará el lector si es persona de gusto, además de ser especialmente aficionado á coleccionar esmeraldas.

EL NUEVO

FIAT *Model 520*

6 cilindros



REUNE las mejores características que Vd. encuentra por separado en los mejores coches modernos, por el mejor precio

El más moderno de los coches modernos

El más perfecto de los coches de gran categoría

El más económico de los coches de lujo

REPRISE

de 8 á 40 kilómetros en 10 segundos



VELOCIDAD

en directa, de 8 á 100 kilómetros



SUBIDA

en directa hasta el 8^o/₁₀



PARADA

completa del coche lanzado á 90 kilómetros, en tres segundos

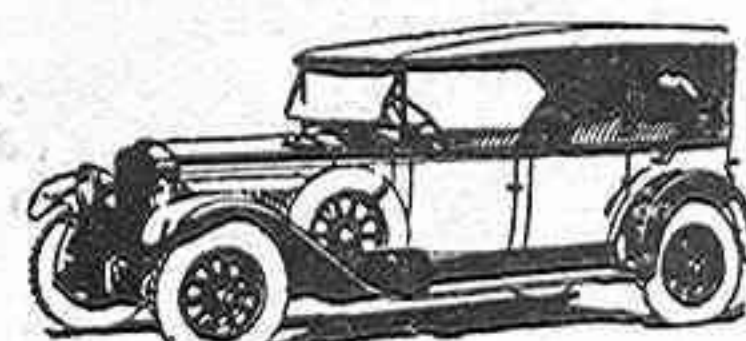


CONSUMO

mínimo gasolina, 14 litros por 100 kilómetros

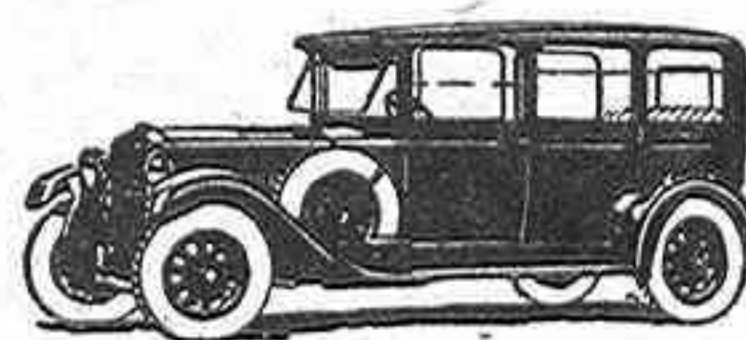
PRECIOS

Franco Irún, con cinco ruedas montadas



TORPEDO

10.800 pesetas



BERLINA

12.300 pesetas



SUSPENSION PERFECTA



SILENCIOSIDAD MÁXIMA



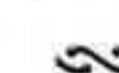
COMODIDAD INSUPERABLE



MANEJO SENCILLISIMO



ESTABILIDAD ABSOLUTA



ELEGANCIA SIN IGUAL

FIAT HISPANIA S. A. - Avenida del Conde de Peñalver, 19.-MADRID
 Agencias y Salón de Exposición en todas las provincias. Compre Vd. al agente de su provincia